

## **MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 15**

**1274.** Jamás entre los hombres se intentaron ignominias tan afrentosas y desmedidas como las que en esta ocasión se hicieron contra el Redentor del mundo. Y dicen San Lucas (Lc 22, 64) y San Marcos (Mc 14, 65) que le cubrieron el rostro y así cubierto le herían con bofetadas y pescozones y le decían: *Profetiza ahora, profetízanos, pues eres profeta, di quién es el que te hirió.* La causa de cubrirle el rostro fue misteriosa; porque del júbilo con que nuestro Salvador padecía aquellos oprobios y blasfemias —como luego diré— le redundó en su venerable rostro una hermosura y resplandor extraordinario, que a todos aquellos operarios de maldad los llenó de admiración y confusión muy penosa, y para disimularla atribuyeron aquel resplandor a hechicería y arte mágica y tomaron por arbitrio cubrirle al Señor la cara con paño inmundo, como indignos de mirarla, y porque aquella luz divina los atormentaba y debilitaba las fuerzas de su diabólica indignación. Todas estas afrentas, baldones y abominables oprobios que padecía el Salvador, los miraba y sentía su santísima Madre con el dolor de los golpes y de las heridas en las mismas partes y al mismo tiempo que nuestro Redentor las recibía. Sólo había diferencia, que en Cristo nuestro Señor los dolores eran causados de los golpes y tormentos que le daban los verdugos y en su Madre purísima los obraba la mano del Altísimo por voluntad de la misma Señora. Y aunque naturalmente con la fuerza de los dolores y angustias interiores llegaba a querer desfallecer la vida, pero luego era confortada con la virtud divina, para continuar en el padecer con su amado Hijo y Señor.

**1275.** Las obras interiores que el Salvador hacía en esta ocasión de tan inhumanas y nuevas afrentas, no pueden caer debajo de razones y capacidad humana.

**Sólo María santísima las conoció con plenitud, para imitarlas con suma perfección. Pero como el divino Maestro en la escuela de la experiencia de sus dolores iba deprendiendo la compasión de los que habían de imitarle y seguir su doctrina (Heb 5, 8), convirtiéndose más a santificarlos y bendecirlos en la misma ocasión que con su ejemplo les enseñaba el camino estrecho de la perfección. Y en medio de aquellos oprobios y tormentos, y en los que después se siguieron, renovó Su Majestad sobre sus escogidos y perfectos las bienaventuranzas que antes les había ofrecido y prometido (Mt 5, 3ss). Miró a los pobres de espíritu, que en esta virtud le habían de imitar, y dijo: Bienaventurados seréis en vuestra desnudez de las cosas terrenas, porque con mi pasión y muerte he de vincular el reino de los cielos como posesión segura y cierta de la pobreza voluntaria. Bienaventurados serán los que con mansedumbre sufrieren y llevaren las adversidades y tribulaciones, porque, a más del derecho que adquieren a mi gozo por haberme imitado, poseerán la tierra de las voluntades y corazones humanos con la apacible conversación y suavidad de la virtud. Bienaventurados los que sembrando con lágrimas lloraren (Sal 125, 5), porque en ellas recibirán el pan de entendimiento y vida y cogerán después el fruto de la alegría y gozo sempiterno.**

**1276. Benditos serán también los que tuvieron hambre y sed de la justicia y verdad, porque yo les merezco satisfacción y hartura que excederá a todos sus deseos, así en la gracia como en el premio de la gloria. Benditos serán los que se compadecieren con misericordia de aquellos que los ofenden y persiguen, como yo lo hago, perdonándolos y ofreciéndoles mi amistad y gracia, si la quieren admitir, que yo les prometo en nombre de mi Padre larga misericordia. Sean benditos los limpios de corazón, que me imitan y crucifican su carne para conservar la pureza del espíritu; yo les**

**prometo la visión de paz y que lleguen a la de mi divinidad por mi semejanza y participación. Benditos sean los pacíficos, que sin buscar su derecho no resisten a los malos y los reciben con corazón sencillo y quieto sin venganza; ellos serán llamados hijos míos, porque imitaron la condición de su Padre celestial y yo los concibo y escribo en mi memoria y en mi mente para adoptarlos por míos. Y los que padecieren persecución por la justicia, sean bienaventurados y herederos de mi reino celestial, porque padecieron conmigo, y donde yo estaré quiero que estén eternamente conmigo (Jn 12, 26). Alegraos, pobres; recibid consolación los que estáis y estaréis tristes; celebrad vuestra dicha los pequeñuelos y despreciados del mundo; los que padecéis con humildad y sufrimiento, padeced con interior regocijo; pues todos me seguís por las sendas de la verdad. Renunciad la vanidad, despreciad el fausto y arrogancia de la soberbia de Babilonia falsa y mentirosa, pasad por el fuego y las aguas de la tribulación hasta llegar a mí, que soy luz, verdad y vuestra guía para el eterno descanso y refrigerio.**

**1277. En estas obras tan divinas y otras peticiones por los pecadores, estaba ocupado nuestro Salvador Jesús, mientras el concilio de los malignantes le rodeaba, y como rabiosos canes —según dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 21, 17)— le embestían y cargaban de afrentas, oprobios, heridas y blasfemias. Y la Madre Virgen, que a todo estaba atenta, le acompañaba en lo que hacía y padecía; porque en las peticiones hizo la misma oración por los enemigos, y en las bendiciones que dio su Hijo santísimo a los justos y predestinados se constituyó la divina Reina por su Madre, amparo y protectora, y en nombre de todos hizo cánticos de alabanza y agradecimiento porque a los despreciados del mundo y pobres les dejaba el Señor tan alto lugar de su divina aceptación y agrado. Y por esta causa y las que conoció**

en estas obras interiores de Cristo nuestro Señor, hizo con incomparable fervor nueva elección de los trabajos y desprecios, tribulaciones y penas para lo restante de la pasión y de su vida santísima.

**1278.** A nuestro Salvador Jesús había seguido San Pedro desde la casa de Anás a la de Caifás, aunque algo de lejos, porque siempre le tenía acobardado el miedo de los judíos, pero vencíale en parte con el amor que a su Maestro tenía y con el esfuerzo connatural de su corazón. Y entre la multitud que entraba y salía en casa de Caifás, no fue dificultoso introducirse el Apóstol, abrigado también de la oscuridad de la noche. En las puertas del zaguán le miró otra criada, que era portera como la de la casa de Anás, y acercándose a los soldados, que también allí estaban al fuego, les dijo: *Este hombre es uno de los que acompañaban a Jesús Nazareno.* Y uno de los circunstantes le dijo: *Tú verdaderamente eres galileo y uno de ellos (Mc 14, 67.71; Lc 22, 48).* Nególo San Pedro, afirmando con juramento que no era discípulo de Jesús, y con esto se desvió del fuego y conversación. Pero aunque salió fuera del zaguán, no se fue ni se pudo apartar hasta ver el fin del Salvador, porque lo detenía el amor y compasión natural de los trabajos en que le dejaba. Y andando el Apóstol rodeando y acechando por espacio o tiempo de una hora en la misma casa de Caifás, le conoció un pariente de Malco, a quien él había cortado la oreja, y le dijo: *Tú eres galileo y discípulo de Jesús, y yo te vi con él en el huerto (Lc 22, 59; Jn 18, 26).* Entonces San Pedro cobró mayor miedo viéndose conocido y comenzó a negar y maldecirse de que no conocía aquel Hombre. Y luego cantó el gallo segunda vez y se cumplió puntualmente la sentencia y prevención que su divino Maestro había hecho, de que le negaría aquella noche tres veces antes que cantase el gallo dos.

**1279.** Anduvo el Dragón infernal muy codicioso contra

**San Pedro para destruirle, y el mismo Lucifer movió a las criadas de los pontífices primero, como más livianas, y después a los soldados, para que unos y otros afligiesen al Apóstol con su atención y preguntas, y a él le turbó con grandes imaginaciones y crueldad, después que le vio en el peligro, y más cuando comenzaba a blandear. Y con esta vehemente tentación, la primera negación fue simple, la segunda con juramento y a la tercera añadió anatemas y execraciones contra sí mismo; que por este modo, de un pecado menor se viene a otro mayor, oyendo a la crueldad de nuestros enemigos. Pero San Pedro oyendo el canto del gallo se acordó del aviso de su divino Maestro, porque Su Majestad le miró con su liberal misericordia. Y para que le mirase intervino la piedad de la gran Reina del mundo, porque en el cenáculo, donde estuvo, conoció las negaciones y el modo y causas con que el Apóstol las había hecho, afligido del temor natural y mucho más de la crueldad de Lucifer. Postróse luego en tierra la divina Señora y con lágrimas pidió por San Pedro, representando su fragilidad con los méritos de su Hijo santísimo. El mismo Señor despertó el corazón de Pedro y le reprendió benignamente, mediante la luz que le envió para que conociese su culpa y la llorase. Al punto se salió el Apóstol de la casa del Pontífice, rompiendo su corazón con íntimo dolor y lágrimas por su caída, y para llorarla con amargura se fue a una cueva, que ahora llaman del Gallicanto, donde lloró con confusión y dolor vivo; y dentro de tres horas volvió a la gracia y alcanzó perdón de sus delitos, aunque los impulsos y santas inspiraciones se continuaron siempre. Y la purísima Madre y Reina del cielo envió uno de sus Ángeles que ocultamente le consolase y moviese con esperanza al perdón, porque con el desmayo de esta virtud no se le retardase. Fue el Santo Ángel con orden de que no se le manifestase, por haber tan poco que el Apóstol había cometido su pecado. Todo lo ejecutó el Ángel sin que San Pedro le viese, y quedó el gran**

penitente confortado y consolado con las inspiraciones del Ángel y perdonado por intercesión de María santísima.

*Doctrina que me dio la gran Reina y Señora.*

1280. Hija mía, el sacramento misterioso de los oprobios, afrentas y desprecios que padeció mi Hijo santísimo, es un libro cerrado que sólo se puede abrir y entender con la divina luz, como tú lo has conocido y en parte se te ha manifestado, aunque escribes mucho menos de lo que entiendes, porque no lo puedes todo declarar. Pero como se te despliega y hace patente en el secreto de tu corazón, quiero que quede en él escrito y que en la noticia de este ejemplar vivo y verdadero estudies la divina ciencia que la carne ni la sangre no te pueden enseñar, porque ni la conoce el mundo ni merece conocerla. Esta filosofía divina consiste en aprender y amar la felicísima suerte de los pobres, de los humildes, de los afligidos, despreciados y no conocidos entre los hijos de la vanidad. Esta escuela estableció mi Hijo santísimo y amantísimo en su Iglesia, cuando en el monte predicó y propuso a todos las ocho bienaventuranzas. Y después, como catedrático que ejecuta la doctrina que enseña, la puso en práctica, cuando en la pasión y oprobios renovó los capítulos de esta ciencia que en sí mismo ejecutaba, como lo has escrito (Cf. supra n. 1275). Pero con todo eso, aunque la tienen presente los católicos y está pendiente ante ellos este libro de la vida, son muy pocos y contados los que entran en esta escuela y estudian en este libro, e infinitos los estultos y necios que ignoran esta ciencia, porque no se disponen para ser enseñados en ella.

1281. Todos aborrecen la pobreza y están sedientos de las riquezas, sin que les desengañe su falacia. Infinitos son los que siguen a la ira y la venganza y desprecian la

**mansedumbre. Pocos lloran sus miserias verdaderas, y trabajan muchos por la consolación terrena; apenas hay quien ame la justicia y quien no sea injusto y desleal con sus prójimos. La misericordia está extinguida, la limpieza de los corazones violada y oscurecida, la paz estragada: nadie perdona, ni quiere padecer, no sólo por la justicia, pero mereciendo de justicia padecer muchas penas y tormentos huyen todos injustamente de ellos. Con esto, carísima, hay pocos bienaventurados a quien les alcancen las bendiciones de mi Hijo santísimo y las mías. Y muchas veces se te ha manifestado el enojo y justa indignación del Altísimo contra los profesores de la fe, porque, a vista de su ejemplar y Maestro de la vida, viven casi como infieles; y muchos son más aborrecibles porque ellos son los que de verdad desprecian el fruto de la redención que confiesan y conocen y en la tierra de los santos obran la maldad con impiedad y se hacen indignos del remedio que con mayor misericordia se les puso en las manos.**

**1282. De ti, hija mía, quiero trabajos por llegar a ser bienaventurada, siguiéndome por imitación perfecta, según las fuerzas de la gracia que recibes, para entender esta doctrina escondida de los prudentes y sabios del mundo. Cada día te manifiesto nuevos secretos de mi sabiduría, para que tu corazón se encienda y te alientes extendiendo tus manos a cosas fuertes. Y ahora te añado un ejercicio que yo hice, que en parte puedas imitarme. Ya sabes que desde el primer instante de mi concepción fui llena de gracia, sin la mácula del pecado original y sin participar sus efectos; y por este singular privilegio fui desde entonces bienaventurada en las virtudes sin sentir la repugnancia ni contradicción que vencer, ni hallarme deudora de qué pagar ni satisfacer por culpas propias mías. Con todo esto, la divina ciencia me enseñó que por ser hija de Adán en la naturaleza que había pecado, aunque no en la culpa cometida, debía**

humillarme más que el polvo. Y porque yo tenía sentidos de la misma especie de aquellos con que se había cometido la inobediencia y sus malos efectos que entonces y después se sienten en la condición humana, debía yo por solo este parentesco mortificarlos, humillarlos y privarlos de la inclinación que en la misma naturaleza tenían. Y procedía como una hija fidelísima de familias, que la deuda de su padre y de sus hermanos, aunque a ella no la alcanza, la tiene por propia y procura pagarla y satisfacer por ella con tanto más diligencia, cuanto ama a su padre y hermanos y ellos menos pueden pagarla y desempeñarse, y nunca descansa hasta conseguirlo. Esto mismo hacía yo con todo el linaje humano, cuyas miserias y delitos lloraba; y porque era hija de Adán mortificaba en mí los sentidos y potencias con que él pecó y me humillaba como corrida y rea de su pecado e inobediencia, aunque no me tocaba, y lo mismo hacía por los demás que en la naturaleza son mis hermanos. No puedes tú imitarme en las condiciones dichas, porque eres participante de la culpa. Pero eso mismo te obliga a que me imites en lo demás que yo obraba sin ella, pues al tenerla, y la obligación de satisfacer a la divina justicia, te ha de compeler a trabajar sin cesar por ti y los prójimos y a humillarte hasta el polvo, porque el corazón contrito y humillado inclina a la verdadera piedad para usar de misericordia.

## **CAPITULO 17**

*Lo que padeció nuestro Salvador Jesús después de la negación de San Pedro hasta la mañana y el dolor grande de su Madre santísima.*

**1283.** Este paso dejaron en silencio los Sagrados Evangelistas sin haber declarado dónde y qué padeció el autor de la vida después de la negación de San Pedro y oprobios que Su Majestad recibió en casa de Caifás y en

su presencia hasta la mañana, cuando todos refieren la nueva consulta que hicieron para presentarle a Pilatos, como se verá en el capítulo siguiente. Yo dudaba en proseguir este paso y manifestar lo que de él se me ha dado a entender, porque juntamente se me ha mostrado que no todo se conocerá en esta vida, ni conviene se diga a todos, porque el día del juicio se harán patentes a los hombres éste y otros sacramentos de la vida y pasión de nuestro Redentor. Y para lo que yo puedo manifestar, no hallo razones adecuadas a mi concepto, y menos al objeto que concibo, porque todo es inefable y sobre mi capacidad. Pero obedeciendo diré lo que alcanzo, para no ser reprendida porque callé la verdad, que tanto confunde y condena nuestra vanidad y olvido. Yo confieso en presencia del cielo mi dureza, pues no muero de confusión y dolor por haber cometido culpas que costaron tanto al mismo Dios que me dio el ser y vida que tengo. No podemos ya ignorar la fealdad y peso del pecado, pues hizo tal estrago en el mismo autor de la gracia y de la gloria. Yo seré la más ingrata de todos los nacidos, si desde hoy no aborreciere la culpa más que a la muerte y como al mismo demonio, y esta deuda intimo y amonesto a todos los católicos hijos de la Iglesia Santa.

**1284.** Con los oprobios que recibió Cristo nuestro bien en presencia de Caifás quedó la envidia del ambicioso pontífice y la ira de sus coligados y ministros muy cansada aunque no saciada. Pero, como ya era pasada la media noche, determinaron los del concilio, que mientras dormían quedase nuestro Salvador a buen recado y seguro de que no huyese hasta la mañana. Para esto le mandaron encerrar atado como estaba en un sótano que servía de calabozo para los mayores ladrones y facinerosos de la república. Era esta cárcel tan oscura que casi no tenía luz y tan inmundada y de mal olor que pudiera infestar la casa, si no estuviera tan tapada y cubierta, porque había muchos años que no la habían

limpiado ni purificado, así por estar muy profunda como porque las veces que servía para encerrar tan malos hombres no reparaban en meterlos en aquel horrible calabozo, como a gente indigna de toda piedad y bestias indómitas y fieras.

**1285.** Ejecutóse lo que mandó el concilio de maldad, y los ministros llevaron y encarcelaron al Criador del cielo y de la tierra en aquel inmundo y profundo calabozo. Y como siempre estaba aprisionado en la forma que vino del huerto, pudieron estos obradores de la iniquidad continuar a su salvo la indignación que siempre el príncipe de las tinieblas les administraba, porque llevaron a Su Majestad tirando de las sogas y casi arrastrándole con inhumano furor y cargándole de golpes y blasfemias execrables. En un ángulo de lo profundo de este sótano salía del suelo un escollo o punta de un peñasco tan duro, que por eso no le habían podido romper. Y en esta peña, que era como un pedazo de columna, ataron y amarraron a Cristo nuestro bien con los extremos de las sogas, pero con un modo desapiadado; porque dejándole en pie, le pusieron de manera que estuviese amarrado y juntamente inclinado el cuerpo, sin que pudiera estar sentado, ni tampoco levantado derecho el cuerpo para aliviarse, de manera que la postura vino a ser nuevo tormento y en extremo penoso. Con esta forma de prisión le dejaron y le cerraron las puertas con llave, entregándola a uno de aquellos pésimos ministros que cuidase de ella.

**1286.** Pero el Dragón infernal en su antigua soberbia no sosegaba y siempre deseaba saber quién era Cristo, e irritando su inmutable paciencia inventó otra nueva maldad, revistiéndose en aquel depravado ministro y en otros. Puso en la imaginación del que tenía la llave del divino preso y del mayor tesoro que posee el cielo y la tierra, que convidase a otros de sus amigos de

semejantes costumbres que él, para que todos juntos bajasen al calabozo donde estaba el Maestro de la vida a tener con él un rato de entretenimiento, obligándole a que hablase y profetizase, o hiciese alguna cosa inaudita, porque tenían a Su Majestad por mágico y adivino. Y con esta diabólica sugestión convidó a otros soldados y ministros, y determinaron ejecutarlo. Pero en el ínterin que se juntaron, sucedió que la multitud de Ángeles que asistían al Redentor en su pasión, luego que le vieron amarrado en aquella postura tan dolorosa y en lugar tan indigno e inmundo, se postraron ante su acatamiento, adorándole por su Dios y Señor verdadero, y dieron a Su Majestad tanto más profunda reverencia y culto cuanto era más admirable en dejarse tratar con tales oprobios por el amor que tenía a los mismos hombres. Cantáronle algunos himnos y cánticos de los que su Madre purísima había hecho en alabanza suya, como arriba dije (Cf. supra n. 1277). Y todos los espíritus celestiales le pidieron en nombre de la misma Señora que, pues no quería mostrar el poder de su diestra en aliviar su humanidad santísima, les diese a ellos licencia para que le desatasen y aliviasen de aquel tormento y le defendiesen de aquella cuadrilla de ministros que instigados del demonio se prevenían para ofenderle de nuevo.

**1287.** No admitió Su Majestad este obsequio de los Ángeles y les respondió diciendo: Espíritus y ministros de mi Eterno Padre, no es mi voluntad recibir ahora alivio en mi pasión, y quiero padecer estos oprobios y tormentos, para satisfacer a la caridad ardiente con que amo a los hombres y dejar a mis escogidos y amigos este ejemplo, para que me imiten y en la tribulación no desfallezcan, y para que todos estimen los tesoros de la gracia, que les merecí con abundancia por medio de estas penas. Y quiero asimismo justificar mi causa, para que el día de mi indignación sea patente a los réprobos la justicia con que

son condenados por haber despreciado mi acerbísima pasión, que recibí para buscarles el remedio. A mi Madre diréis que se consuele en esta tribulación, mientras llega el día de la alegría y descanso, que me acompañe ahora en el obrar y padecer por los hombres, que de su afecto compasivo y de todo lo que hace recibo agrado y complacencia.—Con esta respuesta fueron los Santos Ángeles a su gran Reina y Señora y con la embajada sensible la consolaron, aunque por otra noticia no ignoraba la voluntad de su Hijo santísimo y todo lo que sucedía en casa del pontífice Caifás. Y cuando conoció la nueva crueldad con que dejaron amarrado al Cordero del Señor y la postura de su cuerpo santísimo tan penosa y dura, sintió la purísima Madre el mismo dolor en su purísima persona, como también sintió el de los golpes, bofetadas y oprobios que hicieron contra el autor de la vida; porque todo resonaba como un milagroso eco en el virginal cuerpo de la candidísima paloma, y un mismo dolor y pena hería al Hijo y a la Madre, y un cuchillo los traspasaba, diferenciándose en que padecía Cristo como Hombre-Dios y Redentor único de los hombres y María santísima como pura criatura y coadjutora de su Hijo santísimo.

**1288.** Cuando conoció que Su Majestad daba permiso para que entrase en la cárcel aquella vilísima canalla de ministros, incitados por el demonio, hizo la amorosa Madre amargo llanto por lo que había de suceder. Y previniendo los intentos sacrílegos de Lucifer, estuvo muy atenta para usar de la potestad de Reina y no consentir se ejecutase contra la persona de Cristo nuestro bien acción alguna indecente, como la intentaba el Dragón por medio de la crueldad de aquellos infelices hombres. Porque si bien todas eran indignas y de suma irreverencia para la persona divina de nuestro Salvador, pero en algunas podía haber menos decencia, y éstas las procuraba introducir el enemigo para provocar la

**indignación del Señor, cuando con las demás que había intentado no podía irritar su mansedumbre. Fueron tan raras y admirables, heroicas y extraordinarias las obras que hizo la gran Señora en esta ocasión y en todo el discurso de la pasión, que ni se pueden dignamente referir ni alabar, aunque se escribieran muchos libros de solo este argumento, y es fuerza remitirlo a la visión de la divinidad, porque en esta vida es inefable para decirlo.**

**1289. Entraron, pues, en el calabozo aquellos ministros del pecado, solemnizando con blasfemias la fiesta que se prometían con las ilusiones y escarnios que determinaban ejecutar contra el Señor de las criaturas. Y llegando a él comenzaron a escupirle asquerosamente y darle de bofetadas con increíble mofa y desacato. No respondió Su Majestad ni abrió su boca, no alzó sus soberanos ojos, guardando siempre humilde serenidad en su semblante. Deseaban aquellos ministros sacrílegos obligarle a que hablase o hiciese alguna acción ridícula o extraordinaria, para tener más ocasión de celebrarle por hechicero y burlarse de él, y como vieron aquella mansedumbre inmutable se dejaron irritar más de los demonios que asistían con ellos. Desataron al divino Maestro de la peña donde estaba amarrado y le pusieron en medio del calabozo, vendándole los sagrados ojos con un paño, y puesto en medio de todos le herían con puñadas, pescozones y bofetadas, uno a uno, cada cual a porfía, con mayor escarnio y blasfemia, mandándole que adivinase y dijese quién era el que le daba. Este linaje de blasfemias replicaron los ministros en esta ocasión, más que en presencia de Anás, cuando refieren San Mateo (Mt 26, 67), San Marcos (Mc 14, 65) y San Lucas (Lc 2264) este caso, comprendiendo tácitamente lo que sucedió después.**

**1290. Callaba el Cordero mansísimo a esta lluvia de oprobios y blasfemias, y Lucifer, que estaba sediento de**

que hiciese algún movimiento contra la paciencia, se atormentaba de verla tan inmutable en Cristo nuestro Señor, y con infernal consejo puso en la imaginación de aquellos sus esclavos y amigos que le desnudasen de todas sus vestiduras y le tratasen con palabras y acciones fraguadas en el pecho de tan execrable demonio. No resistieron los soldados a esta sugestión y quisieron ejecutarla. Este abominable sacrilegio estorbó la prudentísima Señora con oraciones, lágrimas y suspiros y usando del imperio de Reina, porque pedía al Eterno Padre no concurriese con aquellas causas segundas para tales obras, y a las mismas potencias de los ministros mandó no usasen de la virtud natural que tenían para obrar. Con este imperio sucedió que nada pudieron ejecutar aquellos sayones de cuanto el demonio y su malicia en esto les administraba, porque muchas cosas se les olvidaban luego, otras que deseaban no tenían fuerzas para ejecutarlas, porque quedaban como helados y pasmados los brazos hasta que retrataban su inicua determinación. Y en mudándola volvían a su natural estado, porque aquel milagro no era entonces para castigarlos, sino para sólo impedir las acciones más indecentes y consentir las que menos lo eran, o las de otra especie de irreverencia que el Señor quería permitir.

1291. Mandó también la poderosa Reina a los demonios que enmudeciesen y no incitasen a los ministros en aquellas maldades indecentes que Lucifer intentaba y quería proseguir. Y con este imperio quedó el Dragón quebrantado en cuanto a lo que se extendía la voluntad de María santísima y no pudo irritar más la indignación estulta de aquellos depravados hombres, ni ellos pudieron hablar ni hacer cosa indecente, más de en la materia que se les permitió. Pero con experimentar en sí mismos aquellos efectos tan admirables como desacostumbrados, no merecieron desengañarse ni conocer el poder divino, aunque unas veces se sentían

como baldados y otras libres y sanos, y todo de improviso, y lo atribuían a que el Maestro de la verdad y de la vida era hechicero y mágico. Y con este error diabólico perseveraron en hacer otros géneros de burlas injuriosas y tormentos a la persona de Cristo, hasta que conocieron corría ya muy adelante la noche y entonces volvieron a amarrarle de nuevo al peñasco y dejándole atado se salieron ellos y los demonios. Fue orden de la divina Sabiduría cometer a la virtud de María santísima la defensa de la honestidad y decencia de su Hijo purísimo en aquellas cosas que no convenía ser ofendida del consejo de Lucifer y sus ministros.

**1292.** Quedó solo otra vez nuestro Salvador en aquel calabozo, asistido de los espíritus angélicos, llenos de admiración de las obras y secretos juicios de Su Majestad en lo que había querido padecer, y por todo le dieron profundísima adoración y le alabaron magnificando y exaltando su santo nombre. Y el Redentor del mundo hizo una larga oración a su Eterno Padre, pidiendo por los hijos futuros de su Iglesia evangélica y dilatación de la fe y por los Apóstoles, especialmente por San Pedro, que estaba llorando su pecado. Pidió también por los que le habían injuriado y escarnecido, y sobre todo convirtió su petición para su Madre santísima y por los que a su imitación fuesen afligidos y despreciados del mundo y por todos estos fines ofreció su pasión y muerte que esperaba. Al mismo tiempo le acompañó la dolorosa Madre con otra larga oración y con las mismas peticiones por los hijos de la Iglesia y por sus enemigos, y sin turbarse ni recibir indignación ni aborrecimiento contra ellos; sólo contra el demonio le tuvo, como incapaz de la gracia por su irreparable obstinación. Y con llanto doloroso habló con el Señor y le dijo:

**1293.** Amor y bien de mi alma, Hijo y Señor mío, digno sois de que todas las criaturas os reverencien, honren y

alaben, que todo os lo deben, porque sois imagen del Eterno Padre y figura de su sustancia, infinito en vuestro ser y perfecciones, sois principio y fin de toda santidad. Si ellas sirven a vuestra voluntad con rendimiento, ¿cómo ahora, Señor y bien eterno, desprecian, vituperan, afrentan y atormentan vuestra persona digna de supremo culto y adoración?, ¿cómo se ha levantado tanto la malicia de los hombres?, ¿cómo se ha desmandado la soberbia hasta poner su boca en el cielo?, ¿cómo ha sido tan poderosa la envidia? Vos sois el único y claro sol de justicia que alumbra y destierra las tinieblas del pecado. Sois la fuente de la gracia, que a ninguno se niega si la quiere. Sois el que por liberal amor dais el ser y movimiento a los que le tienen en la vida y conservación a las criaturas, y todo pende y necesita de Vos sin que nada hayáis menester. Pues ¿qué han visto en vuestras obras? ¿Qué han hallado en vuestra persona, para que así la maltraten y vituperen? ¡Oh fealdad atrocísima del pecado, que así has podido desfigurar la hermosura del cielo y oscurecer los claros soles de su venerable rostro! ¡Oh cruenta fiera que tan sin humanidad tratas al mismo Reparador de tus daños! Pero ya, Hijo y Dueño mío, conozco que sois Vos el Artífice del verdadero amor, el Autor de la salvación humana, el Maestro y Señor de las virtudes, que en Vos mismo ponéis en práctica la doctrina que enseñáis a los humildes discípulos de Vuestra escuela. Humilláis la soberbia, confundís la arrogancia y para todos sois ejemplo de salvación eterna. Y si queréis que todos imiten Vuestra inefable paciencia, a mí me toca la primera, que administré la materia y Os vestí de carne pasible en que sois herido, escupido y abofeteado. ¡Oh si yo sola padeciera tantas penas y Vos, inocentísimo Hijo mío, estuvierais sin ellas! Y si esto no es posible, padezca yo con Vos hasta la muerte. Y vosotros, espíritus soberanos, que admirados de la paciencia de mi amado conocéis su deidad inconmutable y la inocencia y dignidad de su verdadera humanidad, recompensad las

injurias y blasfemias que recibe de los hombres. Dadle testimonio de su magnificencia y gloria, sabiduría, honor, virtud y fortaleza (Ap 5, 12). Convidad a los cielos, planetas, estrellas y elementos para que todos le conozcan y confiesen; y ved si por ventura hay otro dolor que se iguale al mío (Lam 1, 12).—Estas razones tan dolorosas y otras semejantes decía la purísima Señora, con que descansaba algún tanto en la amargura de su pena y dolor.

**1294.** Fue incomparable la paciencia de la divina Princesa en la muerte y pasión de su amantísimo Hijo y Señor, porque jamás le pareció mucho lo que padecía, ni la balanza de los trabajos igualaba a la de su afecto, que medía con el amor y con la dignidad de su Hijo santísimo y sus tormentos, ni en todas las injurias y desacatos que se hacían contra el mismo Señor se hizo parte para sentirlos por sí misma, ni los reputó por propios, aunque todos los conoció y lloró en cuanto eran contra la Divina Persona y en daño de los agresores, y por todos oró y rogó, para que el Muy Alto los perdonase y apartase de pecado y de todo mal y los ilustrase con su divina luz para conseguir el fruto de la Redención.

*Doctrina de la Reina del cielo María santísima.*

**1295.** Hija mía, escrito está en el evangelio (Jn 5, 27) que el Padre Eterno dio a su Unigénito y mío la potestad para juzgar y condenar a los réprobos el último día del juicio universal. Y esto fue muy conveniente, no sólo para que entonces vean todos los juzgados y reos al Juez supremo que conforme a la voluntad y rectitud divina los condenará, sino también para que vean y conozcan aquella misma forma de su humanidad santísima en que fueron redimidos y se le manifiesten en ella los tormentos y oprobios que padeció para rescatarlos de la eterna condenación; y el mismo Señor y Juez que los ha de

**juzgar les hará este cargo. Al cual así como no podrán responder ni satisfacer, así será esta confusión el principio de la pena eterna que merecieron con su ingratitud obstinada, porque entonces se hará notoria y patente la grandeza de la misericordia piadosísima con que fueron redimidos y la razón de la justicia con que son condenados. Grande fue el dolor, acerbísimas las penas y amarguras que había padecido mi Hijo santísimo, porque no habían de lograr todos el fruto de la Redención, y esto traspasó mi corazón al tiempo que le atormentaban, juntamente el verle escupido, abofeteado, blasfemado y afligido con tan impíos tormentos, que no se pueden conocer en la vida presente y mortal. Yo lo conocí digna y claramente, y a la medida de esta ciencia fue mi dolor, como lo era el amor y reverencia de la persona de Cristo, mi Señor y mi Hijo. Pero después de estas penas fueron las mayores por conocer que, con haber padecido Su Majestad tal muerte y pasión por los hombres, se habían de condenar tantos a vista de aquel infinito valor.**

**1296. En este dolor también quiero que me acompañes y me imites y te lastimes de esta lamentable desdicha, que entre los mortales no hay otra digna de ser llorada con llanto lastimoso, ni dolor que se compare a éste. Pocos hay en el mundo que adviertan en esta verdad con la ponderación que se debe. Pero mi Hijo y yo admitimos con especial agrado a los que nos imitan en este dolor y se afligen por la perdición de tantas almas. Procura tú, carísima, señalarte en este ejercicio y pide, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo. Pero has de saber sus promesas, que al que pidiere le darán y a quien llamare le abrirán la puerta de sus tesoros infinitos. Y para que tengas qué ofrecerle, escribe en tu memoria lo que padeció mi Hijo santísimo y tu Esposo por mano de aquellos ministros viles y depravados hombres y la invencible paciencia, mansedumbre y silencio con que se sujetó a su inicua**

voluntad. Y con este dechado, desde hoy trabaja para que en ti no reine la irascible, ni otra pasión de hija de Adán, y se engendre en tu pecho un aborrecimiento eficaz del pecado de la soberbia, de despreciar y ofender al prójimo. Y pide y solicita con el Señor la paciencia, mansedumbre, apacibilidad y amor a los trabajos y cruz del Señor. Abrázate con ella, tómala con piadoso afecto y sigue a Cristo tu esposo, para que le alcances.

## **CAPITULO 18**

*Júntase el concilio viernes por la mañana, para sustanciar la causa contra nuestro Salvador Jesús, remítente a Pilatos y sale al encuentro María santísima con San Juan Evangelista y las tres Marías.*

**1297.** El viernes por la mañana en amaneciendo, dicen los Evangelistas (Mt 27, 1; Mc 15, 1; Lc 22, 66; Jn 18, 28), se juntaron los más ancianos del gobierno con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que por la doctrina de la ley eran más respetados del pueblo, para que de común acuerdo se sustanciara la causa de Cristo y fuera condenado a muerte como todos deseaban, dándole algún color de justicia para cumplir con el pueblo. Este concilio se hizo en casa del Pontífice Caifás, donde Su Majestad estaba preso. Y para examinarle de nuevo mandaron que le subiesen del calabozo a la sala del concilio. Bajaron luego a traerle atado y preso aquellos ministros de justicia y, llegando a soltarle de aquel peñasco que queda dicho (Cf. supra n. 1285), le dijeron con gran risa y escarnio: Ea, Jesús Nazareno, y qué poco te han valido tus milagros para defenderte. No fueran buenos ahora para escaparte aquellos artes con que decías que en tres días edificarías el templo, mas aquí pagarás ahora tus vanidades, y se humillarán tus altos pensamientos; ven, ven, que te aguardan los

príncipes de los sacerdotes y escribas para dar fin a tus embustes y entregarte a Pilatos, que acabe de una vez contigo.—Desataron al Señor y subiéronle al concilio, sin que Su Majestad desplegara su boca. Pero de los tormentos, bofetadas y salivas de que, como estaba, atadas las manos, no se había podido limpiar, estaba tan desfigurado y flaco, que causó espanto, pero no compasión, a los del concilio. Tal era la ira que contra el Señor habían contraído y concebido.

1298. Preguntáronle de nuevo que les dijese si él era Cristo, que quiere decir el ungiendo. Y esta segunda pregunta fue con intención maliciosa, como las demás, no para oír la verdad y admitirla, sino para calumniarla y ponérsela por acusación. Pero el Señor, que así quería morir por la verdad, no quiso negarla, ni tampoco confesarla de manera que la despreciasen y tomase la calumnia algún color aparente, porque aun éste no podía caber en su inocencia y sabiduría. Y así templó la respuesta de tal suerte, que si tuvieran los fariseos alguna piedad tuvieran también ocasión de inquirir con buen celo el sacramento escondido en sus razones, y si no la tenían se entendiese que la culpa estaba en su mala intención y no en la respuesta del Salvador. Respondióles y dijo: Si yo afirmo que soy el que me preguntáis, no daréis crédito a lo que dijere, y si os preguntare algo tampoco me responderéis ni me soltaréis. Pero digo que el Hijo del Hombre, después de esto, se asentará a la diestra de la virtud de Dios.—Replicaron los pontífices: ¿Luego tú eres Hijo de Dios?—Respondió el Señor: Vosotros decís que yo soy (Lc 22, 67-70).— Y fue lo mismo que decirles: Muy legítima es la consecuencia que habéis hecho, que yo soy Hijo de Dios, porque mis obras y doctrina y vuestras Escrituras y todo lo que ahora hacéis conmigo testifican que yo soy Cristo, el prometido en la ley.

**1299.** Pero como aquel concilio de malignantes no estaba dispuesto para dar asenso a la verdad divina, aunque ellos mismos la colegían por buenas consecuencias y la podían creer, ni la entendieron ni le dieron crédito, antes la juzgaron por blasfemia digna de muerte. Y viendo que se ratificaba el Señor en lo que antes había confesado, respondieron todos: ¿Qué necesidad tenemos de más testigos, pues él mismo nos lo confiesa por su boca? (Lc 22, 71)—Y luego de común acuerdo decretaron, que como digno de muerte fuese llevado y presentado a Poncio Pilatos, que gobernaba la provincia de Judea en nombre del emperador romano, como señor de Palestina en lo temporal. Y según las leyes del imperio romano, las causas de sangre o de muerte estaban reservadas al senado o emperador, o a sus ministros que gobernaban las provincias remotas, y no se las dejaban a los mismos naturales; porque negocios tan graves, como quitar la vida, querían que se mirase con mayor atención y que ningún reo fuese condenado sin ser oído y darle tiempo y lugar para su defensa y descargo, porque en este orden de justicia se ajustaban los romanos más que otras naciones a la ley natural de la razón. Y en la causa de Cristo nuestro bien se holgaron los pontífices y escribas de que la muerte que deseaban darle fuese por sentencia de Pilatos, que era gentil, para cumplir con el pueblo con decir que el gobernador romano le había condenado y que no lo hiciera si no fuera digno de muerte. Tanto como esto les oscurecía el pecado y la hipocresía, como si ellos no fueran los autores de toda la maldad y más sacrílegos que el juez de los gentiles; y así ordenó el Señor que se manifestase a todos con lo mismo que hicieron con Pilatos, como luego veremos.

**1300.** Llevaron los ministros a nuestro Salvador Jesús de casa de Caifás a la de Pilatos, para presentársele atado, como digno de muerte, con las cadenas y sogas que le

prendieron. Estaba la ciudad de Jerusalén llena de gente de toda Palestina, que había concurrido a celebrar la gran Pascua del cordero y de los Ázimos, y con el rumor que ya corría en el pueblo y la noticia que todos tenían del Maestro de la vida concurrió innumerable multitud a verle llevar preso por las calles, dividiéndose todo el vulgo en varias opiniones. Unos a grandes voces decían: Muera, muera este mal hombre y embustero que tiene engañado al mundo; otros respondían, no parecían sus doctrinas tan malas ni sus obras, porque hacía muchas buenas a todos; otros, de los que habían creído, se afligían y lloraban; y toda la ciudad estaba confusa y alterada. Estaba Lucifer muy atento y sus demonios también a cuanto pasaba, y con insaciable furor, viéndose ocultamente vencido y atormentado de la invencible paciencia y mansedumbre de Cristo nuestro Señor, desatinábale su misma soberbia e indignación, sospechando que aquellas virtudes que tanto le atormentaban no podían ser de puro hombre. Por otra parte, presumía que dejarse maltratar y despreciar con tanto extremo y padecer tanta flaqueza y como desmayo en el cuerpo no podía ajustarse con Dios verdadero, porque si lo fuera —decía el Dragón— la virtud divina y su naturaleza comunicada a la humana le influyera grandes efectos para que no desfalleciera, ni consintiera lo que en ella se hace. Esto decía Lucifer, como quien ignoraba el divino secreto de haber suspendido Cristo nuestro Señor los efectos que pudieran redundar de la divinidad en la naturaleza humana, para que el padecer fuese en sumo grado, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 1209). Pero con estos recelos se enfurecía más el soberbio Dragón en perseguir al Señor, para probar quién era el que así sufría los tormentos.

1301. Era ya salido el sol cuando esto sucedía; y la dolorosa Madre, que todo lo miraba, determinó salir de su retiro para seguir a su Hijo santísimo a casa de Pilatos

y acompañarle hasta la cruz. Y cuando la gran Reina y Señora salía del cenáculo, llegó San Juan a darle cuenta de todo lo que pasaba, porque ignoraba entonces el amado discípulo la ciencia y visión que María santísima tenía de todas las obras y sucesos de su amantísimo Hijo. Y después de la negación de San Pedro, se había retirado San Juan Evangelista, atalayando más de lejos lo que pasaba. Reconociendo también la culpa de haber huido en el huerto y llegando a la presencia de la Reina, la confesó por Madre de Dios con lágrimas y le pidió perdón y luego le dio cuenta de todo lo que pasaba en su corazón, había hecho y visto siguiendo a su divino Maestro. Parecióle a San Juan Evangelista era bien prevenir a la afligida Madre, para que llegando a la vista de su Hijo santísimo no se hallase tan lastimada con el nuevo espectáculo. Y para representársele desde luego, le dijo estas palabras: ¡Oh Señora mía, qué afligido queda nuestro divino Maestro! No es posible mirarle sin romper el corazón de quien le viere, porque de las bofetadas, golpes y salivas está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado, que apenas le conoceréis por la vista.—Oyó la prudentísima Madre esta relación con tanta espera, como si estuviera ignorante del suceso, pero estaba toda convertida en llanto y transformada en amargura y dolor. Oyéronlo también las mujeres santas que salían en compañía de la gran Señora y todas quedaron traspasados los corazones del mismo dolor y asombro que recibieron. Mandó la Reina del cielo al Apóstol San Juan que fuese acompañándola con las devotas mujeres, y hablando con todas las dijo: Apresuremos el paso, para que vean mis ojos al Hijo del Eterno Padre, que tomó la forma de hombre en mis entrañas; y veréis, carísimas, lo que con mi Señor y Dios pudo el amor que tiene a los hombres, lo que le cuesta redimirlos del pecado y de la muerte y abrirles las puertas del cielo.

**1302.** Salió la Reina del cielo por las calles de Jerusalén acompañada de San Juan Evangelista y otras mujeres santas, aunque no todas la asistieron siempre, fuera de las tres Marías y algunas otras muy piadosas, y los Ángeles de su guarda, a los cuales pidió que obrasen de manera que el tropel de la gente no la impidiese para llegar a donde estaba su Hijo santísimo. Obedecieronla los Santos Ángeles y la fueron guardando. Por las calles donde pasaba oía varias razones y sentires de tan lastimoso caso que unos a otros se decían, contando la novedad que había sucedido a Jesús Nazareno. Los más piadosos se lamentaban, y éstos eran los menos, otros decían cómo le querían crucificar, otros contaban dónde iba y que le llevaban preso como hombre facineroso, otros que iba maltratado; otros preguntaban qué maldades había cometido, que tan cruel castigo le daban. Y finalmente muchos con admiración o con poca fe decían: ¿En esto han venido a parar sus milagros? Sin duda que todos eran embustes, pues no se ha sabido defender ni librar. Y todas las calles y plazas estaban llenas de corrillos y murmuraciones. Pero en medio de tanta turbación de los hombres estaba la invencible Reina, aunque llena de incomparable amargura, constante y sin turbarse, pidiendo por los incrédulos y malhechores, como si no tuviera otro cuidado más que solicitarles la gracia y el perdón de sus pecados, y los amaba con tan íntima caridad, como si recibiera de ellos grandes favores y beneficios. No se indignó ni airó contra aquellos sacrílegos ministros de la pasión y muerte de su amantísimo Hijo, ni tuvo señal de enojo. A todos miraba con caridad y les hacía bien.

**1303.** Algunos de los que la encontraban por las calles la conocían por Madre de Jesús Nazareno y movidos de natural compasión la decían: ¡Oh triste Madre! ¿Qué desdicha te ha sucedido? ¡Qué lastimado y herido de dolor estará tu corazón! ¿Qué mala cuenta has dado de

**tu Hijo? ¿Por qué le consentías que intentase tantas novedades en el pueblo? Mejor fuera haberle recogido y detenido; pero será escarmiento para otras madres, que aprendan en tu desdicha cómo han de enseñar a sus hijos.—Estas razones y otras más terribles oía la candidísima paloma, y a todas daba en su ardiente caridad el lugar que convenía admitiendo la compasión de los piadosos y sufriendo la impiedad de los incrédulos, no maravillándose de los ignorantes y rogando respectivamente al Muy Alto por los unos y los otros.**

**1304. Entre ésta variedad y confusión de gentes encaminaron los Santos Ángeles a la, Emperatriz del cielo a la vuelta de una calle, donde encontró a su Hijo santísimo, y con profunda reverencia se postró ante su Real persona y le adoró y con la más alta y fervorosa veneración que jamás le dieron ni le darán todas las criaturas. Levantóse luego, y con incomparable ternura se miraron Hijo y Madre; habláronse con los interiores traspasados de inefable dolor. Retiróse luego un poco atrás la prudentísima Señora y fue siguiendo a Cristo nuestro Señor, hablando con Su Majestad en su secreto y también con el Eterno Padre tales razones, que no caben en lengua mortal y corruptible. Decía la afligida Madre: Dios altísimo e Hijo mío, conozco el amoroso fuego de vuestra caridad con los hombres, que os obliga a ocultar el infinito poder de vuestra divinidad en la carne y forma pasible que de mis entrañas habéis recibido. Confieso vuestra sabiduría incomprendible en admitir tales afrentas y tormentos y en entregaros a Vos mismo, que sois el Señor de todo lo criado, para rescate del hombre, que es siervo, polvo y ceniza. Digno sois de que todas las criaturas Os alaben y bendigan, confiesen y engrandezcan vuestra bondad inmensa; pero yo, que soy Vuestra Madre, ¿cómo dejaré de querer que sola en mí se ejecutaran Vuestros oprobios y no en Vuestra Divina Persona, que sois hermosura de los ángeles y resplandor**

de la gloria de Vuestro Padre Eterno? ¿Cómo no desearé Vuestros alivios en tales penas? ¿Cómo sufrirá mi corazón veros tan afligido, y afeado vuestro hermosísimo rostro, y que sólo con el Criador y Redentor falte la compasión y la piedad en tan amarga pasión? Pero si no es posible que yo os alivie como Madre, recibid mi dolor y sacrificio de no hacerlo, como Hijo y Dios santo y verdadero.

1305. Quedó en el interior de nuestra Reina del cielo tan fija y estampada la imagen de su Hijo santísimo, así lastimado y afeado, encadenado y preso, que jamás en lo que vivió se le borraron de la imaginación aquellas especies, más que si le estuviera mirando. Llegó Cristo nuestro bien a la casa de Pilatos, siguiéndole muchos del concilio de los judíos y gente innumerable de todo el pueblo. Y presentándole al juez, se quedaron los judíos fuera del pretorio o tribunal, fingiéndose muy religiosos por no quedar irregulares e inmundos para celebrar la Pascua de los panes ceremoniales, para la cual habían de estar muy limpios de las inmundicias cometidas contra la ley; y como hipócritas estultísimos no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas, homicidas del Inocente. Pilatos, aunque era gentil, condescendió con la ceremonia de los judíos y, viendo que reparaban en entrar en su pretorio, salió fuera y, conforme al estilo de los romanos, les preguntó: *¿Qué acusación es la que tenéis contra este hombre?* Respondieron los judíos: *Si no fuera grande malhechor, no te le trajéramos (Jn 18, 29-30)* así atado y preso como te le entregamos. Y fue decir: Nosotros tenemos averiguadas sus maldades y somos tan atentos a la justicia y a nuestras obligaciones, que a menos de ser muy facineroso no procediéramos contra él. Con todo eso les replicó Pilatos: Pues ¿qué delitos son los que ha cometido? Está convencido, respondieron los judíos, que inquieta a la república y se quiere hacer nuestro rey y prohíbe que se le paguen al César los tributos, se hace

Hijo de Dios y ha predicado nueva doctrina, comenzando por Galilea y prosiguiendo por toda Judea hasta Jerusalén (Lc 23, 2-5).—Pues tomadle allá vosotros, dijo Pilatos, y juzgadle conforme a vuestras leyes; que yo no hallo causa justa para juzgarle.—Replicaron los judíos: A nosotros no se nos permite condenar a alguno con pena de muerte, ni tampoco dársela (Jn 18, 31).

1306. A todas estas y otras demandas y respuestas estaba presente María santísima con San Juan Evangelista y las mujeres que la seguían, porque los Santos Ángeles la acercaron a donde todo lo pudiese ver y oír; y cubierta con su manto lloraba sangre en vez de lágrimas con la fuerza del dolor que dividía su virginal corazón, y en los actos de las virtudes era un espejo clarísimo en que se retrataba el alma santísima de su Hijo, y los dolores y penas se retrataban en el sentimiento del cuerpo. Pidió al Padre Eterno la concediese no perder a su Hijo de vista, cuanto fuese posible, por el orden común, hasta la muerte, y así lo consiguió mientras el Señor no estuvo preso. Y considerando la prudentísima Señora que convenía se conociese la inocencia de nuestro Salvador Jesús entre las falsas acusaciones y calumnias de los judíos y que le condenaban a muerte sin culpa, pidió con fervorosa oración que no fuese engañado el juez y que tuviese verdadera luz de que Cristo era entregado a él por envidia de los sacerdotes y escribas. En virtud de esta oración de María santísima tuvo Poncio Pilatos claro conocimiento de la verdad y alcanzó que Cristo era inculpable y que le habían entregado por envidia, como dice San Mateo (Mt 27, 18); y por esta razón el mismo Señor se declaró más con él, aunque no cooperó Pilatos a la verdad que conoció, y así no fue de provecho para él sino para nosotros y para convencer la perfidia de los pontífices y fariseos.

**1307. Deseaba la indignación de los judíos hallar a Pilatos muy propicio, para que luego pronunciara la sentencia de muerte contra el Salvador Jesús; y como reconocieron que reparaba tanto en ello, comenzaron a levantar las voces con ferocidad, acusándole y repitiendo que se quería alzar con el reino de Judea y para esto engañaba y conmovía los pueblos y se llamaba Cristo, que quiere decir unguido Rey. Esta maliciosa acusación propusieron a Pilatos, porque se moviese más con el celo del reino temporal, que debía conservar debajo del imperio romano. Y porque entre los judíos eran los reyes ungidos, por eso añadieron que Jesús se llamaba Cristo, que es unguido como rey, y porque Pilatos, como gentil, cuyos reyes no se unguían, entendiéndose que llamarse Cristo era lo mismo que llamarse rey unguido de los judíos. Preguntóle Pilatos al Señor: *¿Qué respondes a estas acusaciones que te oponen?* (Mc 15, 4-5) No respondió Su Majestad palabra en presencia de los acusadores, y se admiró Pilatos de ver tal silencio y paciencia. Pero deseando examinar más si era verdaderamente rey, se retiró el mismo juez con el Señor adentro del pretorio, desviándose de la vocería de los judíos. Y allí a solas le preguntó Pilatos: *Díme, ¿eres tú Rey de los judíos?* (Jn 18, 33ss) No pudo pensar Pilatos que Cristo era rey de hecho, pues conocía que no reinaba, y así lo preguntaba para saber si era rey de derecho y si le tenía al reino. Respondióle nuestro Salvador: *Esto que me preguntas ¿ha salido de ti mismo, o te lo ha dicho alguno hablando de mí?*— Replicó Pilatos: *¿Yo acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te han entregado a mi tribunal; dime lo que has hecho y qué hay en esto.*—Entonces respondió el Señor: *Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, cierto es que mis vasallos me defendieran, para que no fuera entregado a los judíos, mas ahora no tengo aquí mi reino.*—Creyó el juez en parte esta respuesta del Señor y así le replicó: *¿Luego tú eres rey, pues tienes reino?* No lo negó Cristo y añadió diciendo: *Tú***

dices que yo soy rey; y para dar testimonio de la verdad nací yo en el mundo; y todos los que son nacidos de la verdad oyen mis palabras.—Admiróse Pilatos de esta respuesta del Señor, y volvióle a preguntar: ¿Qué cosa es la verdad?—Y sin aguardar más respuesta salió otra vez del pretorio y dijo a los judíos: Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabéis que tenéis costumbre de que por la fiesta de la Pascua dais libertad a un preso; decidme si gustáis que sea Jesús o Barrabás; que era un ladrón y homicida, que a la sazón tenían en la cárcel por haber muerto a otro en una pendencia. Levantaron todos la voz y dijeron: A Barrabás pedimos que sueltes, y a Jesús que crucifiques.—Y en esta petición se ratificaron, hasta que se ejecutó como lo pedían.

1308. Quedó Pilatos muy turbado con las respuestas de nuestro Salvador Jesús y obstinación de los judíos; porque por una parte deseaba no desgraciarse con ellos, y esto era dificultosa cosa, viéndolos tan embarcados en la muerte del Señor, si no consentía con ellos; por otra parte conocía claramente que le perseguían por envidia mortal que le tenían y que las acusaciones de que turbaba al pueblo eran falsas y ridículas. Y en lo que le imputaban de que pretendía ser rey, había quedado satisfecho con la respuesta del mismo Cristo y verle tan pobre, tan humilde y sufrido a las calumnias que le oponían. Y con la luz y auxilios que recibió, conoció la verdadera inocencia del Señor, aunque esto fue por mayor, ignorando siempre el misterio y la dignidad de la persona divina. Y aunque la fuerza de sus vivas palabras movió a Pilatos para hacer concepto grande de Cristo y pensar que en él se encerraba algún particular secreto y por esto deseaba soltarle y le envió a Herodes, como diré en el capítulo siguiente, pero no llegaron a ser eficaces los auxilios porque lo desmereció su pecado y se convirtió a fines temporales, gobernándose por ellos y no por la justicia, más por sugestión de Lucifer, como arriba dije

**(Cf. supra n. 1134), que por la noticia de la verdad que conocía con claridad. Y habiéndola entendido, procedió como mal juez en consultar más la causa del inocente con los que eran enemigos suyos declarados y le acusaban falsamente. Y mayor delito fue obrar contra el dictamen de la conciencia, condenándole a muerte y primero a que le azotasen tan inhumanamente, como veremos, sin otra causa más de para contentar a los judíos.**

**1309. Pero aunque Pilatos por estas y otras razones fue iniquísimo e injusto juez condenando a Cristo, a quien tenía por puro hombre, aunque inocente y bueno, con todo fue menor su delito en comparación de los sacerdotes y fariseos. Y esto no sólo porque ellos obraban con envidia, crueldad y otros fines execrables, sino también porque fue gran culpa el no conocer a Cristo por verdadero Mesías y Redentor, hombre y Dios, prometido en la ley que los hebreos profesaban y creían. Y para su condenación permitió el Señor que, cuando acusaban a nuestro Salvador, le llamasen Cristo y Rey ungido, confesando en las palabras la misma verdad que negaban y descreían. Pero debíanlas creer, para entender que Cristo nuestro Señor era verdaderamente ungido, no con la unción figurativa de los reyes y sacerdotes antiguos, sino con la unción que dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 44, 8), diferente de todos los demás, como lo era la unción de la divinidad unida a la humana naturaleza, que la levantó a ser Cristo Dios y hombre verdadero, y ungida su alma santísima con los dones de gracia y gloria correspondientes a la unión hipostática. Toda esta verdad misteriosa significaba la acusación de los judíos, aunque ellos por su perfidia no la creían y con envidia la interpretaban falsamente, acumulándole al Señor que se quería hacer rey y no lo era; siendo verdad lo contrario, y no lo quería mostrar, ni usar de la potestad de rey temporal, aunque de todo era Señor; pero no había venido al mundo a mandar a los**

**hombres, sino a obedecer (Mt 20, 28). Y era mayor la ceguedad judaica, porque esperaban al Mesías como a rey temporal y con todo eso calumniaban a Cristo de que lo era, y parece que sólo querían un Mesías tan poderoso rey que no le pudiesen resistir, y aun entonces le recibirían por fuerza y no con la voluntad piadosa que pide el Señor.**

**1310. La grandeza de estos sacramentos ocultos entendía profundamente nuestra gran Reina y Señora y los confería en la sabiduría de su castísimo pecho, ejercitando heroicos actos de todas las virtudes. Y como los demás hijos de Adán, concebidos y manchados con pecados, cuando más crecen las tribulaciones y dolores tanto más suelen conturbarlos y oprimirlos, despertando la ira con otras desordenadas pasiones, por el contrario sucedía en María santísima, donde no obraba el pecado, ni sus efectos, ni la naturaleza, tanto como la excelente gracia. Porque las grandes persecuciones y muchas aguas de los dolores y trabajos no extinguían el fuego de su inflamado corazón en el amor divino (Cant 8, 7), antes eran como fomentos que más le alimentaban y encendían aquella divina alma, para pedir por los pecadores, cuando la necesidad era suma por haber llegado a su punto la malicia de los hombres. ¡Oh Reina de las virtudes, Señora de las criaturas y dulcísima Madre de Misericordia! ¡Qué dura soy de corazón, qué tarda y qué insensible, pues no le divide y le deshace el dolor de lo que conoce mi entendimiento de vuestras penas y de vuestro único y amantísimo Hijo! Si en presencia de lo que conozco tengo vida, razón será que me humille hasta la muerte. Delito es contra el amor y la piedad ver padecer tormentos al inocente y pedirle mercedes sin entrar a la parte de sus penas. ¿Con qué cara o con qué verdad diremos las criaturas que tenemos amor de Dios, de nuestro Redentor y a Vos, Reina mía, que sois su Madre, si, cuando entrambos bebéis el cáliz amarguísimo**

de tan acerbos dolores y pasión, nosotros nos recreamos con el cáliz de los deleites de Babilonia? ¡Oh si yo entendiese esta verdad! ¡Oh si la sintiese y penetrase, y ella penetrase también lo íntimo de mis entrañas a la vista de mi Señor y de su dolorosa Madre, padeciendo inhumanos tormentos! ¿Cómo pensaré yo que me hacen injusticia en perseguirme, que me agravian en despreciarme, que me ofenden en aborrecerme? ¿Cómo me querellaré de que padezco, aunque sea vituperada, despreciada y aborrecida del mundo? ¡Oh gran Capitana de los mártires, Reina de los esforzados, Maestra de los imitadores de vuestro Hijo!, si soy vuestra hija y discípula, como vuestra dignación me lo asegura y mi Señor me lo quiso merecer, no me neguéis mis deseos de seguir vuestras pisadas en el camino de la cruz. Y si como flaca he desfallecido, alcanzadme Vos, Señora y Madre mía, la fortaleza y corazón contrito y humillado por las culpas de mi pesada ingratitud. Granjeadme y pedidme el amor a Dios eterno, que es don tan precioso, que sola vuestra poderosa intercesión le puede alcanzar y mi Señor y Redentor merecérmele.

*Doctrina que me dio la gran Reina del cielo.*

1311. Hija mía, grande es el descuido y la inadvertencia de los mortales en ponderar las obras de mi Hijo santísimo y penetrar con humilde reverencia los misterios que encerró en ellas para el remedio y salvación de todos. Por esto ignoran muchos, y se admiran otros, de que Su Majestad consintiese ser traído como reo ante los inicuos jueces y ser examinado por ellos como malhechor y criminoso, que le tratasen y reputasen por hombre estulto e ignorante y que con su divina sabiduría no respondiera por su inocencia y convenciera la malicia de los judíos y todos sus adversarios, pues con tanta facilidad lo pudiera hacer. En esta admiración lo primero se han de venerar los altísimos juicios del Señor, que así

dispuso la Redención humana obrando con equidad y bondad, rectitud y como convenía a todos sus atributos, sin negar a cada uno de sus enemigos los auxilios suficientes para bien obrar, si quisieran cooperar con ellos, usando de los fueros de su libertad para el bien; porque todos quiso que fuesen salvos, y ninguno tiene justicia para querellarse de la piedad divina, que fue superabundante.

1312. Pero a más de esto quiero, carísima, que entiendas la enseñanza que contienen estas obras, porque ninguna hizo mi Hijo santísimo que no fuese como de Redentor y Maestro de los hombres. Y en el silencio y paciencia que guardó en su pasión, sufriendo ser reputado por inicuo y estulto, dejó a los hombres una doctrina tan importante, cuanto poco advertida y menos practicada de los hijos de Adán. Y porque no consideran el contagio que les comunicó Lucifer por el pecado y que le continúa siempre en el mundo, por esto no buscan en el médico la medicina de su dolencia, pero Su Majestad por su inmensa caridad dejó el remedio en sus palabras y en sus obras. Considérense, pues, los hombres concebidos en pecado y vean cuán apoderada está hoy de sus corazones la semilla que sembró el Dragón, de soberbia, de presunción, vanidad y estimación propia, de codicia, hipocresía y mentira, y así de los otros vicios. Todos comúnmente quieren adelantarse en honra y vanagloria: quieren ser preferidos y estimados los doctos y que se reputan por sabios, quieren ser aplaudidos y celebrados y jactarse de la ciencia; los indoctos quieren parecer sabios; los ricos se glorían de las riquezas y por ellas quieren ser venerados; los pobres quieren ser ricos y parecerlo y ganar su estimación; los poderosos quieren ser temidos, adorados y obedecidos; todos se adelantan en este error y procuran parecer lo que no son en la virtud y no son lo que quieren parecer; disculpan sus vicios, desean en-

**carecer sus virtudes y calidades, atribúyense los bienes y beneficios, como si no los hubieran recibido, recíbenlos como si no fueran ajenos y se los dieran de gracia; en vez de agradecerlos, hacen de ellos armas contra Dios y contra sí mismos; y generalmente todos están entumecidos con el mortal veneno de la antigua serpiente y más sedientos de beberle, cuanto más heridos y dolientes de este lamentable achaque; y el camino de la cruz y la imitación de Cristo por la humildad y sinceridad cristiana está desierto, porque pocos son los que caminan por él.**

**1313. Para quebrantar esta cabeza de Lucifer y vencer la soberbia de su arrogancia fue la paciencia y silencio que tuvo mi Hijo en su pasión, consintiendo que le tratasen como a hombre ignorante y estulto malhechor. Y como Maestra de esta filosofía y Médico que venía a curar la dolencia del pecado, no quiso disculparse ni defenderse, justificarse, ni desmentir a los que le acusaban, dejando a los hombres este vivo ejemplo de proceder y obrar contra el intento de la serpiente. Y en Su Majestad se puso en práctica aquella doctrina del Sabio: Más preciosa es a su tiempo la pequeña estulticia, que la sabiduría y gloria (Ecl 10, 1), porque mejor le está a la fragilidad humana ser a tiempos reputado el hombre por ignorante y malo, que hacer ostentación vana de la virtud y sabiduría. Infinitos son los que están comprendidos en este peligroso error, y deseando parecer sabios hablan mucho y multiplican las palabras como estultos (Ecl 10, 14) y vienen a perder lo mismo que pretenden, porque son conocidos por ignorantes. Todos estos vicios nacen de la soberbia radicada en la naturaleza. Pero tú, hija, conserva en tu corazón la doctrina de mi Hijo y mía y aborrece la ostentación humana, sufre, calla y deja al mundo que te repute por ignorante, pues él no conoce en qué lugar vive la verdadera sabiduría (Bar 3, 15).**

## CAPITULO 19

*Remite Poncio Pilatos a Herodes la causa y persona de nuestro Salvador Jesús, acúsanle ante Herodes y él le desprecia y envía a Pilatos; siguele María santísima y lo que en este paso sucedió.*

**1314.** Una de las acusaciones que los judíos y sus pontífices presentaron a Pilatos contra Jesús Salvador nuestro fue que había predicado, comenzando de la provincia de Galilea a conmover el pueblo. De aquí tomó ocasión Pilatos para preguntar si Cristo nuestro Señor era galileo. Y como le informasen que era natural y criado en aquella provincia, parecióle tomar de aquí algún motivo para inhibirse en la causa de Cristo nuestro bien, a quien hallaba sin culpa, y exonerarse de la molestia de los judíos que tanto instaban le condenase a muerte. Hallábase en aquella ocasión Herodes en Jerusalén celebrando la Pascua de los judíos. Este era hijo del otro rey Herodes [Herodes Magnus] que antes había degollado a los Inocentes, persiguiendo a Jesús recién nacido, y por haberse casado con una mujer judía se pasó al judaísmo haciéndose israelita prosélito. Por esta ocasión su hijo Herodes guardaba también la ley de Moisés y había venido a Jerusalén desde Galilea, donde era gobernador de aquella provincia. Pilatos estaba encontrado con Herodes, porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina, Judea y Galilea, y poco tiempo antes había sucedido que Pilatos, celando el dominio del imperio romano, había degollado a unos galileos cuando hacían ciertos sacrificios —como consta del capítulo 13 de San Lucas (Lc 13, 1)—, mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios, y de esto se había indignado Herodes. Y para darle Pilatos de camino alguna satisfacción determinó remitirle a Cristo nuestro Señor, como vasallo o natural de Galilea, para que examinase su causa y la juzgase,

**aunque siempre esperaba Pilatos que Herodes le daría por libre como a inocente y acusado por maliciosa envidia de los pontífices y escribas.**

**1315. Salió Cristo nuestro bien de casa de Pilatos para la de Herodes, atado y preso como estaba, acompañado de los escribas y sacerdotes, que iban para acusarle ante el nuevo juez, y gran número de soldados y ministros, para llevarle tirando de las sogas y despejar las calles, que con el gran concurso y novedad estaban llenas de pueblo. Pero la milicia rompía por la multitud y, como los ministros y pontífices estaban tan sedientos de la sangre del Salvador para derramarla aquel día, apresuraban el paso y llevaban a Su Majestad por las calles casi corriendo y con desordenado tumulto. Salió también María santísima con su compañía de casa de Pilatos para seguir a su dulcísimo Hijo Jesús y acompañarle en los pasos que le restaban hasta la cruz. Y no fuera posible que la gran Señora siguiera este camino a vista de su Amado, si los Santos Ángeles no lo dispusieran como Su Alteza quería, de manera que siempre fuese tan cerca de su Hijo que pudiese gozar de su presencia, para con esto participar con mayor plenitud de sus tormentos y dolores. Y todo lo consiguió con su ardentísimo amor, porque caminando por las calles a vista del Señor oía juntamente los oprobios que los ministros le decían, los golpes que le daban y las murmuraciones del pueblo, con los varios pareceres que cada cual tenía o refería de otros.**

**1316. Cuando Herodes tuvo aviso que Pilatos le remitía a Jesús Nazareno, alegróse grandemente. Sabía era muy amigo de San Juan Bautista, a quien él había mandado degollar, y estaba informado de la predicación que hacía, y con estulta y vana curiosidad deseaba que en su presencia obrase alguna cosa extraordinaria y nueva de que admirarse y hablar con entretenimiento. Llegó, pues, el autor de la vida a la presencia del homicida Herodes,**

contra quien estaba clamando ante el mismo Señor la sangre de San Juan Bautista, más que la del justo Abel (Gen 4, 10). Pero el infeliz adúltero, como quien ignoraba los terribles juicios del Altísimo, le recibió con risa, juzgándole por encantador y mágico. Y con este formidable error le comenzó a examinar y hacerle diversas preguntas, pensando que con ellas le provocaría para hacer alguna cosa maravillosa, como lo deseaba. Pero el Maestro de la sabiduría y prudencia no le respondió palabra, estando siempre con severidad humilde y en presencia del indignísimo juez, que tan merecido tenía por sus maldades el castigo de no oír las palabras de vida eterna que debieran salir de la boca de Cristo, si Herodes estuviera dispuesto para admitirlas con reverencia.

1317. Asistían allí los príncipes de los sacerdotes y escribas acusando a nuestro Salvador constantemente con las mismas acusaciones y cargos que ante Pilatos le habían puesto. Pero tampoco respondió palabra a estas calumnias, como lo deseaba Herodes; en cuya presencia, ni para responder a las preguntas, ni para desvanecer las acusaciones, no despegó el Señor sus labios, porque Herodes de todas maneras desmerecía oír la verdad, que fue su justo castigo y el que más deben temer los príncipes y poderosos del mundo. Indignése Herodes con el silencio y mansedumbre de nuestro Salvador, que frustraban su vana curiosidad, y casi confuso el inicuo juez lo disimuló, burlándose del inocentísimo Maestro, y despreciándole con todo su ejército le mandó remitir otra vez a Pilatos. Y habiéndose reído con mucho escarnio de la modestia del Señor todos los criados de Herodes, para tratarle como a loco y menguado de juicio, le vistieron una ropa blanca con que señalaban a los que perdían el seso, para que todos huyesen de ellos. Pero en nuestro Salvador esta vestidura fue símbolo y testimonio de su inocencia y pureza,

ordenándolo la oculta Providencia del Altísimo, para que estos ministros de maldad, con las obras que no conocían, testificasen la verdad que pretendían oscurecer con otras maravillas, que de malicia ocultaban, que había obrado el Salvador.

**1318.** Herodes se mostró agradecido con Pilatos por la cortesía con que le había remitido la causa y persona de Jesús Nazareno. Y le volvió por respuesta, que no hallaba en él causa alguna, que antes le parecía hombre ignorante y de ninguna estimación. Y desde aquel día se reconciliaron Herodes y Pilatos y quedaron amigos, disponiéndolo así los ocultos juicios de la divina Sabiduría. Volvió segunda vez nuestro Salvador de Herodes a Pilatos, llevándole muchos soldados de entrambos gobernadores con mayor tropel, gritería y alboroto de la gente popular. Porque los mismos que antes le habían aclamado y venerado por Salvador y Mesías bendito del Señor, entonces, pervertidos ya con el ejemplo de los sacerdotes y magistrados, estaban de otro parecer y condenaban y despreciaban al mismo Señor a quien poco antes habían dado gloria y veneración; que tan poderoso como esto es el error de las cabezas y su mal ejemplo para llevar al pueblo tras de sí. En medio de estas confusas ignominias iba nuestro Salvador repitiendo dentro de sí mismo con inefable amor, humildad y paciencia aquellas palabras que tenía dichas por la boca del Santo Rey y Profeta David (Sal 21, 7-8): *Yo soy gusano y no soy hombre, soy el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo. Todos los que me vieron hicieron burla de mí, hablaron con los labios y movieron la cabeza.* Era Su Majestad gusano y no hombre no sólo porque no fue engendrado como los demás hombres, ni era solo y puro hombre, sino Hombre y Dios verdadero; mas también porque no fue tratado como hombre, sino como gusano vil y despreciable. Y a todos los vituperios con que era hollado y abatido no hizo más

ruido ni resistencia que un humilde gusanillo a quien todos pisan y desprecian y le reputan por oprobio y vilísimo. Todos los que miraban a Cristo nuestro Redentor, que eran sin número, hablaban y movían la cabeza, como retratando el concepto y opinión en que le tenían.

**1319.** A los oprobios y acusaciones que hicieron los sacerdotes contra el autor de la vida en presencia de Herodes y a las preguntas que él mismo le propuso, no estuvo presente corporalmente su afligida Madre, aunque todas las vio por otro modo de visión interior, porque estaba fuera del tribunal donde entraron al Señor. Pero cuando salió fuera de la sala donde le habían tenido, topó con ella y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasión, correspondiente al amor de tal Hijo y de tal Madre. Y fue nuevo instrumento para dividirle el corazón aquella vestidura blanca que le habían puesto, tratándole como a hombre insensato y sin juicio, aunque sola ella conocía entre todos los nacidos el misterio de la inocencia y pureza que aquel hábito significaba. Adoróle en él con altísima reverencia y fuele siguiendo por las calles a la casa de Pilatos, a donde otra vez le volvían, porque en ella se debía ejecutar la divina disposición para nuestro remedio. En este camino de Herodes a Pilatos, sucedió que, con la multitud del pueblo y con la prisa que aquellos ministros impiísimos llevaban al Señor, atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron reventar la sangre de sus sagradas venas y como, no se podía fácilmente levantar por llevar atadas las manos, ni el tropel de la gente se podía ni quería detenerse, daban sobre Su Divina Majestad y le hollaban y pisaban y le herían con muchos golpes y puntillazos, causando gran risa a los soldados en vez de la natural compasión, de que por industria del demonio estaban totalmente desnudos como si no fueran hombres.

**1320.** A la vista de tan desmedida crueldad creció la compasión y sentimiento de la dolorosa y amorosa Madre y, convirtiéndose a los Santos Ángeles que la asistían, les mandó cogiesen la divina sangre que derramaba su Rey y Señor por las calles, para que no fuese de nuevo conculcada y hollada de los pecadores; y así lo hicieron los ministros celestiales. Mandóles también la gran Señora que si otra vez sucediese caer en tierra su Hijo y Dios verdadero, le sirviesen, impidiendo a los obradores de la maldad para que no le hollasen ni pisasen su divina persona. Y porque en todo era prudentísima, no quiso que este obsequio ejecutasen los Ángeles sin voluntad del mismo Señor y así les ordenó que de su parte se lo propusiesen y le pidiesen licencia y le representasen las angustias que como Madre padecía, viéndole tratar con aquel linaje de irreverencia entre los pies inmundos de aquellos pecadores. Y para obligar más a su Hijo santísimo le pidió por medio de los mismos Ángeles que aquel acto, de humillarse a ser pisado y conculcado de aquellos malos ministros, lo conmutase Su Majestad en el de obedecer o rendirse a los ruegos de su afligida Madre, que también era su esclava y formada del polvo. Todas estas peticiones llevaron los Santos Ángeles a Cristo nuestro bien en nombre de su santísima Madre, no porque Su Majestad las ignorase, pues todo lo conocía y obraba Él mismo con su divina gracia, sino porque estos modos de obrar quiere el Señor que en ellos se guarde el orden de la razón, que la gran Señora conocía entonces con altísima sabiduría, usando de las virtudes por diversos modos y operaciones, porque esto no se impide por la ciencia del Señor, que todo lo tiene previsto.

**1321.** Admitió nuestro Salvador Jesús los deseos y peticiones de su beatísima Madre y dio licencia a sus Ángeles para que como ministros de su voluntad ejecutasen lo que ella deseaba. Y en lo restante hasta llegar a casa de Pilatos, no permitieron que Su Majestad

fuese derribado en tierra y atropellado ni pisado como antes había sucedido algunas veces; aunque en las demás injurias se dio permiso y consentimiento a los ministros de la justicia y a la ceguedad y malicia popular para que todos las ejecutasen con su loca indignación. Todo lo miraba y oía su Madre santísima con invicto pero lastimado corazón. Y lo mismo respectivamente vieron las Marías y San Juan Evangelista, que con llanto irreparable seguían al Señor en compañía de su purísima Madre. Y no me detengo en referir las lágrimas de estas santas mujeres y otras devotas que con ellas asistían a la Reina, porque sería necesario divertirme mucho, y más para decir lo que hizo la Santa María Magdalena, como más ardiente y señalada en el amor y más agradecida a Cristo nuestro Redentor, como el mismo Señor lo dijo cuando la justificó: que más ama a quien mayores culpas se le perdonan (Lc 7, 43).

**1322.** Llegó nuestro Salvador Jesús segunda vez a casa de Pilatos, y de nuevo le comenzaron a pedir los judíos que le condenase a muerte de cruz. Pilatos, que conocía la inocencia de Cristo y la mortal envidia de los judíos, sintió mucho que le restituyese Herodes la causa de que él deseaba eximirse. Y viéndose obligado como juez, procuró aplacar a los judíos por diversos caminos. Y uno fue hablar en secreto a algunos ministros y amigos de los pontífices y sacerdotes, para que pidiesen la libertad de nuestro Redentor y le soltasen con alguna corrección que le daría y no pidiesen más al malhechor Barrabás. Esta diligencia había hecho Pilatos cuando le volvieron a presentar otra vez a Cristo nuestro Señor para que le condenase. Y el proponerles que escogiesen a Jesús o a Barrabás no fue una sola vez, sino dos y tres: la una antes de llevar al Señor a Herodes y la otra después; y por esto lo refieren los Evangelistas con alguna diferencia, aunque sin contradecirse en la verdad. Habló Pilatos a los judíos y les dijo: Habéisme presentado a este Hombre,

**acusándole que dogmatiza y pervierte al pueblo; y habiéndole examinado en vuestra presencia, no ha sido convencido de lo que le acusáis. Ni tampoco Herodes, a quien le remití, le ha condenado a muerte, aunque ante él le habéis acusado. Bastará por ahora corregirle y castigarle para que adelante se enmiende. Y habiendo de soltar algún malhechor por la solemnidad de la Pascua, soltaré a Cristo si le queréis dar libertad y castigaré a Barrabás. Conociendo los judíos que Pilatos deseaba mucho soltar a Cristo Señor nuestro, respondieron todos los de la turba: Quita allá, deja a Cristo y danos libre a Barrabás (Lc 23, 18).**

**1323. La costumbre de dar libertad a un malhechor y preso en aquella gran solemnidad de la Pascua se introdujo entre los judíos como en memoria y agradecimiento de la libertad que tal día como aquel habían alcanzado sus padres, rescatándolos el Señor del poder de Faraón, degollando los primogénitos de los gitanos [egipcios] aquella noche (Ex 12, 29) y después anegando a él y a sus ejércitos en el mar rubro [rojo] (Ex 14, 28). Por este memorable beneficio hacían otros los hebreos al mayor delincuente, perdonándole sus delitos, y castigaban otros que no eran tan malhechores. Y en los pactos, que tenían con los romanos, era condición que se les guardase esta costumbre, y así lo cumplían los gobernadores. Aunque éstos la pervirtieron en esta ocasión en cuanto a las circunstancias, según el juicio que hacían de Cristo nuestro Señor; porque habiendo de soltar al más criminoso y confesando ellos que Jesús Nazareno lo era, con todo eso lo dejaron a él y eligieron a Barrabás, a quien reputaban por menos malo. Tan ciegos y pervertidos los tenía la ira del demonio con su propia envidia, que en todo se deslumbraban aun contra sí mismos.**

**1324.** Estando Pilatos en el pretorio con estas altercaciones de los judíos, sucedió que sabiéndolo su mujer que se llamaba Prócula, le envió un recado diciéndole: ¿Qué tienes tú que ver con ese hombre justo? Déjale, porque te hago saber que por su causa he tenido hoy algunas visiones (Mt 27, 19).—El motivo de esta advertencia de Prócula fue que Lucifer y sus demonios, viendo lo que se iba ejecutando en la persona de nuestro Salvador y la inmutable mansedumbre con que llevaba tantos oprobios, se hallaron más deslumbrados y desatinados en su furor rabioso. Y aunque su altiva soberbia no acababa de ajustar cómo se compadecía haber divinidad y consentir tales y tantos oprobios y sentir en la carne sus efectos, y con esto no podía entender si era o no era hombre y Dios, con todo eso juzgaba el Dragón que allí había algún misterio grande para los hombres y que siempre sería para él y su maldad de mucho daño y estrago si no atajaba el suceso de cosa tan nueva en el mundo. Y con este acuerdo que tomó con sus demonios envió muchas sugerencias a los fariseos para que desistiesen de perseguir a Cristo. Estas ilusiones no aprovecharon, como introducidas por el mismo demonio y sin virtud divina en corazones obstinados y depravados. Y despedidos de reducirlos se fueron a la mujer de Pilatos y la hablaron en sueños y la propusieron que aquel hombre era justo y sin culpa, y que si le condenaba su marido sería privado de la dignidad que poseía, y a ella le sucederían grandes trabajos; que le aconsejase a Pilatos soltase a Jesús y castigase a Barrabás, si no querían tener un mal suceso en su casa y en sus personas.

**1325.** Con esta visión recibió Prócula grande espanto y temor, y, cuando entendió lo que pasaba entre los judíos y su marido Pilatos, le envió el recado que dice San Mateo (Mt 27, 19), para que no se metiese en condenar a muerte al que miraba y tenía por justo. Púsole también el

demonio otros temores semejantes en la imaginación al mismo Pilatos, y con el aviso de su mujer fueron mayores; aunque, como todos eran mundanos y políticos y no había cooperado a los auxilios verdaderos del Señor, no duró más este miedo de en cuanto no concibió otro que le movió más, como se vio en el efecto. Pero entonces insistió tercera vez con los judíos, como dice San Lucas (Lc 23, 22), defendiendo a Cristo nuestro Señor como inculpable y testificando que no hallaba en él crimen alguno ni causa de muerte, que le castigaría y soltaría. Y de hecho le castigó, para ver si con esto quedarían satisfechos, como diré en el capítulo siguiente. Pero los judíos, dando voces, respondieron que le crucificase. Entonces Pilatos pidió que le trajesen agua y mandó soltar a Barrabás como lo pedían. Se lavó las manos en presencia de todos, diciendo: Yo no tengo parte en la muerte de ese hombre justo a que vosotros le condenáis. Mirad lo que hacéis, que en testimonio de esto lavo mis manos, para que se entienda no quedan manchadas con la sangre del Inocente.—Parecióle a Pilatos que con aquella ceremonia se disculpaba con todos y prohijaba la muerte de Cristo nuestro Señor a los príncipes de los judíos y a todo el pueblo que la pedía. Y fue tan loca y ciega la indignación de los judíos que, a trueque de ver crucificado al Señor, condescendieron con Pilatos y cargaron sobre sí el delito, pronunciando aquella formidable sentencia y execración, dijeron: *Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt 27, 25).*

1326. ¡Oh ceguera estultísima y cruelísima! ¡Oh temeridad nunca imaginada! La injusta condenación del Justo y la sangre del Inocente, a quien el mismo juez declara por inculpable, ¿queréis cargar sobre vosotros y sobre vuestros hijos? Cuando sólo fuera vuestro hermano, vuestro bienhechor y maestro, fuera vuestra audacia tremenda y execrable vuestra maldad. Mas ¡ay dolor! que habiendo de caer esta sangre deificada sobre

**todos los hijos de Adán para lavarlos y purificarlos a todos, que para esto se ha derramado sobre todos los hijos de la Santa Iglesia, y con eso hay muchos en ella que cargan sobre sí mismos con sus obras esta sangre, como los judíos la cargaron con obras y con palabras; ellos ignorando y no creyendo que era sangre de Cristo y los católicos conociendo y confesando que lo es.**

**1327. Su lengua tienen los pecados de los cristianos y sus depravadas obras con que hablan contra la sangre y muerte de Cristo nuestro Señor, cargándola sobre sí mismos. Sea Cristo afrentado, escupido, abofeteado, escarpiado en una cruz, despreciado y muerto y pospuesto a Barrabás; sea atormentado, azotado y coronado de espinas por nuestros pecados, que nosotros no queremos tener más parte en esta sangre, que ser causa que se derrame afrentosamente y que se nos impute eternamente. Padezca y muera el mismo Dios humanado, y nosotros gocemos de los bienes aparentes. Aprovechemos la ocasión, usemos de la criatura (Sap 2, 6-8), coronémonos de rosas, vivamos con alegría, valgámonos del poder, nadie se nos adelante; despreciemos la humildad, aborrezcamos la pobreza, atesoremos riquezas, engañemos a todos, no perdonemos agravios, entreguémonos al deleite de las delicias torpes, nada vean nuestros ojos que no codicien y todo lo que alcancen nuestras fuerzas; ésta sea nuestra ley sin otro algún respeto. Y si con todo esto crucificamos a Cristo, venga sobre nosotros su sangre y sobre nuestros hijos.**

**1328. Preguntemos ahora a los réprobos que están en el infierno, si fueron éstas las voces de sus obras que les atribuye Salomón en la Sabiduría y si porque hablaron en su corazón consigo mismos tan estultamente se llaman impíos y lo fueron. ¿Qué pueden esperar los que malogran la sangre de Cristo y la cargan sobre sí mismos, no como quien la desea para su remedio, sino como quien**

la desprecia para su condenación? ¿Quién se hallará entre los hijos de la Iglesia que sufra ser pospuesto a un ladrón facineroso? Tan mal practicada anda esta doctrina, que ya se hace admirable el que consiente que le preceda otro tan bueno y benemérito o más que él, y ninguno se hallará tan bueno como Cristo ni tan malo como Barrabás. Pero son sin número los que a la vista de este ejemplo se dan por ofendidos y se juzgan por desgraciados si no son preferidos y mejorados en la honra, en las riquezas, dignidades y en todo lo que tiene ostentación y aplauso del mundo. Esto se solicita, se litiga y se busca, y en esto se ocupan los cuidados de los hombres y todas sus fuerzas y potencias, desde que principian a usar de ellas hasta que las pierden. Y la mayor lástima y dolor es que no se libran de este contagio los que por su profesión y estado renunciaron el mundo y le volvieron las espaldas y, mandándoles el Señor que olviden su pueblo y la casa de su padre, se vuelven a ella con lo mejor de la criatura humana, que es la atención y cuidado para gobernarlos, la voluntad y deseo para solicitarles cuanto posee el mundo y les parece poco y se introducen en la vanidad. Y en lugar de olvidar la casa de su padre, olvidan la de Dios en que viven, donde reciben los auxilios divinos para conseguir la salvación, la honra y estimación que jamás en el mundo alcanzaran y el sustento sin afán ni cuidado. Y a todos estos beneficios se hacen ingratos, dejando la humildad que por su estado deben profesar. La humildad de Cristo nuestro Salvador y su paciencia, sus afrentas, los oprobios de la cruz, la imitación de sus obras, la escuela de su doctrina, todo se remite a los pobres, a los solitarios, a los desvalidos del mundo y humildes, y los caminos de Sión están desiertos y llorando (Lam 1, 4), porque hay tan pocos que vengan a la solemnidad de la imitación de Cristo nuestro Señor.

**1329.** No fue menor la insipiencia de Pilatos en pensar

que con lavar sus manos y haber imputado a los judíos la sangre de Cristo quedaba justificado en su conciencia y con los hombres, a quienes pretendía satisfacer con aquella ceremonia llena de hipocresía y mentira. Verdad es que los judíos fueron los principales actores, y más reos en condenar al Inocente, y se cargaron sobre sí mismos esta formidable culpa. Pero no por eso quedó Pilatos libre de ella, pues, conociendo la inocencia de Cristo Señor nuestro, no debía posponerle a un ladrón y homicida, castigarle, ni enmendarle a quien nada tenía que corregir ni enmendar, y mucho menos debiera condenarle y entregarle a la voluntad de sus mortales enemigos, cuya envidia y crueldad le era manifiesta. Pero no puede ser justo juez el que conociendo la verdad y justicia la puso en una balanza con respetos y fines humanos de su propio interés, porque este peso arrastra la razón de los hombres que tienen corazón cobarde y, como no tienen caudal, ni el lleno de las virtudes que han menester los jueces, no pueden resistir a la codicia ni al temor mundano, y cegándolos la pasión desamparan la justicia para no aventurar sus comodidades temporales, como sucedió a Pilatos.

**1330.** En casa de Pilatos estuvo nuestra gran Reina y Señora, de manera que con el ministerio de sus Santos Ángeles pudo oír las altercaciones que tenía el inicuo juez con los escribas y pontífices sobre la inocencia de Cristo nuestro bien, sobre posponerle a Barrabás. Y todos los clamores de aquellos inhumanos tigres los oyó con silencio y admirable mansedumbre, como estampa viva de su santísimo Hijo. Pero aunque su honestísima modestia era inmutable, todas las voces de los judíos penetraban como cuchillos de dos filos su lastimado corazón. Mas los clamores de su doloroso silencio resonaban en el pecho del Eterno Padre con mayor agrado y dulzura que los llantos de la hermosa Raquel, con que —según dice San Jeremías (Jer 31, 15)—, lloraba

a sus hijos sin consuelo, porque no los pudo restaurar; que nuestra hermosísima Raquel María purísima no pedía venganza, sino perdón para los enemigos que le quitaban el Unigénito del Padre y suyo. Y en todos los actos que hacía el alma santísima de Cristo le imitaba y acompañaba, obrando con tanta plenitud de santidad y perfección, que ni la pena suspendía sus potencias, ni el dolor impedía la caridad, ni la tristeza remitía su fervor, ni el bullicio distraía su atención, ni las injurias y tumulto de la gente le eran embarazo para estar recogida dentro de sí misma, porque a todo daba el lleno de las virtudes en grado eminentísimo.

*Doctrina que me dio la gran Señora del cielo María santísima.*

1331. Hija mía, de lo que has escrito y entendido te veo admirada, reparando en que Pilatos y Herodes no se mostraron tan inhumanos y crueles en la muerte de mi Hijo santísimo como los sacerdotes, pontífices y fariseos; y ponderas mucho que aquéllos eran jueces seculares y gentiles y éstos eran ministros de la ley y sacerdotes del pueblo de Israel que profesaban la verdadera fe. A este pensamiento te quiero responder con una doctrina que no es nueva, y tú la has entendido otras veces, mas ahora quiero que la renueves y no la olvides por todo el discurso de tu vida. Advierte, pues, carísima, que la caída de más alto lugar es en extremo peligrosa y su daño o es irreparable o muy dificultoso el remedio. Eminente lugar en la naturaleza y en los dones de la luz y gracia tuvo Lucifer en el cielo, porque en su hermosura excedía a todas las criaturas, y por la caída de su pecado descendió a lo profundo de la fealdad y miseria y a la mayor obstinación de todos sus secuaces. Los primeros padres del linaje humano, Adán y Eva, fueron puestos en altísima dignidad y encumbrados beneficios, como salidos de la mano del Todopoderoso, y su caída perdió a

toda su posteridad con ellos mismos, y su remedio fue tan costoso como lo enseña la fe, y fue inmensa misericordia remediarlos a ellos y a sus descendientes.

**1332.** Otras muchas almas han subido a la cumbre de la perfección y de allí han caído infelicísimamente, hallándose después casi desconfiadas o casi imposibilitadas para levantarse. Este daño por parte de la misma criatura nace de muchas causas. La primera es el despecho y confusión desmedida que siente el que ha caído de mayores virtudes; porque no sólo perdió mayores bienes, pero tampoco fía de los beneficios futuros más que de los pasados y perdidos y no se promete más firmeza de los que puede adquirir con nueva diligencia que en los adquiridos y malogrados por su ingratitud. De esta peligrosa desconfianza se sigue el obrar con tibieza, sin fervor y sin diligencia, sin gusto y sin devoción, porque todo esto extingue la desconfianza, así como animada y alentada la esperanza vence muchas dificultades, corrobora y vivifica a la flaqueza de la criatura humana para emprender magníficas obras. Otra razón hay, y no menos formidable, y es que las almas acostumbradas a los beneficios de Dios, o por oficio como los sacerdotes y religiosos, o por ejercicios de virtudes y favores como otras personas espirituales, de ordinario pecan con desprecio de los mismos beneficios y mal uso de las cosas divinas; porque con la frecuencia de ellas incurren en esta peligrosa grosería de estimar en poco los dones del Señor, y con esta irreverencia y poco aprecio impiden los efectos de la gracia para cooperar con ella y pierden el temor santo, que despierta y estimula para el bien obrar, para obedecer a la divina voluntad y aprovecharse luego de los medios que ordenó Dios para salir del pecado y alcanzar su amistad y la vida eterna. Este peligro es manifiesto en los sacerdotes tibios, que sin temor y reverencia frecuentan la eucaristía y otros sacramentos, en los doctos y sabios y en los

**poderosos del mundo, que con dificultad se corrigen y enmiendan sus pecados, porque han perdido el aprecio y veneración de los remedios de la Iglesia, que son los santos sacramentos, la predicación y doctrina. Y con estas medicinas, que son en otros pecadores saludables y sanan los ignorantes, enferman ellos, que son los médicos de la salud espiritual.**

**1333. Otras razones hay de este daño, que miran al mismo Señor. Porque los pecados de aquellas almas, que por estado o virtud se hallan más obligadas a Dios, se pesan en la balanza de su justicia muy diferentemente que los de otras almas menos beneficiadas de su misericordia. Y aunque los pecados de todos sean de una misma materia, por las circunstancias son muy diferentes: porque los sacerdotes y maestros, los poderosos y prelados y los que tienen lugar o nombre de santidad, hacen gran daño con el escándalo de la caída y pecados que cometen. Es mayor su audacia y temeridad en atreverse contra Dios, a quien más conocen y deben, ofendiéndole con mayor luz y ciencia, y por esto con más osadía y desacato que los ignorantes; con que le desobligan tanto los pecados de los católicos, y entre ellos los de los más sabios e ilustrados, como se conoce en todo el corriente de las Escrituras sagradas. Y como en el término de la vida humana, que está señalado a cada uno de los mortales para que en él merezca el premio eterno, también está determinado hasta qué número de pecados le ha de aguardar y sufrir la paciencia del Señor a cada uno, pero este número no se computa sólo según la cantidad y multitud, sino también según la calidad y peso de los pecados en la divina justicia; y así puede suceder que en las almas de mayor ciencia y beneficios del cielo, la calidad supla la multitud de los pecados y con menos en número sean desamparados y castigados que otros pecadores con más. No a todos puede suceder lo que a Santo Rey David y a San Pedro, porque no en**

**todos habrán precedido tantas obras buenas antes de su caída, a que tenga atención el Señor. Ni tampoco el privilegio de algunos es regla general para todos, porque no todos son elegidos para un ministerio, según los juicios ocultos del Señor.**

**1334. Con esta doctrina quedará, hija mía, satisfecha tu duda y entenderás cuan malo y lleno de amargura es ofender al Todopoderoso, cuando a muchas almas que redimió con su sangre las pone en el camino de la luz y las lleva por él, y cómo de alto estado puede caer una persona a más perversa obstinación que otras inferiores. Esta verdad testimonia el misterio de la muerte y pasión de mi Hijo santísimo, en que los pontífices, sacerdotes, escribas y todo aquel pueblo en comparación de los gentiles, estaba más obligado a Dios, y sus pecados los llevaron a la obstinación, ceguedad y crueldad más abominable y precipitada que a los mismos gentiles, que ignoraban la verdadera religión. Quiero también que esta verdad y ejemplo te avisen de tan terrible peligro, para que prudente le temas y con el temor santo juntes el humilde agradecimiento y alta estimación de los bienes del Señor. En el tiempo de la abundancia no te olvides de la penuria (Eclo 18, 25). Confiere lo uno y lo otro en ti misma, considerando que el tesoro lo tienes en vaso quebradizo y le puedes perder, y que el recibir tantos beneficios no es merecerlos, ni el poseerlos es derecho de justicia sino gracia y liberalidad, y el haberte hecho el Altísimo tan familiar suya no es asegurarte de que no puedes caer o que vivas descuidada o pierdas el temor y reverencia. Todo ha de caber en ti al paso y peso de los favores, porque también ha crecido la ira de la serpiente y se desvela contra ti más que contra otras almas, porque ha conocido que con muchas generaciones no ha mostrado el Altísimo su liberal amor tanto como lo hace contigo; y si cayese tu ingratitud sobre tantos beneficios y misericordias, serías infelicísima y digna de riguroso**

castigo.

## CAPITULO 20

*Por mandado de Pilatos fue azotado nuestro Salvador Jesús, coronado de espinas y escarnecido, y lo que en este paso hizo María santísima .*

**1335.** Conociendo Pilatos la porfiada indignación de los judíos contra Jesús Nazareno y deseando no condenarle a muerte porque le conocía inocente, le pareció que mandándole azotar con rigor aplacaría el furor de aquel ingratisimo pueblo y la envidia de los pontífices y escribas, para que dejaran de perseguirle y pedir su muerte, y si acaso en algo hubiese faltado Cristo a las ceremonias y ritos judaicos quedaría bastante castigado. Y este juicio hizo Pilatos, porque en el discurso del proceso se informó y le dijeron que le imputaban a Cristo que no guardaba el sábado ni otras ceremonias, de que vana y estultamente le calumniaban, como consta del discurso de su predicación, que refieren los sagrados evangelistas. Pero siempre discurría en esto Pilatos como ignorante, pues ni al Maestro de la santidad podía haber defecto alguno contra la ley que había venido no a quebrantarla sino a cumplirla y llenarla toda (Mt 5, 17), ni tampoco, cuando fuera verdadera la calumnia, no le debía castigar por esto con pena tan desigual —pues tenían los mismos judíos en su ley otros medios con que se purificaban de las transgresiones, que cada paso cometían contra su ley— con tal impiedad y pena de azotes. Y mayor engaño padeció este juez pensando que los judíos tenían algún linaje de humanidad y compasión natural, porque su indignación y furor contra el mansísimo Maestro no era de hombres que naturalmente suelen moverse y aplacarse cuando ven rendido y humillado al enemigo, porque tienen corazones de carne y el amor de su semejante es natural y causa de

alguna compasión.

**1336.** Tal como ésta era la implacable saña de los pontífices y fariseos, sus confederados, contra el Autor de la vida, porque Lucifer, desconfiando de impedirle la muerte que los mismos judíos pretendían, los irritaba con su espantosa malicia, para que se la diesen con desmedida crueldad. Pilatos estaba entre la luz de la verdad que conocía y entre los motivos humanos y terrenos que le gobernaban, y, siguiendo el error que ellos administran a los que gobiernan, mandó azotar con rigor al mismo que protestaba hallarle sin culpa. Para ejecutar este aviso y persuasión del demonio y acto tan injusto, fueron señalados seis ministros de justicia o sayones robustos y de mayores fuerzas, que, como hombres viles, y sin piedad, admitieron muy gustosos el oficio de verdugos, porque el airado y envidioso siempre se deleita en ejecutar su furor, aunque sea con acciones inhonestas, crueles y feas. Luego estos ministros del demonio con otros muchos llevaron a nuestro Salvador Jesús al lugar de aquel suplicio, que era un patio o zaguán de la casa donde solían dar tormento a otros delincuentes para que confesaran sus delitos. Este patio era de un edificio no muy alto y rodeado de columnas, que unas estaban cubiertas con el edificio que sustentaban y otras descubiertas y más bajas. A una columna de éstas, que era de mármol, le ataron fuertemente, porque siempre le juzgaban por mágico y temían no se les fuese de entre las manos.

**1337.** Desnudaron a Cristo nuestro Redentor primero la vestidura blanca, no con menor ignominia que en casa del adúltero y homicida Herodes se la habían vestido. Y para desatarle las sogas y cadenas que debajo tenía desde la prisión del huerto, le maltrataron impíamente, rompiéndole las llagas que las mismas prisiones por estar tan apretadas le habían abierto en los brazos y muñecas.

**Y dejándole sueltas las manos divinas, le mandaron con ignominioso imperio y blasfemias que el mismo Señor se despojase de la túnica inconsútil que iba vestido. Esta era la misma en número que su Madre santísima le había vestido en Egipto, cuando al dulce Jesús niño le puso en pie, como en su lugar queda advertido (Cf. n. 691). Sola esta túnica tenía entonces el Señor, porque en el huerto, cuando le prendieron, le quitaron un manto o capa que solía traer sobre la túnica. Obedeció el Hijo del Eterno Padre a los verdugos y comenzó a desnudarse, para quedar en presencia de tanta gente con la afrenta de la desnudez de su sagrado y honestísimo cuerpo. Y los ministros de aquella crueldad, pareciéndoles que la modestia del Señor tardaba mucho a despojarse, le asieron de la túnica con violencia, para desnudarle muy aprisa y, como dicen, a rodapelo. Quedó Su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad que traía debajo la túnica, que también eran los mismos que su Madre santísima le vistió en Egipto con la tunicela; porque todo había crecido con el sagrado cuerpo, sin habérselos desnudado ni esta ropa ni el calzado que la misma Señora le puso, salvo en la predicación, como entonces dije (Cf. supra n. 1168), que muchas veces andaba pie por tierra.**

**1338. Algunos doctores entiendo que han dicho o meditado que a nuestro Salvador Jesús, en esta ocasión de los azotes y para ser crucificado, le desnudaron del todo, permitiendo Su Majestad aquella confusión para mayor tormento de su persona; pero habiendo inquirido la verdad, con nuevo orden de la obediencia, se me ha declarado que la paciencia del divino Maestro estuvo aparejada para padecer todo lo que fuera decente y sin resistencia a ningún oprobio. Y que los verdugos intentaron este agravio de la total desnudez de su cuerpo santísimo y llegaron a querer despojarle de aquellos paños de honestidad con que sólo había quedado, pero**

no lo pudieron conseguir, porque en llegando a tocarlos se les quedaban los brazos yertos y helados, como sucedió en casa de Caifás cuando pretendieron desnudar al Señor del Cielo, y queda dicho en el capítulo 17 (Cf. supra n. 1290). Y aunque todos los seis verdugos llegaron a probar sus fuerzas en esta injuria, les sucedió lo mismo; no obstante que después, para azotar al Señor con más crueldad, estos ministros del pecado le levantaron algo los paños de la honestidad, y a esto dio lugar Su Majestad, mas no a que le despojasen del todo y se los quitasen. Tampoco el milagro de verse impedidos y entorpecidos para aquel desacato movió ni ablandó los corazones de aquellas fieras humanas, pero con insania diabólica lo atribuyeron a la hechicería y arte mágica que imputaban al Autor de la verdad y vida.

**1339.** En esta forma quedó Su Majestad desnudo en presencia de mucha gente, y los seis verdugos le ataron crudamente a una columna de aquel edificio para castigarle más a su salvo. Luego por su orden de dos en dos le azotaron con crueldad tan inaudita, que no pudo caer en condición humana, si el mismo Lucifer no se hubiera revestido en el impío corazón de aquellos sus ministros. Los dos primeros azotaron al inocentísimo Señor con unos ramales de cordeles muy retorcidos, endurecidos y gruesos, estrenando en este sacrilegio todo el furor de su indignación y las fuerzas de sus potencias corporales. Y con estos primeros azotes levantaron en el cuerpo deificado de nuestro Salvador grandes cardenales y verdugos, de que le cuajaron todo, quedando entumecido y desfigurado por todas partes para reventar la preciosísima sangre por las heridas. Pero cansados estos sayones, entraron de nuevo y a porfía los otros dos segundos, y con los segundos ramales de correas como riendas durísimas le azotaron sobre las primeras heridas, rompiendo todas las ronchas y cardenales que los primeros habían hecho y

derramando la sangre divina, que no sólo bañó todo el sagrado cuerpo de Jesús nuestro Salvador, sino que salpicó y cubrió las vestiduras de los ministros sacrílegos que le atormentaban y corrió hasta la tierra. Con esto se retiraron los segundos verdugos y comenzaron los terceros, sirviéndoles de nuevos instrumentos unos ramales de nervios de animales, casi duros como mimbres ya secas. Estos azotaron al Señor con mayor crueldad, no sólo porque ya no herían a su virginal cuerpo sino a las mismas heridas que los primeros habían dejado, sino también porque de nuevo fueron ocultamente irritados por los demonios, que de la paciencia de Cristo estaban más enfurecidos.

1340. Y como en el sagrado cuerpo estaban ya rotas las venas y todo él era una llaga continuada, no hallaron estos terceros verdugos parte sana en que abrirlas de nuevo. Y repitiendo los inhumanos golpes rompieron las inmaculadas y virgíneas carnes de Cristo nuestro Redentor, derribando al suelo muchos pedazos de ella y descubriendo los huesos en muchas partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre, y en algunas se descubrían en más espacio del hueso que una palma de la mano. Y para borrar del todo aquella hermosura que excedía a todos los hijos de los hombres, le azotaron en su divino rostro, en los pies y manos, sin dejar lugar que no hiriesen, donde pudieron extender su furor y alcanzar la indignación que contra el inocentísimo Cordero habían concebido. Corrió su divina sangre por el suelo, rebasándose en muchas partes con abundancia. Y estos golpes que le dieron en pies y manos y en el rostro fueron de incomparable dolor, por ser estas partes más nerviosas, sensibles y delicadas. Quedó aquella venerable cara entumecida y llagada hasta cegarle los ojos con la sangre y cardenales que en ella hicieron. Y sobre todo esto le llenaron de salivas inmundísimas, que

a un mismo tiempo le arrojaban, hartándole de oprobios. El número ajustado de los azotes que dieron al Salvador fue cinco mil ciento y quince, desde las plantas de los pies hasta la cabeza. Y el gran Señor y autor de toda criatura, que por su naturaleza divina era impasible, quedó por nosotros, y en la condición de nuestra carne, hecho varón de dolores, como lo había profetizado Isaías (Is 53, 3), y muy sabio en la experiencia de nuestras enfermedades, el novísimo de los hombres y reputado por el desprecio de todos.

1341. La multitud del pueblo que seguía a Jesús Nazareno nuestro Salvador tenía ocupados los zaguanes de la casa de Pilatos hasta las calles, porque todos esperaban el fin de aquella novedad, discurriendo y hablando con un tumulto confusísimo, según el juicio que cada uno concebía del suceso. Y entre toda esta confusión la Madre Virgen padeció incomparables denuestos y tribulaciones de los oprobios y blasfemias que los judíos y otros gentiles decían contra su Hijo santísimo. Y cuando le llevaban al lugar de los azotes, se retiró la prudentísima Señora a un rincón del zaguán con las Marías y San Juan Evangelista, que la asistían y acompañaban en su dolor. Retirada en aquel puesto vio por visión clarísima todos los azotes y tormentos que padecía nuestro Salvador, y aunque no los vio con los ojos del cuerpo, nada le fue oculto más que si estuviera mirándole muy de cerca. Y no puede caer en humano pensamiento cuáles y cuántos fueron los dolores y aflicciones que en esta ocasión padeció la gran Reina y Señora de los Ángeles, y con otros misterios ocultos se conocerán en la divinidad, cuando allí se manifiesten a todos para gloria del Hijo y de la Madre. Pero ya he dicho en otros lugares de esta Historia, y más en el discurso de la pasión del Señor (Cf. supra n. 1219, 1236, 1264), que sintió María santísima en su cuerpo todos los dolores que con las heridas sentía y recibía el Hijo. Y este

dolor tuvo también en los azotes, sintiéndolos en todas las partes de su virginal cuerpo, donde se los daban a Cristo nuestro bien. Y aunque no derramó sangre más de la que vertía con las lágrimas, ni se trasladaron las llagas a la candidísima paloma, pero el dolor la transformó y desfiguró de manera que San Juan Evangelista y las Marías le llegaron a desconocer por su semblante. A más de los dolores del cuerpo fueron inefables los que padeció en su purísima alma, porque allí fue donde añadiendo la ciencia se añadió el dolor (Ecl 1, 18). Y sobre el amor natural de madre y el de la suprema caridad de Cristo, ella sola supo y pudo ponderar sobre todas las criaturas la inocencia de Cristo, la dignidad de su divina persona y el peso de las injurias que recibía de los mismos hijos de Adán, a quienes redimía de la eterna muerte.

**1342.** Ejecutada la sentencia de los azotes, los mismos verdugos con imperioso desacato desataron a nuestro Salvador de la columna y renovando las blasfemias le mandaron se vistiese luego su túnica que le habían quitado. Pero uno de aquellos ministros, incitado del demonio, mientras azotaban al mansísimo Maestro había escondido sus vestiduras, para que no pareciesen y perseverase desnudo para mayor irrisión y afrenta de su divina persona. Este mal intento del demonio conoció la Madre del Señor y, usando de potestad de Reina, mandó a Lucifer se desviase de aquel lugar con todos sus demonios, y luego se alejaron compelidos de la virtud y poder de la gran Señora. Y ella dio orden que por mano de los Santos Ángeles fuese restituida la túnica de su Hijo santísimo a donde Su Majestad pudiese tomarla, para vestir su sagrado y lastimado cuerpo. Todo se ejecutó al punto, aunque los sacrílegos ministros no entendieron este milagro, ni cómo se había obrado, pero todo lo atribuían a la hechicería y arte del demonio. Vistióse nuestro Salvador, habiendo padecido sobre sus llagas el

nuevo dolor que le causaba el frío, porque de los Evangelistas (Mc 14, 54; Lc 22, 55; Jn 18, 18) consta que le hacía, y Su Majestad había estado desnudo grande rato; con que la sangre de las heridas se le había helado y comprimían las llagas, estaban entumecidas y más dolorosas, las fuerzas eran menos para tolerarle, porque el frío las debilitaba, aunque el incendio de su infinita caridad las esforzaba a padecer y desear más y más. Y con ser la compasión tan natural en las criaturas racionales, no hubo quien se compadeciese de su aflicción y necesidad, si no es la dolorosa Madre, que por todo el linaje humano lloraba, se lastimaba y compadecía.

**1343.** Entre los sacramentos del Señor, ocultos a la humana sabiduría, causa grande admiración que la indignación de los judíos, que eran hombres sensibles de carne y sangre como nosotros, no se aplacase viendo a Cristo nuestro bien tan lastimado y herido de sus azotes, y que un objeto tan lastimoso no les moviese a compasión natural; antes bien le quedó a la envidia materia para arbitrar nuevos modos de injurias y de tormentos contra quien estaba tan lastimado. Pero tan implacable era su furor, que luego intentaron otro nuevo e inaudito género de tormento. Fueron a Pilatos y en el pretorio en presencia de los de su consejo le dijeron: Este seductor y engañador del pueblo, Jesús Nazareno, ha querido con sus embustes y vanidad que le tuvieran todos por Rey de los judíos y, para que se humille su soberbia y se desvanezca más su presunción, queremos que permitas le pongamos las insignias reales que mereció su fantasía.— Consintió Pilatos con la injusta demanda de los judíos, para que la ejecutasen como lo desearon.

**1344.** Llevaron luego a Jesús nuestro Salvador al pretorio, donde le desnudaron de nuevo con la misma crueldad y desacato y le vistieron una ropa de púrpura

**muy lacerada y manchada, como vestidura de rey fingido, para irrisión de todos. Pusiéronle también en su sagrada cabeza un seto de espinas muy tejido, que le sirviese de corona. Era este seto de juncos espinosos, con puntas muy aceradas y fuertes, y se le apretaban de manera que muchas le penetraron hasta el casco y algunas hasta los oídos y otras hasta los ojos, y por esto fue uno de los mayores tormentos el que padeció Su Majestad con la corona de espinas. En, vez de cetro real le pusieron en la mano derecha una caña contentible y sobre todo esto le arrojaron sobre los hombros un manto de color morado, al modo de las capas que se usan en la Iglesia, porque también este vestido pertenecía al adorno de la dignidad y persona de los reyes. Con toda esta ignominia armaron rey de burlas los judíos al que por naturaleza y por todos títulos era verdadero Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19, 16). Juntáronse luego todos los de la milicia en presencia de los pontífices y fariseos y cogiendo en medio a nuestro Salvador Jesús, con desmedida irrisión y mofa le llenaron de blasfemias; porque unos le hincaban las rodillas y con burla le decían: Dios te salve, Rey de los judíos; otros le daban bofetadas, otros con la misma caña que tenía en sus manos herían su divina cabeza dejándola lastimada, otros le arrojaban inmundísimas salivas, y todos le injuriaban y despreciaban con diferentes contumelias, administradas del demonio por medio de su furor diabólico.**

**1345. ¡Oh caridad incomprensible y sin medida! ¡Oh paciencia nunca vista ni imaginada entre los hijos de Adán! ¿Quién, Señor y bien mío, pudo obligar a tu grandeza para que te humillaras, siendo verdadero y poderoso Dios en tu ser y en tus obras, a padecer tan inauditos tormentos, oprobios y blasfemias? Pero ¿quién, oh Bien infinito, dejó de desobligarte entre todos los hombres, para que nada hicieras ni padecieras por**

ellos? ¿Quién tal pensara ni creyera si no conociéramos tu bondad infinita? Pero ya que la conocemos y con la firmeza de la santa fe miramos tan admirables beneficios y maravillas de tu amor, ¿dónde está nuestro juicio?, ¿qué hace la luz de la verdad que confesamos?, ¿qué encanto es éste que padecemos, pues a vista de tus dolores, azotes, espinas, oprobios y contumelias, buscamos sin vergüenza ni temor los deleites, el regalo, el descanso, las mayorías y vanidades del mundo? Verdaderamente es grande el número de los necios (Ecl 1, 15), pues la mayor estulticia y fealdad es conocer la deuda y no pagarla, recibir el beneficio y nunca agradecerle, tener a los ojos el mayor bien y despreciarle, apartarle de nosotros y no lograrle, dejar la vida, huir de ella y seguir la eterna muerte. No despegó su boca el inocentísimo cordero Jesús entre tales y tantos oprobios, ni tampoco se aplacó la indignación furiosa de los judíos, ni con la irrisión y escarnios que hizo del divino Maestro, ni con los tormentos que añadió a los desprecios de su sobredignísima persona.

1346. Parecióle a Pilatos que un espectáculo tan lastimoso como estaba Jesús Nazareno movería y confundiría los corazones de aquel ingrato pueblo, y mandóle sacar del pretorio a una ventana donde todos le viesen así como estaba azotado, desfigurado y coronado de espinas con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y hablando el mismo Pilatos al pueblo, les dijo: *Ecce Homo (Jn 19, 5)*. Veis aquí el hombre que tenéis por vuestro enemigo. ¿Qué más puedo hacer con él que haberle castigado con tanto rigor y severidad? No tendréis ya que temerle. Yo no hallo en él causa de muerte.—Verdad cierta y segura era la que decía el juez, pero con ella misma condenaba su injustísima piedad, pues a un hombre que conocía y confesaba por justo y sabía que no era digno de muerte le había hecho atormentar y consentidolo de manera que le pudieran

quitar los tormentos una y muchas vidas. ¡Oh ceguera del amor propio y maldad de contemplar con los que dan o quitan las dignidades! ¡Cómo oscurecen la razón estos motivos y tuercen el peso de la justicia, y la adulteraron en la verdad mayor y en la condenación del Justo de los justos! Temblad, jueces que juzgáis la tierra, y mirad que los pesos de vuestros juicios y dictámenes no sean engañosos, porque los juzgados y condenados en una injusta sentencia vosotros sois. Como los pontífices y fariseos deseaban quitar la vida a Cristo nuestro Salvador con efecto e ira insaciable, nada menos que la muerte de Su Majestad les contentaba ni satisfacía, y así respondieron a Pilatos: *Crucifícale, crucifícale (Jn 19, 6)*.

1347. La bendita entre las mujeres María santísima vio a su benditísimo Hijo, cuando Pilatos le manifestó y dijo: *Ecce Homo*, y puesta de rodillas le adoró y confesó por verdadero Dios-Hombre. Y lo mismo hicieron San Juan Evangelista y las Marías y todos los Ángeles que asistían a su gran Reina y Señora; porque ella, como Madre de nuestro Salvador y como Reina de todos, les ordenó que lo hiciesen así, a más de la voluntad que los Santos Ángeles conocían en el mismo Dios. Habló la prudentísima Señora con el Eterno Padre y con los Santos Ángeles, y mucho más con su amantísimo Hijo, palabras llenas de gran peso, de dolor, compasión y profunda reverencia, que en su inflamado y castísimo pecho se pudieron concebir. Consideró también con su altísima sabiduría que en aquella ocasión en que su Hijo santísimo estaba tan afrentado y burlado, despreciado y escarnecido de los judíos, convenía en el modo más oportuno conservar el crédito de su inocencia. Y con este prudentísimo acuerdo renovó la divina Madre las peticiones que arriba dije (Cf. supra n. 1306) hizo por Pilatos, para que continuase en declarar como juez que Jesús nuestro Redentor no era digno de muerte, ni

malhechor, como los judíos pretendían que el mundo lo entendiese.

**1348.** En virtud de esta oración de María santísima sintió Pilatos grande compasión de ver al Señor tan lastimado de los azotes y oprobios y le pesó que le hubiesen castigado con tanta impiedad. Y aunque a todos estos movimientos le ayudó algo el ser de condición más blanda y compasiva, pero lo más obraba en él la luz que recibía por intercesión de la gran Reina y Madre de la gracia. Y de esta misma luz se movió el injusto juez, para tener tantas demandas y respuestas con los judíos sobre soltar a Jesús nuestro Salvador, como lo refiere el Evangelista San Juan (Jn 19, 4) en el capítulo 19, después de la coronación de espinas. Y pidiéndole ellos que le crucificase, respondió Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo causa justa para hacerlo.—Replicaron los judíos: Conforme a nuestra ley es digno de muerte, porque se hace Hijo de Dios.—Esta réplica puso mayor miedo a Pilatos, porque hizo concepto que podía ser verdad que Jesús era Hijo de Dios, en la forma que él sentía de la divinidad. Y por este miedo se retiró al pretorio, donde a solas habló con el Señor y le preguntó de dónde era. No respondió Su Majestad a esta pregunta, porque no estaba Pilatos en estado de entender la respuesta, ni la merecía. Y con todo eso volvió a instar y dijo al Rey del cielo: Pues ¿a mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte o para darte por libre? Pretendió Pilatos obligar a Jesús con estas razones a que se disculpase y le respondiese algo de lo que deseaba saber, y le pareció que un hombre tan afligido y atormentado admitiría cualquiera favor que le ofreciese el juez.

**1349.** Pero el Maestro de la verdad respondió a Pilatos sin excusarse y con mayor alteza que él pedía, y así le dijo Su Majestad: No tuvieras tú potestad alguna contra

mí, si de lo alto no te fuera concedido, y por esto el que me entregó en tus manos cometió mayor pecado.—Con esta sola respuesta no pudiera este juez tener disculpa en condenar a Cristo, pues debía entender por ella que sobre aquel Hombre Jesús no tenía él potestad, ni el César; que por orden más alto era permitido que le entregasen a su jurisdicción contra razón y justicia y que por esto Judas Iscariotes y los pontífices habían cometido mayor pecado que el mismo Pilatos en no soltarle, pero que también él era reo de la misma culpa, aunque no tanto como los otros. No llegó a conocer Pilatos esta misteriosa verdad, pero con todo eso se atemorizó mucho con las palabras de Cristo nuestro bien y puso mayor esfuerzo en soltarle. Los pontífices, que conocieron el intento de Pilatos, le amenazaron con la desgracia del emperador, en que incurría y caería de ella si le soltaba y no quitaba la vida a quien se levantaba por rey. Y le dijeron: Si a este hombre dejas libre, no eres amigo del César, pues el que se hace rey contraviene a sus órdenes y mandatos.—Dijeron esto, porque los emperadores romanos no consentirían que sin su voluntad se atreviese nadie en todo el imperio a usurpar la vestidura o título de rey, y si Pilatos lo consintiera no guardara los decretos del César. Turbóse mucho con esta maliciosa amenaza y advertencia de los judíos y, sentándose en su tribunal a la hora de sexta para sentenciar al Señor, volvió a instar otra vez diciendo a los judíos: Veis aquí a vuestro Rey.—Respondieron todos: Quítale, quítale allá, crucifícale.—Replicóles Pilatos: ¿Pues a vuestro Rey he de crucificar?—Dijeron todos a voces: No tenemos otro rey fuera del César.

**1350.** Dejóse vencer Pilatos de la porfía y malicia de los judíos. Y estando en su tribunal —que en griego se llama Lithostrotos y en hebreo Gabatha— día de Parasceve, pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, como diré en el capítulo siguiente. Y los judíos

salieron de la sala con grande orgullo y alegría, publicando la sentencia del inocentísimo Cordero, en que ignorándolo ellos consistía nuestro remedio. Todo le fue notorio a la dolorosa Madre, que por visión expresa lo miraba desde fuera. Y cuando salieron los pontífices y fariseos publicando la condenación de su Hijo santísimo a muerte de cruz, se renovó el dolor de aquel castísimo corazón, quedó dividido con el cuchillo de amargura que le penetró y traspasó sin piedad alguna. Y porque excede a todo humano pensamiento el dolor que aquí padeció María santísima, no puedo hablar en él, sino remitirlo a la piedad cristiana. Ni tampoco es posible referir los actos interiores que ejercitó de adoración, culto, reverencia, amor, compasión, dolor y conformidad.

*Doctrina que me dio la gran Señora y Reina del cielo.*

1351. Hija mía, con admiración discurre sobre la dureza y malicia de los judíos y facilidad de Pilatos, que la conoció y se dejó vencer de ella contra la inocencia de mi Hijo y mi Señor. De esta admiración quiero sacarte con la enseñanza y avisos que te convienen para ser cuidadosa en el camino de la vida. Ya sabes que las profecías antiguas de los misterios de la Redención y todas las escrituras santas habían de ser infalibles, pues antes faltaría el cielo y tierra que se dejasen de cumplir (Mt 24, 35) como en la mente divina estaban determinadas; y para ejecutarse la muerte torpísima, que estaba profetizada darían a mi Señor (Sap 2, 20), era necesario que hubiera hombres que le persiguiesen, pero que éstos fuesen los judíos y sus pontífices y el injusto juez Pilatos que le condenó fue desdicha y suma infelicidad suya y no elección del Altísimo, que a todos quisiera salvar. Quien llevó a estos ministros a tanta ruina fueron sus propias culpas y suma malicia, con que resistieron a la gracia de los mayores beneficios de tener consigo a su Redentor y Maestro, tratarle, conocerle, oír

su predicación y doctrina, ver sus milagros y recibir tantos favores, que ninguno de los antiguos padres los alcanzaron, aunque lo desearon (Mt 13, 17). Con esto se justificó la causa del Señor y se conoció que cultivó su viña por su mano y la llenó de beneficios, y ella le dio en retorno espinas y abrojos y quitó la vida al Dueño que la plantó y no quiso reconocerle, como debía y podía más que los extraños (Mt 21, 33ss).

**1352.** Esto que sucedió en la cabeza Cristo mi Señor e Hijo, ha de suceder hasta el fin del mundo en los miembros de este Cuerpo Místico, que son los justos y predestinados, porque fuera monstruosidad que los miembros no correspondieran con la Cabeza y los hijos al Padre y los discípulos al Maestro. Y aunque siempre han de ser necesarios los escándalos (Mt 18, 7), porque siempre han de estar juntos en el mundo los justos y pecadores, los predestinados y los prescitos, siempre quien persiga y quien sea perseguido, quien dé la muerte y quien la padezca, quien mortifique y quien sea mortificado, pero estas suertes se dividen por la malicia o bondad de los hombres y será desdichado aquel que por su culpa y mala voluntad hace que venga el escándalo que ha de venir al mundo y para esto se hace instrumento del demonio. Esta obra comenzaron en la nueva Iglesia los pontífices y fariseos y Pilatos, que todos labraron la cabeza de este hermosísimo Cuerpo Místico, y en el discurso del mundo imitan y siguen a los pontífices y fariseos y Pilatos y al demonio los que labran los miembros, que son los santos y predestinados.

**1353.** Advierte, pues, ahora, carísima, cuál de estas suertes quieres elegir en presencia de mi Señor y mía. Y si cuando tu Redentor, tu Esposo y tu Cabeza fue atormentado, afligido, coronado de espinas y lleno de ignominias, quieres tú ser parte suya y miembro de este Cuerpo Místico, no es conveniente ni posible que vivas en

**regalo según la carne. Tú has de ser la perseguida y no perseguir, la oprimida y no oprimir, la que lleves la cruz y sufras el escándalo y no le causes, tú la que padezcas y no hagas padecer a ninguno de tus prójimos; antes bien, debes procurarles su remedio y salvación en cuanto a ti fuere posible continuando la perfección de tu estado y vocación. Esta es la parte de los amigos de Dios y la herencia de sus hijos en la vida mortal y en ella se contiene la participación de la gracia y de la gloria que, con los tormentos y oprobios y con la muerte de cruz, les adquirió mi Hijo y mi Señor; y yo también cooperé en esta obra, costándome los dolores y aflicciones que tú has entendido, cuyas especies y memoria nunca quiero que de tu intención se borren. Poderoso era el Altísimo para hacer grandes en lo temporal a sus predestinados, para darles riquezas, regalos y excelencia entre todos, y hacerlos fuertes como leones y que todo lo rindieran a su invencible poder. Pero no convenía llevarlos por este camino, porque los hombres no se engañasen, pensando que en la grandeza de lo visible y terreno consistía su felicidad y desampararan las virtudes, oscurecieran la gloria del Señor y no conocieran la eficacia de la divina gracia, ni aspiraran a lo espiritual y eterno. En esta ciencia quiero que estudies continuamente y te aproveches cada día, obrando y ejecutando todo lo que con ella entiendes y conoces.**

## **CAPITULO 21**

***Pronuncia Pilatos la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, lleva Su Majestad la cruz a costas en que ha de morir, síguele su Madre santísima y lo que hizo la gran Señora en este paso contra el demonio y otros sucesos.***

**1354. Decretó Pilatos la sentencia de muerte de cruz contra la misma vida, Jesús nuestro Salvador, a**

satisfacción y gusto de los pontífices y fariseos. Y habiéndola intimado y notificado al inocentísimo reo, retiraron a Su Majestad a otro lugar en la casa del juez, donde le desnudaron la púrpura ignominiosa que le habían puesto como a rey de burlas y fingido. Y todo fue con misterio de parte del Señor; aunque de parte de los judíos fue acuerdo de su malicia, para que fuese llevado al suplicio de la cruz con sus propias vestiduras y por ellas le conociesen todos, porque de los azotes, salivas y corona estaba tan desfigurado su divino rostro, que sólo por el vestido pudo ser conocido del pueblo. Vistiéronle la túnica inconsútil, que los Ángeles con orden de su Reina administraron, trayéndola ocultamente de un rincón, a donde los ministros la habían arrojado en otro aposento en que se la quitaron, cuando le pusieron la púrpura de irrisión y escándalo. Pero nada de esto entendieron los judíos, ni tampoco atendieron a ello, por la solicitud que traían en acelerarle la muerte.

**1355.** Por esta diligencia de los judíos corrió luego por toda Jerusalén la voz de la sentencia de muerte que se había pronunciado contra Jesús Nazareno, y de tropel concurrió todo el pueblo a la casa de Pilatos para verle sacar a justiciar. Estaba la ciudad llena de gente, porque a más de sus innumerables moradores habían concurrido de todas partes otros muchos a celebrar la Pascua, y todos acudieron a la novedad y llenaron las calles hasta el palacio de Pilatos. Era viernes, día de Parasceve, que en griego significa lo mismo que preparación o disposición, porque aquel día se prevenían y disponían los hebreos para el siguiente del sábado, que era su gran solemnidad, y en ella no hacían obras serviles ni para prevenir la comida y todo se hacía el viernes. A vista de todo este pueblo sacaron a nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangre y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes habían

visto y conocido. Apareció, como dijo Isaías (Is 53, 4), como leproso y herido del Señor, porque la sangre seca y los cardenales le habían transfigurado en una llaga. De las inmundas salivas le habían limpiado algunas veces los Santos Ángeles, por mandárselo la afligida Madre, pero luego las volvían a repetir y renovar con tanto exceso, que en esta ocasión apareció todo cubierto de aquellas asquerosas inmundicias. A la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendía ni oía más del bullicio y eco de las voces. Pero entre todas resonaban las de los pontífices y fariseos, que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quietasen y despejasen la calle por donde habían de sacar al divino sentenciado y para que oyeran su capital sentencia. Todo lo demás del pueblo estaba dividido en juicios y lleno de confusión, según los dictámenes de cada uno. Y las naciones diferentes que al espectáculo asistían, los que habían sido beneficiados y socorridos de la piedad y milagros del Salvador y los que habían oído y recibido su doctrina y eran sus aliados y conocidos, unos lloraban con lastimosa amargura, otros preguntaban qué delitos había cometido aquel hombre para tales castigos. Otros estaban turbados y enmudecidos, y todo era confusión y tumulto.

**1356.** De los once Apóstoles sólo San Juan Evangelista se halló presente, que con la dolorosa Madre y las Marías estaba a la vista, aunque algo retirados de la multitud. Y cuando el Santo Apóstol vio a su divino Maestro —de quien consideraba era amado— que le sacaron en público, fue tan lastimada su alma del dolor, que llegó a desfallecer y perder los pulsos, quedando con un mortal semblante. Las tres Marías desfallecieron con un desmayo muy helado. **Pero la Reina de las virtudes estuvo invicta y su magnánimo corazón, con lo sumo del dolor sobre todo humano discurso, nunca desfalleció ni**

**desmayó, no padeció las imperfecciones de los desalientos y deliquios que los demás.** En todo fue prudentísima, fuerte y admirable, y de las acciones exteriores dispuso con tanto peso, que sin sollozos ni voces confortó a las Marías y a San Juan Evangelista, y pidió al Señor las fortaleciese y asistiese con su diestra, para que con él y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la pasión. Y en virtud de esta oración fueron consolados y animados el Apóstol y las Marías para volver en sí y hablar a la gran Señora del cielo. Y entre tanta confusión y amargura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas. Atendía a su Hijo y Dios verdadero, oraba al Eterno Padre, presentábele los dolores y pasión, acompañando a las mismas obras con que nuestro Salvador lo hacía. Conocía la malicia del pecado, penetraba los misterios de la Redención humana, convidaba a los Ángeles, rogaba por los amigos y enemigos y, dando el punto al amor de Madre y al dolor que le correspondía, llenaba juntamente todo el coro de sus virtudes con admiración de los cielos y sumo agrado de la divinidad. Y porque no es posible reducir a mis términos las razones que formaba esta gran Madre de la sabiduría en su corazón, y tal vez en sus labios, lo remito a la piedad cristiana.

**1357.** Procuraban los pontífices y los ministros de justicia sosegar al pueblo y que tuviesen silencio para oír la sentencia de Jesús Nazareno, que después de habérsela notificado en su persona la querían leer en público y a su presencia. Y quietándose la turba, estando Su Majestad en pie como reo, comenzaron a leerla en alta voz, que todos la entendiesen, y después la fueron repitiendo por las calles y últimamente al pie de la cruz. La sentencia anda vulgar impresa, como yo la he visto, **(No sabemos cuál es la "sentencia vulgar impresa" que la Venerable dice haber visto. González Mateo [Mystica**

*Civitas Dei vindicata*, Matrini 1747, art. 7 & 2 n. 208, p. 67] afirma que la fórmula empleada por la autora es semejante a otra fórmula encontrada el año 1580 en Amiterno (Italia). Toma este dato de SIURI, t. 3, trac. 10, c. 4, n. 59, quien a su vez depende de Rodrigo de Yepes, *Palestinae descriptio*.) y, según la inteligencia que he tenido, en sustancia es verdadera, salvo algunas palabras que se le han añadido. Yo no las pondré aquí, porque a mí se me han dado las que sin añadir ni quitar escribo, y fue como se sigue:

***Tenor de la sentencia de muerte que dio Pilatos contra Jesús Nazareno nuestro Salvador.***

1358. Yo, Poncio Pilato, presidente de la inferior Galilea, aquí en Jerusalén regente por el imperio romano, dentro del palacio de archipresidencia, juzgo, sentencio y pronuncio que condeno a muerte a Jesús, llamado de la plebe Nazareno, y de patria galileo, hombre sedicioso, contrario de la ley y de nuestro Senado y del grande emperador Tiberio César. Y por la dicha mi sentencia determino que su muerte sea en cruz, fijado con clavos a usanza de reos. Porque aquí, juntando y congregando cada día muchos hombres pobres y ricos, no ha cesado de remover tumultos por toda Judea, haciéndose Hijo de Dios y Rey de Israel, con amenazarles la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalén y su templo, y del sacro Imperio, negando el tributo al César, y por haber tenido atrevimiento de entrar con ramos y triunfo con gran parte de la plebe dentro de la misma ciudad de Jerusalén y en el sacro templo de Salomón. Mando al primer centurión, llamado Quinto Cornelio, que le lleve por la dicha ciudad de Jerusalén a la vergüenza, ligado así como está, azotado por mi mandamiento. Y séanle puestas sus vestiduras para que sea conocido de todos, y la propia cruz en que ha de ser crucificado. Vaya en medio de los otros dos ladrones por todas las calles públicas, que

asimismo están condenados a muerte por hurtos y homicidios que han cometido, para que de esta manera sea ejemplo de todas las gentes y malhechores.

Quiero asimismo y mando por esta mi sentencia, que, después de haber así traído por las calles públicas a este malhechor, le saquen de la ciudad por la puerta Pagora, la que ahora es llamada Antoniana, y con voz de pregonero, que diga todas estas culpas en ésta mi sentencia expresadas, le lleven al monte que se dice Calvario, donde se acostumbra a ejecutar y hacer la justicia de los malhechores facinerosos, y allí fijado y crucificado en la misma cruz que llevare, como arriba se dijo, quede su cuerpo colgado entre los dichos dos ladrones. Y sobre la cruz, que es en lo más alto de ella, le sea puesto el título de su nombre **en las tres lenguas que ahora más se usan, conviene a saber, hebrea, griega y latina**, y que en todas ellas y cada una diga: *Este es Jesús Nazareno Rey de los Judíos*, para que todos lo entiendan y sea conocido de todos.

Asimismo mando, so pena de perdición de bienes y de la vida y de rebelión al imperio romano, que ninguno, de cualquier estado y condición que sea, se atreva temerariamente a impedir la dicha justicia por mí mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas. **Año de la creación del mundo cinco mil doscientos y treinta y tres, día veinticinco de marzo.—**

***Pontius Pilatus Judex et Gubernator Galilaeae inferioris pro Romano Imperio qui supra propria manu.***

1359. Conforme a este cómputo, la creación del mundo fue en marzo, y del día que fue criado Adán hasta la Encarnación del Verbo pasaron cinco mil ciento y noventa y nueve años, y añadiendo los nueve meses que estuvo en

**el virginal vientre de su Madre santísima, y treinta y tres años que vivió, hacen los cinco mil doscientos y treinta y tres, y los tres meses que conforme al cómputo romano de los años restan hasta veinte y cinco del mes de marzo; porque según esta cuenta de la Iglesia romana, al primer año del mundo no le tocan más de nueve meses y siete días, para comenzar el segundo año del primero de enero. Y entre las opiniones de los doctores he entendido que la verdadera es la de la Santa Iglesia en el Martirologio romano, como lo dije también en el capítulo de la Encarnación de Cristo nuestro Señor, en el libro I de la segunda parte, capítulo 11 (Cf. supra n. 138).**

**1360. Leída la sentencia de Pilatos contra nuestro Salvador, que dejó referida, con alta voz en presencia de todo el pueblo, los ministros cargaron sobre los delicados y llagados hombros de Jesús la pesada cruz en que había de ser crucificado. Y para que la llevase le desataron las manos con que la tuviese, pero no el cuerpo, para que pudiesen ellos llevarle asido tirando de las sogas con que estaba ceñido, y para mayor crueldad le dieron con ellas a la garganta dos vueltas. Era la cruz de quince pies en largo, gruesa, y de madera muy pesada. Comenzó el pregón de la sentencia, y toda aquella multitud confusa y turbulenta de pueblo, ministros y soldados, con gran estrépito y vocería se movió con una desconcertada procesión, para encaminarse por las calles de Jerusalén desde el palacio de Pilatos para el monte Calvario. Pero el Maestro y Redentor del mundo Jesús, cuando llegó a recibir la cruz, mirándola con semblante lleno de júbilo y extremada alegría, cual suele mostrar el esposo con las ricas joyas de su esposa, habló con ella en su secreto y la recibió con estas razones:**

**1361. Oh cruz deseada de mi alma, prevenida y hallada de mis deseos, ven a mí, amada mía, para que me recibas en tus brazos y en ellos como en altar sagrado**

**reciba mi Eterno Padre el sacrificio de la eterna reconciliación con el linaje humano. Para morir en ti bajé del cielo en vida y carne mortal y pasible, porque tú has de ser el cetro con que triunfaré de todos mis enemigos, la llave con que abriré las puertas del paraíso a mis predestinados, el sagrado donde hallen misericordia los culpados hijos de Adán y la oficina de los tesoros que pueden enriquecer su pobreza. En ti quiero acreditar las deshonras y oprobios de los hombres, para que mis amigos los abracen con alegría y los soliciten con ansias amorosas, para seguirme por el camino que yo les abriré contigo. Padre mío y Dios eterno, yo te confieso Señor del cielo y tierra, y obedeciendo a tu querer divino cargo sobre mis hombros la leña del sacrificio de mi pasible humanidad inocentísima y le admito de voluntad por la salvación eterna de los hombres. Recíbidle, Padre mío, como aceptable a Vuestra justicia, para que de hoy más no sean siervos sino hijos y herederos conmigo de Vuestro reino.**

**1362. A la vista de tan sagrados misterios y sucesos, estaba la gran Señora del mundo María santísima sin que alguno se le ocultase, porque de todos tenía altísima noticia y comprensión sobre los mismos Ángeles, y los sucesos que no podía ver con los ojos corporales los conocía con la inteligencia y ciencia de la revelación, que se los manifestaba con las operaciones interiores de su Hijo santísimo. Y con esta luz divina conoció el valor infinito que redundó en el madero santo de la cruz, al punto que recibió el contacto de la humanidad deificada de Jesús nuestro Redentor. Y luego la prudentísima Madre la adoró y veneró con el debido culto, y lo mismo hicieron todos los espíritus soberanos que asistían al mismo Señor y a la Reina. Acompañó también a su Hijo santísimo en las caricias con que recibió la cruz, y la habló con otras semejantes palabras y razones que a ella tocaban como coadjutora del Redentor. Y lo mismo**

**hizo orando al Eterno Padre, imitando en todo altísimamente como viva imagen a su original y ejemplar sin perder un punto. Y cuando la voz del pregonero iba publicando y repitiendo la sentencia por las calles, oyéndola la divina Madre, compuso un cántico de loores y alabanzas de la inocencia impecable de su Hijo y Dios santísimo, contraponiéndolos a los delitos que contenía la sentencia y como quien glosaba las palabras en honra y gloria del mismo Señor. Y a este cántico le ayudaron los Santos Ángeles con quienes lo iba ordenando y repitiendo cuando los habitantes de Jerusalén iban blasfemando de su mismo Criador y Redentor.**

**1363. Y como toda la fe, la ciencia y el amor de las criaturas estaba resumido en esta ocasión de la pasión en el gran pecho de la Madre de la sabiduría, sola ella hacía el juicio rectísimo y el concepto digno de padecer y morir Dios por los hombres. Y sin perder la atención a todo lo que exteriormente era necesario obrar, confería y penetraba con su sabiduría todos los misterios de la Redención humana y el modo como se iban ejecutando por medio de la ignorancia de los mismos hombres que eran redimidos. Penetraba con digna ponderación quién era Él que padecía, lo que padecía, de quién y por quién lo padecía. De la dignidad de la persona de Cristo nuestro Redentor, que contenía las dos naturalezas, divina y humana, de sus perfecciones y atributos de entrambas, sola María santísima fue la que tuvo más alta y penetrante ciencia, después del mismo Señor. Y por esta parte sola ella entre las puras criaturas llegó a darle la ponderación debida a la pasión y muerte de su mismo Hijo y Dios verdadero. De lo que padeció no sólo fue testigo de vista la candida paloma, sino también lo fue de experiencia, en que ocasiona santa emulación no sólo a los hombres mas a los mismos Ángeles, que no alcanzaron esta gracia. Pero conocieron cómo la gran Reina y Señora sentía y padecía en el alma y cuerpo los**

**los mismos dolores y pasiones de su Hijo santísimo y el agrado inexplicable que de ello recibía la Beatísima Trinidad, y con esto recompensaron el dolor que no pudieron padecer en la gloria y alabanza que le dieron. Algunas veces que la dolorosa Madre no tenía a la vista a su Hijo santísimo, solía sentir en su virginal cuerpo y espíritu la correspondencia de los tormentos que daban al Señor, antes que por inteligencia se le manifestase. Y como sobresaltada decía: ¡Ay de mí, qué martirio le dan ahora a mi dulcísimo Dueño y mi Señor! Y luego recibía la noticia clarísima de todo lo que con Su Majestad se hacía. Pero fue tan admirable en la fidelidad de padecer y en imitar a su dechado Cristo nuestro bien, que jamás la amantísima Madre admitió natural alivio en la pasión, no sólo del cuerpo porque ni descansó, ni comió, ni durmió, pero ni del espíritu, con alguna consideración que la diese refrigerio, salvo cuando se le comunicaba el Altísimo con algún divino influjo, y entonces le admitía con humildad y agradecimiento, para recobrar nuevo esfuerzo con que atender más ferviente al objeto doloroso y a la causa de sus tormentos. La misma ciencia y ponderación hacía de la malicia de los judíos y ministros y de la necesidad del linaje humano y su ruina y de la ingratisima condición de los mortales, por quienes padecía su Hijo santísimo; y así lo conoció todo en grado eminente y perfectísimo y lo sintió sobre todas las criaturas.**

**1364. Otro misterio oculto y admirable obró la diestra del Omnipotente en esta ocasión por mano de María santísima contra Lucifer y sus ministros infernales, y sucedió en esta forma: Que como este Dragón y los suyos asistían atentos a todo lo que iba sucediendo en la pasión del Señor, que ellos no acababan de conocer, al punto que Su Majestad recibió la cruz sobre sus hombros, sintieron todos estos enemigos un nuevo quebranto y desfallecimiento, que con la ignorancia y novedad les**

**causó grande admiración y una nueva tristeza llena de confusión y despecho. Con el sentimiento de estos nuevos e invencibles efectos se receló el príncipe de las tinieblas de que por aquella pasión y muerte de Cristo nuestro Señor le amenazaba alguna irreparable destrucción y ruina de su imperio. Y para no esperarle en presencia de Cristo nuestro bien, determinó el Dragón hacer fuga y retirarse con todos sus secuaces a las cavernas del infierno. Pero cuando intentaba ejecutar este deseo se lo impidió nuestra gran Reina y Señora de todo lo criado, porque el Altísimo al mismo tiempo la ilustró y vistió de su poder, dándole conocimiento de lo que debía hacer. Y la divina Madre, convirtiéndose contra Lucifer y sus escuadrones con imperio de Reina, los detuvo para que no huyesen y les mandó esperasen el fin de la pasión y que fuesen a la vista de toda ella hasta el monte Calvario. Al imperio de la poderosa Reina no pudieron resistir los demonios, porque conocieron y sintieron la virtud divina que obraba en ella. Y rendidos a sus mandatos fueron como atados y presos acompañando a Cristo nuestro Señor hasta el Calvario, donde por la eterna sabiduría estaba determinado que triunfase de ellos desde el trono de la cruz, como adelante lo veremos (Cf. infra n. 1412). No hallo ejemplo con que manifestar la tristeza y desaliento con que desde este punto fueron oprimidos Lucifer y sus demonios. Pero, a nuestro modo de entender, iban al Calvario como los condenados que son llevados al suplicio y el temor del castigo inevitable los desmaya, debilita y entristece. Y esta pena en el demonio fue conforme a su naturaleza y malicia y correspondiente al daño que hizo en el mundo introduciendo en él la muerte y el pecado, por cuyo remedio iba a morir el mismo Dios.**

**1365. Prosiguió nuestro Salvador el camino del monte Calvario, llevando sobre sus hombros, como dijo Isaías (Is 9, 6), su mismo imperio y principado, que era la Santa**

**Cruz, donde había de reinar y sujetar al mundo, mereciendo la exaltación de su nombre sobre todo nombre y rescatando a todo el linaje humano de la potencia tiránica que ganó el demonio sobre los hijos de Adán. Llamó el mismo Isaías (Is 9, 4) yugo y cetro del cobrador y ejecutor, y con imperio y vejación cobraba el tributo de la primera culpa. Y para vencer este tirano y destruir el cetro de su dominio y el yugo de nuestra servidumbre, puso Cristo nuestro Señor la cruz en el mismo lugar que se lleva el yugo de la servidumbre y el cetro de la potencia real, como quien despojaba de ella al demonio y le trasladaba a sus hombros, para que los cautivos hijos de Adán, desde aquella hora que tomó su cruz, le reconociesen por su legítimo Señor y verdadero Rey, a quien sigan por el camino de la cruz, por la cual redujo a todos los mortales a su imperio y los hizo vasallos y esclavos suyos comprados con el precio de su misma sangre y vida.**

**1366. Mas ¡ay dolor de nuestro ingratisimo olvido! Que los judíos y ministros de la pasión ignorasen este misterio escondido a los príncipes del mundo, que no se atreviesen a tocar la cruz del Señor, porque la juzgaban por afrenta ignominiosa, culpa suya fue y muy grande; pero no tanta como la nuestra, cuando ya está revelado este sacramento y en fe de esta verdad condenamos la ceguera de los que persiguen a nuestro bien y Señor. Pues si los culpamos porque ignoraron lo que debían conocer, ¿qué culpa será la nuestra, que conociendo y confesando a Cristo Redentor nuestro le perseguimos y crucificamos como ellos ofendiéndole? ¡Oh dulcísimo amor mío Jesús, luz de mi entendimiento y gloria de mi alma!, no fíes, Señor mío, de mi tardanza y torpeza, el seguirte con mi cruz por el camino de la tuya. Toma por tu cuenta hacerme este favor, llévame, Señor, tras de ti y correré en la fragancia de tu ardentísimo amor, de tu inefable paciencia, de tu eminentísima humildad,**

**desprecio y angustias, y en la participación de tus oprobios, afrentas y dolores. Esta sea mi parte y mi herencia en esta mortal y pesada vida, ésta mi gloria y descanso, y fuera de tu cruz e ignominias no quiero vida ni consuelo, sosiego ni alegría. Como los judíos y todo aquel pueblo ciego se desviaban en las calles de Jerusalén de no tocar la cruz del inocentísimo reo, el mismo Señor hacía calle y despejaba el puesto donde iba Su Majestad, como si fuera contagio su gloriosa deshonra, en que le imaginaba la perfidia de sus perseguidores, aunque todo lo demás del camino estaba lleno de pueblo y confusión, gritos y vocería, y entre ella iba resonando el pregón de la sentencia.**

**1367. Los ministros de la justicia, como desnudos de toda humana compasión y piedad, llevaban a nuestro Salvador Jesús con increíble crueldad y desacato. Tiraban unos de las sogas adelante, para que apresurase el paso, otros para atormentarle tiraban atrás, para detenerle, y con estas violencias y el grave peso de la cruz le obligaban y compelían a dar muchos vaivenes y caídas en el suelo. Y con los golpes que recibía de las piedras se le abrieron llagas, y particular dos en las rodillas, renovándosele todas las veces que repetía las caídas; y el peso de la cruz le abrió de nuevo otra llaga en el hombro que se la cargaron. Y con los vaivenes, unas veces topaba la cruz contra la sagrada cabeza y otras la cabeza contra la cruz y siempre las espinas de la corona le penetraban de nuevo con el golpe que recibía, profundándose más en lo que no estaba herido de la carne. A estos dolores añadían aquellos instrumentos de maldad muchos oprobios de palabras y contumelias execrables, de salivas inmundísimas y polvo que arrojaban en su divino rostro, con tanto exceso que le cegaban los ojos que misericordiosamente los miraban, con que se condenaban por indignos de tan graciosa vista. Y con la prisa que se daban, sedientos de conseguir**

su muerte, no dejaban al mansísimo Maestro que tomase aliento, antes, como en tan pocas horas había cargado tanta lluvia de tormentos sobre aquella humanidad inocentísima, estaba desfallecida y desfigurada y, al parecer de quien le miraba, quería ya rendir la vida a los dolores y tormento.

1368. Entre la multitud de la gente partió la dolorosa y lastimada Madre de casa de Pilatos en seguimiento de su Hijo santísimo, acompañada de San Juan Evangelista y Santa María Magdalena y las otras Marías. Y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse más cerca de Su Majestad, pidió la gran Reina al Eterno Padre que le concediese estar al pie de la cruz en compañía de su Hijo y Señor, de manera que pudiese verle corporalmente, y con la voluntad del Altísimo ordenó también a los Santos Ángeles que dispusiesen ellos cómo aquello se ejecutase. Obedecieronla los Ángeles con grande reverencia y con toda presteza encaminaron a su Reina y Señora por el atajo de una calle, por donde salieron al encuentro de su Hijo santísimo y se vieron cara a cara Hijo y Madre, reconociéndose entrambos y renovándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecía; pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros diera lugar para hacerlo. Pero la prudentísima Madre adoró a su Hijo santísimo y Dios verdadero, afligido con el peso de la cruz, y con la voz interior le pidió que, pues ella no podía descansarle de la carga de la cruz, ni tampoco permitía que los Ángeles lo hicieran, que era a lo que la compasión la inclinaba, se dignase su potencia de poner en el corazón de aquellos ministros le diesen alguno que le ayudase a llevarla. Esta petición admitió Cristo nuestro bien, y de ella resultó el conducir a Simón Cireneo para que llevase la cruz con el Señor, como adelante diré (Cf. infra n. 1371). Porque los fariseos y ministros se movieron para esto, unos de alguna natural

humanidad, otros de temor que no acabase Cristo nuestro Señor la vida antes de llegar a quitársela en la misma cruz, porque iba Su Majestad muy desfallecido, como queda dicho.

**1369.** A todo humano encarecimiento y discurso excede el dolor que la candidísima paloma y Madre Virgen sintió en este viaje del monte Calvario, llevando a su vista el objeto de su mismo Hijo, que sola ella sabía dignamente conocer y amar. Y no fuera posible que no desfalleciera y muriera, si el poder divino no la confortara, conservándole la vida. Con este amarguísimo dolor habló al Señor y le dijo en su interior: Hijo mío y Dios eterno, lumbre de mis ojos y vida de mi alma, recibid. Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviaros del peso de la cruz y llevarla yo, que soy hija de Adán, para morir en ella por vuestro amor, como vos queréis morir por la ardentísima caridad del linaje humano. ¡Oh amantísimo Medianero entre la culpa y la justicia! ¿Cómo fomentáis la misericordia con tantas injurias y entre tantas ofensas? ¡Oh caridad sin término ni medida, que para mayor incendio y eficacia dais lugar a los tormentos y oprobios! ¡Oh amor infinito y dulcísimo, si los corazones de los hombres y todas las voluntades estuvieran en la mía para que no dieran tan mala correspondencia a lo que por todos padecéis! ¡Oh quién hablara al corazón de los mortales y les intimara lo que Os deben, pues tan caro Os ha costado el rescate de su cautiverio y el remedio de su ruina!—Otras razones prudentísimas y altísimas decía con éstas la gran Señora del mundo que no puedo yo reducir a las mías.

**1370.** Seguían asimismo al Señor —como dice el Evangelista San Lucas (Lc 23, 27)— con la turba de la gente popular otras muchas mujeres que se lamentaban y lloraban amargamente. Y convirtiéndose a ellas el dulcísimo Jesús las habló y dijo: Hijas de Jerusalén, no

**queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque días vendrán en que dirán: Bienaventuradas las estériles, que nunca tuvieron hijos, ni les dieron leche de sus pechos. Y entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados, enterradnos. Porque si estas cosas pasan en el madero verde, ¿qué será en el que está seco? (Lc 23, 28-31)—Con estas razones misteriosas acreditó el Señor las lágrimas derramadas por su pasión santísima y en algún modo las aprobó, dándose por obligado de su compasión, para enseñarnos en aquellas mujeres el fin que deben tener nuestras lágrimas, para que vayan bien encaminadas. Y esto ignoraban entonces aquellas compasivas discípulas de nuestro Maestro y lloraban sus afrentas y dolores y no la causa por que los padecía, de que merecieron ser enseñadas y advertidas. Y fue como si les dijera el Señor: Llorad sobre vuestros pecados y de vuestros hijos lo que yo padezco, y no por los míos, que no los tengo ni es posible. Y si el compadeceros de mí es bueno y justo, más quiero que lloréis vuestras culpas que mis penas padecidas por ellas, y con este modo de llorar pasará sobre vosotras y sobre vuestros hijos el precio de mi sangre y Redención que este ciego pueblo ignora. Porque vendrán días, que serán los del juicio universal y del castigo, en que se juzgarán por dichas las que no hubieren tenido generación de hijos, y los prescitos pedirán a los montes y collados que los cubran, para no ver mi indignación. Porque si en mí, que soy inocente, han hecho estos efectos sus culpas de que yo me encargué, ¿qué harán en ellos, que estarán tan secos, sin fruto de gracia ni merecimientos?**

**1371. Para entender esta doctrina fueron ilustradas aquellas dichas mujeres en premio de sus lágrimas y compasión. Y cumpliéndose lo que María santísima había pedido, determinaron los pontífices, fariseos y los ministros conducir algún hombre que ayudase a Jesús**

nuestro Redentor en el trabajo de llevar la cruz hasta el Calvario. Llegó en esta ocasión Simón Cireneo, llamado así porque era natural de Cirene, ciudad de Libia, y venía a Jerusalén; era padre de dos discípulos del Señor, llamados Alejandro y Rufo (Mc 15, 21). A este Simón obligaron los judíos a que llevase la cruz parte del camino, sin tocarla ellos, porque se afrentaban de llegar a ella, como instrumento del castigo de un hombre a quien ajusticiaban por malhechor insigne; que esto pretendían que todo el pueblo entendiese con aquellas ceremonias y cautelas. Tomó la cruz el Cirineo y fue siguiendo a Jesús, que iba entre los dos ladrones, para que todos creyesen era malhechor y facineroso como ellos. Iba la Madre de Jesús nuestro Salvador muy cerca de Su Majestad, como lo había deseado y pedido al Eterno Padre, con cuya voluntad estuvo tan conforme en todos los trabajos y martirios de la pasión de su Hijo, que participando y comunicando sus tormentos tan de cerca por todos sus sentidos, jamás tuvo movimiento ni ademán en su interior ni el exterior con que se inclinase a retractar la voluntad de que su Hijo y Dios no padeciese. Tanta fue su caridad y amor con los hombres y tanta la gracia y santidad de esta Reina en vencer la naturaleza.

*Doctrina que me dio la gran Reina y Señora.*

**1372.** Hija mía, el fruto de la obediencia, por quien escribes la Historia de mi vida, quiero que sea formar en ti una verdadera discípula de mi Hijo santísimo y mía. A esto se ordena en primer lugar la divina luz que recibes de tan altos y venerables sacramentos, y los documentos que tantas veces te repito, de que te desvíes, desnudes y alejes tu corazón de todo afecto de criaturas, ni para tenerle, ni para admitirle de ninguna. Con este desvío vencerás los impedimentos del demonio en tu blando natural peligroso, y yo que le conozco te aviso y te encamino como Madre y Maestra que te corrige y

**enseña. Con la ciencia del Altísimo conoces los misterios de su pasión y muerte y el único y verdadero camino de la vida, que es el de la cruz, y que no todos los llamados son escogidos para ella. Muchos son los que dicen desean seguir a Cristo y muy pocos los que verdaderamente se disponen a imitarle, porque en llegando a sentir la cruz del padecer la arrojan de sí y retroceden. El dolor de los trabajos es muy sensible y violento para la naturaleza humana por parte de la carne, y el fruto del espíritu es más oculto, y pocos se gobiernan por la luz. Por esto hay tantos entre los mortales que olvidados de la verdad escuchan a su carne y siempre la quieren muy regalada y consentida. Son ardientes armadores de la honra y despreciadores de las afrentas, codiciosos de la riqueza y execradores de la pobreza, sedientos del deleite y tímidos de la mortificación. Todos estos son enemigos de la cruz de Cristo (Flp 3, 18) y con formidable horror huyen de ella, juzgándola por ignominiosa, como los que le crucificaron.**

**1373. Otro engaño se introduce en el mundo; que muchos piensan siguen a Cristo su Maestro sin padecer, sin obrar y sin trabajar, y se dan por contentos con no ser muy atrevidos en cometer pecados, y remiten toda la perfección a una prudencia o amor tibio con que nada se niegan a su voluntad ni ejecutan las virtudes que son costosas a la carne. De este engaño saldrían, si advirtiesen que mi Hijo santísimo no sólo fue Redentor y Maestro y no sólo dejó en el mundo el tesoro de sus merecimientos como remedio de su condenación, sino la medicina necesaria para la dolencia de que enfermó la naturaleza por el pecado. Nadie más sabio que mi Hijo y mi Señor, nadie pudo entender la condición del amor como Su Majestad, que fue la misma sabiduría y caridad, y lo es, y asimismo era todopoderoso para ejecutar toda su voluntad. Y con todo esto, aunque pudo lo que quería, no eligió vida blanda y suave para la carne, sino**

trabajosa y llena de dolores, porque no era bastante o cumplido magisterio redimir a los hombres si no les enseñara a vencer al demonio, a la carne y a sí mismos, y que esta magnífica victoria se alcanza con la cruz, por los trabajos, penitencia, mortificación y desprecios, que son el índice y testimonio del amor y la divisa de los predestinados.

**1374.** Tú, hija mía, pues conoces el valor de la Santa Cruz y la honra que por ella recibieron las ignominias y tribulaciones, abraza tu cruz y llévala con alegría en seguimiento de mi Hijo y tu Maestro. Tu gloria en la vida mortal sean las persecuciones, desprecios, enfermedades, tribulaciones, pobreza, humillación y cuanto es penoso y adverso a la condición de la carne mortal. Y para que en todos estos ejercicios me imites y me des gusto, no quiero que busques ni que admitas alivio ni descanso en cosa terrena. No has de ponderar contigo misma lo que padeces, ni manifestarlo con cariño de aliviarte. Menos has de encarecer ni agravar las persecuciones ni molestias que te dieran las criaturas, ni en tu boca se ha de oír que es mucho lo que padeces, ni compararlo con otros que trabajan. Y no te digo que será culpa recibir algún alivio honesto y moderado y querellarte con sufrimiento. Pero en ti, carísima, este alivio será infidelidad contra tu Esposo y Señor, porque te ha obligado a ti sola más que a muchas generaciones, y tu correspondencia en padecer y amar no admite defecto ni descargo, si no fuere con plenitud de toda fineza y lealtad. Tan ajustada te quiere consigo mismo este Señor, que ni un suspiro has de dar a tu naturaleza flaca sin otro más alto fin que sólo descansar y tomar consuelo. Y si el amor te compeliere, entonces te dejarás llevar de su fuerza suave, para descansar amando, y luego el amor de la cruz despedirá este alivio, como conoces que yo lo hacía con humilde rendimiento. Y sea en ti regla general que toda consolación humana es imperfección y peligro,

y sólo debes admitir lo que te enviare el Altísimo por sí o por sus Santos Ángeles. Y de los regalos de su divina diestra has de tomar con advertencia lo que te fortalezca para más padecer y abstraerte de lo gustoso que puede pasar a lo sensitivo.

## CAPITULO 22

*Cómo nuestro Salvador Jesús fue crucificado en el monte Calvario y las siete palabras que habló en la cruz y le asistió María santísima su Madre con gran dolor.*

1375. Llegó nuestro verdadero y nuevo Isaac, Hijo del Eterno Padre, al monte del sacrificio, que fue el mismo donde precedió el ensayo y la figura en el hijo del Patriarca San Abrahán [Día 9 de octubre: Memoria sancti Abrahæ, Patriarchæ et ómnium credéntium Patris] (Gen 22, 9), y donde se ejecutó en el inocentísimo Cordero el rigor que se suspendió en el antiguo Isaac que le figuraba. Era el monte Calvario lugar inmundo y despreciado, como destinado para el castigo de los facinerosos y condenados, de cuyos cuerpos recibía mal olor y mayor ignominia. Llegó tan fatigado nuestro amantísimo Jesús, que parecía todo transformado en llagas y dolores, cruentado, herido y desfigurado. La virtud de la divinidad, que deificaba su santísima humanidad por la unión hipostática, le asistió, no para aliviar sus tormentos sino para confortarle en ellos, y que quedase su amor inmenso saciado en el modo conveniente, conservándole la vida, hasta que se le diese licencia a la muerte de quitársela en la cruz. Llegó también la dolorosa y afligida Madre llena de amargura a lo alto del Calvario, muy cerca de su Hijo corporalmente, pero en el espíritu y dolores estaba como fuera de sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecía. Estaban con ella San Juan Evangelista y las tres Marías, porque para esta sola y santa

compañía había pedido y alcanzado del Altísimo este gran favor de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz.

**1376.** Y como la prudentísima Madre conocía que se iban ejecutando los misterios de la Redención humana, cuando vio que trataban los ministros de desnudar al Señor para crucificarle, convirtió su espíritu al eterno Padre y oró de esta manera: Señor mío y Dios eterno, Padre sois de vuestro unigénito Hijo, que por la eterna generación Dios verdadero nació de Dios verdadero, que sois vos, y por la humana generación nació de mis entrañas, donde le di la naturaleza de hombre en que padece. Con mis pechos le di leche y sustenté, y como al mejor hijo que jamás pudo nacer de otra criatura le amo como Madre verdadera, y como Madre tengo derecho natural a su humanidad santísima en la persona que tiene, y nunca Vuestra Providencia se le niega a quien le tiene y pertenece. Ahora, pues, ofrezco este derecho de Madre y le pongo en Vuestras manos de nuevo, para que vuestro Hijo y mío sea sacrificado para la Redención del linaje humano. Recibid, Señor mío, mi aceptable ofrenda y sacrificio, pues no ofreciera tanto si yo misma fuera sacrificada y padeciera, no sólo porque mi Hijo es verdadero Dios y de Vuestra sustancia misma, sino también de parte de mi dolor y pena. Porque si yo muriera y se trocaran las suertes, para que su vida santísima se conservara, fuera para mí de grande alivio y satisfacción de mis deseos.—Esta oración de la gran Reina aceptó el Eterno Padre con inefable agrado y complacencia. Y no se le consintió al Patriarca San Abrahán más que la figura y ademán del sacrificio de su Hijo (Gen 22, 12), porque la ejecución y verdad la reservaba el Padre Eterno para su Unigénito. Ni tampoco a su madre Sara se le dio cuenta de aquella mística ceremonia, no sólo por la pronta obediencia de San Abrahán, sino también porque aun esto sólo no se fiaba

**del amor maternal de Sara, que acaso intentaría impedir el mandato del Señor, aunque era santa y justa. Pero no fue así con María santísima, que sin recelo le pudo fiar el Eterno Padre su voluntad eterna, porque con proporción cooperase en el sacrificio del Unigénito con la misma voluntad del Padre.**

**1377. Acabó esta oración la invictísima Madre y conoció que los impíos ministros de la pasión intentaban dar al Señor la bebida del vino mirrado con hiél, que dicen San Mateo (Mt 27, 34) y San Marcos (Mc 15, 23). Para añadir este nuevo tormento a nuestro Salvador, tomaron ocasión los judíos de la costumbre que tenían de dar a los condenados a muerte una bebida de vino fuerte y aromático, con que se confortasen los espíritus vitales, para tolerar con más esfuerzo los tormentos del suplicio, derivando esta piedad de lo que Salomón dejó escrito en los Proverbios (Prov 31, 6): Dales sidra a los que están tristes y el vino a los que padecen amargura del corazón. Esta bebida, que en los demás ajusticiados podía ser algún socorro y alivio, pretendió la crueldad de los impíos judíos conmutar en mayor pena con nuestro Salvador (Am 2, 8), dándosela amarguísima y mezclada con hiél y que no tuviese en él otros efectos más que el tormento de la amargura. Conoció la divina Madre esta inhumanidad y con maternal compasión y lágrimas oró al Señor pidiéndole no la bebiese. Y Su Majestad, condescendió con la petición de su Madre, de manera que, sin negarse del todo a este nuevo dolor, gustó la poción amarga y no la bebió (Mt 27, 34).**

**1378. Era ya la hora de sexta, que corresponde a la de mediodía, y los ministros de justicia, para crucificar desnudo al Salvador, le despojaron de la túnica inconsútil y vestiduras. Y como la túnica era cerrada y larga, desnudáronse la, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas, y con la violencia que**

hicieron arrancaron la corona con la misma túnica con desmedida crueldad, porque le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza que los verdugos arrebataron la túnica, llevando tras de sí la corona; la cual le volvieron a fijar en la cabeza con impiísima crueldad abriendo llagas sobre llagas. Renovaron junto con esto las de todo su cuerpo santísimo, porque en ellas estaba ya pegada la túnica, y el despegarla fue, como dice Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 27), añadir de nuevo sobre el dolor de sus heridas. Cuatro veces desnudaron y vistieron en su pasión a nuestro bien y Señor: la primera, para azotarle en la columna; la segunda, para ponerle la púrpura afrentosa; la tercera, cuando se la quitaron y le volvieron a vestir de su túnica; la cuarta fue ésta del Calvario, para no volverle a vestir; y en ésta fue más atormentado, porque las heridas fueron más, y su humanidad santísima estaba debilitada, y en el monte Calvario más desabrigado y ofendido del viento, que también tuvo licencia este elemento para afligirle en su muerte la destemplanza del frío.

1379. A todas estas penas se añadía el dolor de estar desnudo en presencia de su Madre santísima y de las devotas mujeres que la acompañaban y de la multitud de gente que allí estaba. **Sólo reservó en su poder los paños interiores que su Madre santísima le había puesto debajo la túnica en Egipto, porque ni cuando le azotaron se los pudieron quitar los verdugos, como queda dicho, ni tampoco se los desnudaron para crucificarle, y así fue con ellos al sepulcro; y esto se me ha manifestado muchas veces** (Cf. supra n. 1338). No obstante que, para morir Cristo nuestro bien en suma pobreza y sin llevar ni tener consigo cosa alguna de cuantas era Criador y verdadero Señor, por su voluntad muriera totalmente desnudo y sin aquellos paños, si no interviniera la

voluntad y petición de su Madre santísima, que fue la que así lo pidió, y lo concedió Cristo nuestro Señor, porque satisfacía con este género de obediencia de hijo a la suma pobreza en que deseaba morir. Estaba la Santa Cruz tendida en tierra, y los verdugos prevenían lo demás necesario para crucificarle, como a los otros dos que juntamente habían de morir. **Y en el ínterin que todo esto se disponía, nuestro Redentor y Maestro oró al Padre y dijo:**

**1380. Eterno Padre y Señor Dios mío, a tu majestad incomprendible de infinita bondad y justicia ofrezco todo el ser humano y obras que en él por tu voluntad santísima he obrado, bajando de tu seno en esta carne pasible y mortal, para redimir en ella a mis hermanos los hombres. Ofrecote, Señor, conmigo a mi amantísima Madre, su amor, sus obras perfectísimas, sus dolores, sus penas, sus cuidados y prudentísima solicitud en servirme, imitarme y acompañarme hasta la muerte. Ofrecote la pequeña grey de mis Apóstoles, la Santa Iglesia y congregación de fieles, que ahora es y será hasta el fin del mundo, y con ella a todos los mortales hijos de Adán. Todo lo pongo en tus manos, como de su verdadero Dios y Señor Omnipotente; y cuanto es de mi parte por todos padezco y muero de voluntad, y con ella **quiero que todos sean salvos, si todos me quisieren seguir y aprovecharse de mi Redención**, para que de esclavos del demonio pasen a ser hijos tuyos y mis hermanos y coherederos por la gracia que les dejo merecida. Especialmente, Señor mío, te ofrezco los pobres, despreciados y afligidos, que son mis amigos y me siguieron por el camino de la cruz. Y quiero que los justos y predestinados estén escritos en tu memoria eterna. Suplícote, Padre mío, que detengas el castigo y levantes el azote de tu justicia con los hombres, no sean castigados como lo merecen sus culpas, y desde esta hora seas su Padre como lo eres mío. Suplícote asimismo por los que con pío afecto asisten a mi muerte,**

para que sean ilustrados con tu divina luz, y por todos los que me persiguen, para que se conviertan a la verdad, y sobre todo te pido por la exaltación de tu inefable y santo nombre.

**1381.** Esta oración y peticiones de nuestro Salvador Jesús conoció su santísima Madre, y la imitó y oró al Padre respectivamente como a ella le tocaba. Nunca olvidó ni omitió la prudentísima Virgen el cumplimiento de aquella palabra primera que oyó de la boca de su Hijo y Maestro recién nacido: **Asimílate a mí, amiga mía (Cf. supra n.480).** Y siempre se cumplió la promesa, que le hizo el mismo Señor, de que, en retorno del nuevo ser humano que dio al Verbo eterno en su virginal vientre, la daría su omnipotencia otro nuevo ser de gracia divina y eminente sobre todas las criaturas. Y a este beneficio pertenecía la ciencia y luz altísima con que conocía la gran Señora todas las operaciones de la humanidad santísima de su Hijo, sin que ninguna se le ocúltase ni la perdiese de vista. Y como las conoció, las imitó; de manera que siempre fue cuidadosa en atenderlas, profunda en penetrarlas, pronta en la ejecución y fuerte y muy intensa en las operaciones. Ni para esto la turbó el dolor, ni la impidió la congoja, ni la embarazó la persecución, ni la entibió la amargura de la pasión. Y si bien fue admirable en la gran Reina esta constancia, pero fuéralo menos si a la pasión y tormentos de su Hijo asistiera con los sentidos y dolor interior, al modo que los demás justos. Mas no sucedió así, porque fue única y singular en todo, que, como se ha dicho arriba (Cf. supra n. 1341), sintió en su virginal cuerpo los dolores que padecía Cristo nuestro bien en su persona interiores y exteriores. Y en cuanto a esta correspondencia, podemos decir que también la divina Madre fue azotada, coronada, escupida y abofeteada, y llevó la cruz a cuestas y fue clavada en ella, porque sintió todos estos tormentos y los demás en su purísimo cuerpo, aunque por

diferente modo pero con suma similitud, para que en todo fuese la Madre retrato vivo de su Hijo. Y a más de la grandeza que debía corresponder en María santísima y su dignidad a la de Cristo, con toda la proporción posible que tuvo, encerró esta maravilla otro misterio, que fue satisfacer en algún modo al amor de Cristo y a la excelencia de su pasión y beneplácito quedando para todo esto copiada en alguna pura criatura, y ninguna tenía tanto derecho a este beneficio como su misma Madre.

1382. Para señalar los barrenos de los clavos en la cruz, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia al Criador del universo —¡oh temeridad formidable!— que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedeció sin resistencia. Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino más largos, para lo que después hicieron. Esta nueva impiedad conoció la Madre de la luz, y fue una de las mayores aflicciones que padeció su corazón castísimo en toda la Pasión, porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros del pecado y previno el tormento que su Hijo santísimo había de padecer para clavarle en la cruz; pero no lo pudo remediar, porque el mismo Señor quería padecer también aquel trabajo por los hombres. Y cuando se levantó Su Majestad para que barrenasen la cruz, acudió la gran Señora y le tuvo de un brazo y le adoró y besó la mano con suma reverencia. Dieron lugar a esto los verdugos, porque juzgaron que a la vista de su Madre se afligiría más el Señor, y ningún dolor que le pudieran dar le perdonaron. Pero no entendieron el misterio, porque no tuvo Su Majestad en su pasión otra causa de mayor consuelo y gozo interior como ver a su Madre santísima y la hermosura de su alma y en ella el retrato de sí mismo y el entero logro del fruto de su pasión y muerte; y este gozo en algún modo confortó a Cristo nuestro bien en aquella hora.

**1383.** Formados en la Santa Cruz los tres barrenos, mandaron los verdugos a Cristo Señor nuestra segunda vez que se tendiese sobre ella para clavarle. Y el sumo y poderoso Rey, como artífice de la paciencia, obedeció y se puso en la cruz, extendiendo los brazos sobre el feliz madero a la voluntad de los ministros de su muerte. Estaba Su Majestad tan desfallecido, desfigurado y exangüe, que, si en la impiedad ferocísima de aquellos hombres tuvieran algún lugar la natural razón y humanidad, no era posible que la crueldad hallara objeto en que obrar entre la mansedumbre, humildad, llagas y dolores del inocente Cordero. Pero no fue así, porque ya los judíos y ministros —¡oh juicios terribles y ocultísimos del Señor!— estaban transformados en el odio mortal y mala voluntad sugerida por los demonios y desnudos de los afectos de hombres sensibles y terrenos, y así obraban con indignación y furor diabólico.

**1384.** Luego cogió la mano de Jesús nuestro Salvador uno de los verdugos, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando a martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Rompiéronse con él las venas y los nervios, y se quebraron y desconcertaron los huesos de aquella mano sagrada que fabricó los cielos y cuanto tiene ser. Para clavarle la otra mano no alcanzaba el brazo al agujero, porque los nervios se le habían encogido y de malicia le habían alargado el barreno, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1382); y para remediar esta falta tomaron la misma cadena con que el mansísimo Señor había estado preso desde el huerto y, argollándole la muñeca con el un extremo donde tenía una argolla como esposas, tiraron con inaudita crueldad del otro extremo y ajustaron la mano con el barreno y la clavaron con otro clavo. Pasaron a los pies y, puesto el uno sobre el otro, amarrándolos con la misma cadena y tirando de ella con gran fuerza y

**crueledad, los clavaron juntos con el tercer clavo, algo más fuerte que los otros. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la Santa Cruz, y aquella fábrica de sus miembros, deificados y formados por el Espíritu Santo, tan disuelta y desencuadernada, que se le pudieron contar los huesos (Sal 21, 18), porque todos quedaron dislocados y señalados, fuera de su lugar natural; desencajáronse los del pecho y de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo a la violenta crueldad de los verdugos.**

**1385. No cabe en lengua ni discurso nuestro la ponderación de los dolores de nuestro Salvador Jesús en este tormento y lo mucho que padeció; sólo el día del juicio se conocerá más, para justificar su causa contra los réprobos y para que los Santos le alaben y glorifiquen dignamente. Pero ahora que la fe de esta verdad nos da licencia y nos obliga a extender el juicio —si es que le tenemos— pido, suplico y ruego a los hijos de la Santa Iglesia consideremos a solas cada uno tan venerable misterio; ponderémosle y pesémosle con todas sus circunstancias y hallaremos motivos eficaces para aborrecer al pecado y no volverle a cometer, como causa de tanto padecer el autor de la vida; ponderemos y miremos tan oprimido el espíritu de su Madre Virgen y rodeado de dolores su purísimo cuerpo, que por esta puerta de la luz entraremos a conocer el sol que nos alumbra el corazón. ¡Oh Reina y Señora de las virtudes! ¡Oh Madre verdadera del inmortal Rey de los siglos humanado! Verdad es, Señora mía, que la dureza de nuestros ingratos corazones nos hace ineptos y muy indignos de sentir Vuestros dolores, y de Vuestro Hijo santísimo nuestro Salvador, pero vénganos por Vuestra clemencia este bien que desmerecemos; purificad y apartad de nosotros tan pesada torpeza y grosería. Si nosotros somos la causa de tales penas, ¿qué razón hay y**

**qué justicia es que se queden en Vos y en Vuestro amado? Pase el cáliz de los inocentes a que le beban los reos que le merecieron. Mas ¡ay de mí!, ¿dónde está el seso?, ¿dónde la sabiduría y la ciencia?, ¿dónde la lumbre de nuestros ojos?, ¿quién nos ha privado del sentido?, ¿quién nos ha robado el corazón sensible y humano? Cuando no hubiera recibido, Señor mío, el ser que tengo a Vuestra imagen y semejanza, cuando Vos no me dierais la vida y movimiento, cuando todos los elementos y criaturas, formadas por Vuestra mano para mi servicio, no me dieran noticia tan segura de Vuestro amor inmenso, el infinito exceso de haberos clavado en la cruz con tan inauditos dolores y tormentos me dejara satisfecha y presa con cadenas de compasión y agradecimiento, de amor y de confianza en vuestra inefable clemencia. Pero si no me despiertan tantas voces, si vuestro amor no me enciende, si vuestra pasión y tormentos no me mueven, si tales beneficios no me obligan, ¿qué fin esperaré de mi estulticia?**

**1386. Fijado el Señor en la cruz, para que los clavos no soltasen al divino cuerpo, arbitraron los ministros de la justicia redoblarlos por la parte que traspasaban el sagrado madero, y para ejecutarlo comenzaron a levantar la cruz para volverla, cogiendo debajo contra la tierra al mismo Señor crucificado. Esta nueva crueldad alteró a todos los circunstantes y se levantó grande gritería en aquella turba movida de compasión, pero la dolorosa y compasiva Madre ocurrió a tan desmesurada impiedad y pidió al Eterno Padre no la permitiese como los verdugos la intentaban, y luego mandó a los Santos Ángeles acudiesen y sirviesen a su Criador con aquel obsequio, y todo se ejecutó como la gran Reina lo ordenó; porque volviendo los verdugos la cruz, para que el cuerpo clavado cayera el rostro contra la tierra, los Ángeles le sustentaron cerca del suelo, que estaba lleno de piedras e inmundicia, y con esto no tocó el Señor con su divino**

rostro en él ni en los guijarros. Y los ministros redoblaron las puntas de los clavos, sin haber conocido el misterio y maravilla, porque se les ocultó, y el cuerpo estuvo tan cerca de la tierra y la cruz tan fija sustentada de los Ángeles, que los judíos creyeron estaba en el duro suelo.

1387. Luego arrimaron la cruz con el Crucificado divino al agujero donde se había de enarbolar. Y llegándose unos con los hombros y otros con alabardas y lanzas, levantaron al Señor en la cruz, fijándola en el hoyo que para esto habían abierto en el suelo. Y quedó nuestra verdadera salud y vida en el aire pendiente del sagrado madero, a vista de innumerable pueblo de diversas gentes y naciones. Y no quiero omitir otra crueldad, que he conocido usaron con Su Majestad cuando le levantaron, que con las lanzas e instrumentos de armas le hirieron, haciéndole debajo los brazos profundas heridas, porque le fijaron los hierros en la carne, para ayudar a levantarlo en la cruz. Renovóse al espectáculo la vocería del pueblo con mayores gritos y confusión: los enemigos de Cristo blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban; unos a otros se convidaban al espectáculo, otros no le podían mirar con el dolor; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo; y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la afligida Madre. Y el sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y el golpe de la cruz se estremeció, y se rompieron de nuevo las llagas, quedando más patentes las fuentes a que nos convidó por Isaías (Is 12, 3), para que fuésemos a coger de ellas con alegría las aguas con que apagar la sed y lavar las manchas de nuestras culpas. Y nadie tiene excusa, si no se diere prisa llegando a beber en ellas, pues se venden sin conmutación de plata ni oro y se dan de balde sólo por la voluntad de recibirlas.

**1388.** Crucificaron luego a los dos ladrones y fijaron sus cruces, la una a la mano derecha y la otra a la siniestra de nuestro Redentor, dándole el lugar de medio como a quien reputaban por principal malhechor. Y olvidándose los pontífices y fariseos de los dos facinerosos, convirtieron todo su furor contra el Impecable y Santo por naturaleza. Y moviendo las cabezas con escarnio y mofa, arrojaron piedras y polvo contra la cruz del Señor y contra su real persona, y decían: *Ah, tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate ahora a ti mismo; a otros hizo salvos y a sí mismo no se puede salvar.*—Otros decían: *Si éste es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz y le creeremos.*—Los dos ladrones también entrambos se burlaban de Su Divina Majestad al principio, y decían: *Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y a nosotros (Mt 27, 42-44).*— Y estas blasfemias de los ladrones fueron para el Señor de tanto mayor sentimiento, cuanto a ellos estaba más próxima la muerte y perdían aquellos dolores con que morían y podían satisfacer en parte por sus delitos castigados por la justicia; como luego lo hizo el uno de ellos, aprovechando la ocasión más oportuna que tuvo pecador ninguno del mundo.

**1389.** Cuando la gran Reina de los Ángeles María santísima conoció que los judíos, los que eran sus enemigos, con su obstinada envidia intentaban deshonorar más a Cristo crucificado, y que todos le blasfemaban y juzgaban por el pésimo de los hombres, y deseaban se borrara y olvidara su nombre de la tierra de los vivientes, como San Jeremías (Jer 11, 19) lo dejó profetizado, fue de nuevo enardecido su corazón fidelísimo en el celo de la honra de su Hijo y Dios verdadero. Y postrada ante su real persona crucificada, donde le estaba adorando, pidió al Eterno Padre volviese por la honra de su Unigénito con señales tan manifiestas que la perfidia

quedase confusa y frustrada su maliciosa intención. Presentada esta petición al Padre, con el mismo celo y potestad de Reina del universo se convirtió a todas las criaturas irracionales de él y dijo: Insensibles criaturas, criadas por la mano del Todopoderoso, manifestad vosotras el sentimiento que por su muerte le niegan estultamente los hombres capaces de razón. Cielos, sol, luna, estrellas y planetas, detened vuestro curso, suspended vuestras influencias con los mortales. Elementos, alterad vuestra condición, y pierda la tierra su quietud, rómpanse las piedras y peñascos duros. Sepulcros y monumentos de los muertos, abrid vuestros ocultos senos para confusión de los vivos. Velo del templo místico y figurativo, divídete en dos partes y con tu rompimiento intima su castigo a los incrédulos y testifica la verdad, que ellos pretenden oscurecer, de la gloria de su Criador y Redentor.

1390. En virtud de esta oración e imperio de María Madre de Jesús crucificado, tenía dispuesto la omnipotencia del Altísimo todo lo que sucedió en la muerte de su Unigénito. Ilustró Su Majestad y movió los corazones de muchos circunstantes al tiempo de las señales de la tierra, y a otros antes, para que confesaran al crucificado Jesús por santo, justo y verdadero Hijo de Dios, como lo hizo el centurión, y otros muchos que dicen los Evangelistas (Mt 27, 54; Lc 23, 48) se volvían del Calvario hiriendo sus pechos de dolor. Y no sólo le confesaron los que antes le habían oído y creído su doctrina, pero también otros muchos que ni le habían conocido, ni visto sus milagros. Por la misma oración fue inspirado Pilatos para que no mudase **el título de la cruz, que ya le habían puesto sobre la cabeza del Señor en las tres lenguas, hebrea, griega y latina.** Y aunque los judíos reclamaron al juez y le pidieron que no escribiese, *Jesús Nazareno Rey de los judíos*, sino que antes escribiese: *Este dijo era Rey de los judíos*, respondió

**Pilatos: Lo que está escrito será escrito, y no quiso mudarlo (Jn 19, 21-22). Todas las otras criaturas insensibles por voluntad divina obedecieron al imperio de María santísima, y de la hora de mediodía hasta las tres de la tarde, que era la de nona, cuando expiró el Salvador, hicieron el sentimiento y novedad que dicen los sagrados evangelistas (Lc 23, 45; Mt 27, 51-52): el sol escondió su luz, los planetas mudaron el influjo, los cielos y la luna sus movimientos, los elementos se turbaron, tembló la tierra y muchos montes se rompieron, quebrantáronse las piedras unas con otras, abrieron su seno los sepulcros, para que después salieran de ellos algunos difuntos vivos, y fue tan insólita y nueva la alteración de todo lo visible y elemental, que se sintió en todo el orbe.**

**391. Los soldados que crucificaron a Jesús nuestro Salvador, como ministros a quien tocaban los despojos del justiciado, trataron de dividir los vestidos del inocente Cordero. Y la capa o manto superior, que por divina dispensación la llevaron al Calvario, la hicieron partes —ésta era la que se desnudó en la cena para lavar los pies a los apóstoles— dividiéronla entre sí mismos (Jn 19, 23-24), que eran cuatro. Pero la túnica inconsútil no quisieron dividirla, ordenándolo así la Providencia del Señor con gran misterio, y echaron suertes sobre ella y la llevó a quien le tocó, cumpliéndose a la letra la profecía del Santo Rey David en el salmo 21 (Sal 21, 19). Los misterios de no romper esta túnica declaran los Santos y doctores; y uno de ellos fue significar cómo este hecho de los judíos, aunque rompieron con tormentos y heridas la humanidad santísima de Cristo nuestro bien, con que estaba cubierta la divinidad, pero a ésta no pudieron ofenderla con la pasión ni tocar en ella; y a quien tocare la suerte de justificarse por su participación, éste la poseerá y gozará por entero.**

**1392.** Y como el madero de la Santa Cruz era el trono de la majestad real de Cristo y la cátedra de donde quería enseñar la ciencia de la vida, estando ya Su Majestad levantado en ella y confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo aquella palabra en que comprendió la suma de la caridad y perfección: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). Este principio de la caridad y amor fraternal se vinculó el divino Maestro, llamándole suyo propio (Jn 15, 12). Y en prueba de esta verdad que nos había enseñado, le practicó y ejecutó en la cruz, no sólo amando y perdonando a sus enemigos, pero disculpándolos con su misma ignorancia, cuando su malicia había llegado a lo supremo que pudo subir en los hombres, persiguiendo, crucificando y blasfemando de su mismo Dios y Redentor. Esto hizo la ingratitud humana después de tanta luz, doctrina y beneficios, y esto hizo nuestro Salvador Jesús con su ardentísima caridad, en retorno de los tormentos, de las espinas, clavos, cruz y blasfemias. ¡Oh amor incomprensible!, ¡oh suavidad inefable!, ¡oh paciencia nunca imaginada de los hombres, admirable a los Ángeles y temida de los demonios! Conoció algo de este sacramento el uno de los ladrones llamado Dimas y, obrando al mismo tiempo la intercesión y oración de Mana santísima, fue ilustrado interiormente para conocer a su Reparador y Maestro en esta primera palabra que habló en la cruz. Y movido con verdadero dolor y contrición de sus culpas, se convirtió a su compañero y le dijo: *¿Ni tú tampoco temes a Dios, que con estos blasfemos perseveras en la misma condición? Nosotros pagamos nuestro merecido, pero éste, que padece con nosotros, no ha cometido culpa alguna.—Y hablando luego a nuestro Salvador, le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando llegares a tu reino* (Lc 23, 40-42).

**1393.** En este felicísimo ladrón y en el centurión, y en los demás que confesaron a Cristo en la cruz, se comenzaron a estrenar los efectos de la Redención. Pero el mejor

afortunado fue Dimas, que mereció oír la segunda palabra que dijo el Señor: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43). ¡Oh bienaventurado ladrón, que tú solo alcanzaste para ti tal palabra deseada de todos los justos y santos de la tierra! No la pudieron oír los antiguos Patriarcas y Profetas, juzgándose por muy dichosos en bajar al limbo y esperar largos siglos el paraíso, que tú ganaste en un punto, en que mudaste felizmente el oficio. Acabas ahora de robar la hacienda ajena y terrena, y luego arrebatas el cielo de las manos de su dueño. Pero tú le robas de justicia, y él te le da de gracia, porque fuiste el último discípulo de su doctrina en su vida y el primero en practicarla después de haberla oído. Amaste y corregiste a tu hermano, confesaste a tu Criador, reprendiste a los que le blasfemaban, imitástele en padecer con paciencia, rogástele con humildad como a Redentor, para que en lo futuro no se acordase de tus miserias, y Él como glorificador premió de contado tus deseos, sin dilatar el galardón que te mereció a ti y a todos los mortales.

**1394.** Justificado el buen ladrón volvió Jesús la amorosa vista a su afligida Madre, que con San Juan Evangelista estaba al pie de la cruz, y hablando con entrambos, dijo primero a su Madre: *Mujer, ves ahí a tu hijo;* y al Apóstol dijo también: *Hijo, veis ahí a tu madre* (Jn 19, 26-27) Llamóla Su Majestad mujer y no madre, porque este nombre era de regalo y dulzura y que sensiblemente le podía recrear el pronunciarle, y en su pasión no quiso admitir esta consolación exterior, conforme a lo que arriba se dijo (Cf. supra n. 960), por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra mujer, tácitamente y en su aceptación dijo: Mujer bendita entre todas las mujeres, la más prudente entre los hijos de Adán, mujer fuerte y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme y a quien las muchas aguas de mi pasión no pudieron

**extinguir ni contrastar. Yo me voy a mi Padre y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como a madre y será tu hijo. Todo esto entendió la divina Reina. Y el Santo Apóstol en aquella hora la recibió por suya, siendo de nuevo ilustrado su entendimiento para conocer y apreciar la prenda mayor que la divinidad había criado después de la humanidad de Cristo nuestro Señor. Y con esta luz la veneró y sirvió en lo restante de la vida de nuestra gran Reina, como diré adelante (Cf. infra n. 1455; p.III n. 175, 369, etc.). Admitiéndole también Su Majestad por Hijo con humilde rendimiento y obediencia. Y desde entonces se la prometió, sin que los inmensos dolores de la pasión embarazasen su magnánimo y prudentísimo corazón, que siempre obraba lo sumo de la perfección y santidad, sin omitir acción alguna.**

**1395. Llegábase ya la hora de nona del día, aunque por la obscuridad y turbación más parecía confusa noche, y nuestro Salvador Jesús habló la cuarta palabra desde la cruz en voz grande y clamorosa, que los circunstantes pudieron oír, y dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Mt 27, 46)* Estas palabras, aunque las dijo el Señor en su lengua hebrea, no todos las entendieron. Y porque la primera dicción dice: *Eli, Eli*, pensaron algunos que llamaba a Elías; y otros burlando de su clamor decían: Veamos si vendrá Elías a librarlo ahora de nuestras manos.—Pero el misterio de estas palabras de Cristo nuestro bien fue tan profundo como escondido de los judíos y gentiles, y en ellas caben muchos sentidos que los doctores sagrados les han dado. Lo que a mí se me ha manifestado es que el desamparo de Cristo no fue que la divinidad se apartase de la humanidad santísima, disolviéndose la unión sustancial hipostática, ni cesando la visión beatífica de su alma, que entrambas uniones tuvo la humanidad con la divinidad desde el instante que por obra del Espíritu Santo fue**

concebido en el tálamo virginal y nunca dejó a lo que una vez se unió. Esta doctrina es la católica y verdadera, y también es cierto que la humanidad santísima fue desamparada de la divinidad en cuanto a no defenderla de la muerte y de los dolores de la pasión acerbísima. Pero no le desamparó del todo el Padre eterno en cuanto a volver por su honra, pues la testificó con el movimiento de todas las criaturas, que mostraron sentimiento en su muerte. Otro desamparo manifestó Cristo Salvador nuestro con esta querella, originada de su inmensa caridad con los hombres, y éste fue el de los réprobos y prescitos, y de éstos se dolió en la última hora, como en la oración del huerto, donde se entristeció su alma santísima hasta la muerte, como allí se dijo (Cf. supra n. 1210); porque ofreciéndose por todo el linaje humano tan copiosa y superabundante Redención, no sería eficaz en los condenados y se hallaría desamparado de ellos en la eterna felicidad para donde los crió y redimió, y como éste era decreto de la voluntad eterna del Padre, amorosa y dolorosamente se querelló y dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?, entendiendo de la compañía de los réprobos.

1396. En mayor testificación de esto añadió luego el Señor la quinta palabra y dijo: *Sed tengo* (Jn 19, 28). Los dolores de la pasión y congojas pudieron causar en Cristo nuestro bien natural sed, pero no era tiempo entonces de manifestarla ni apagarla, ni Su Majestad hablara para esto sin más alto sacramento, sabiendo estaba tan inmediato a expirar. Sediento estaba de que los cautivos hijos de Adán no malograsen la libertad que les merecía y ofrecía, sediento, ansioso y deseoso de que le correspondieran todos con la fe y con el amor que le debían, de que admitiesen sus méritos y dolores, su gracia y amistad, que por ellos podían adquirir, y que no perdiesen su eterna felicidad que les dejaba por herencia, si la quisieran admitir y merecer; ésta era la

sed de nuestro Salvador y Maestro. Y sola María santísima la conoció perfectamente entonces, y con íntimo afecto y caridad convidó y llamó en su interior a los pobres, a los afligidos, a los humildes, despreciados y abatidos, para que llegasen al Señor y mitigasen aquella sed en parte, pues no era posible en todo. Pero los verdugos, en testimonio de su infeliz dureza, ofrecieron al Señor con irrisión una esponja de vinagre y hiel sobre una caña y se la llegaron a la boca para que bebiese, cumpliendo la profecía del Santo Rey David, que dijo (Sal 68, 22): *En mi sed me dieron a beber vinagre*. Gustólo nuestro pacientísimo Jesús y tomó algún trago en misterio de lo que toleraba la condenación de los réprobos; pero a petición de su Madre santísima lo rehusó luego y lo dejó, porque la Madre de la gracia había de ser la puerta y medianera para los que se aprovechasen de la pasión y redención humana.

1397. Luego con el mismo misterio pronunció el Salvador la sexta palabra: *Consummatum est* (Jn 19, 30). Ya está consumada esta obra de mi legacia del cielo y redención de los hombres y la obediencia con que me envió el Eterno Padre a padecer y morir por la salvación de los hombres; ya están cumplidas las Escrituras, profecías y figuras del Viejo Testamento, y el curso de la vida pasible y mortal que admití en el vientre virginal de mi Madre; ya queda en el mundo mi ejemplo, doctrina, sacramentos y remedios para la dolencia del pecado; ya queda satisfecha la justicia de mi Eterno Padre para la deuda de la posteridad de Adán; ya queda enriquecida mi Iglesia para el remedio de los pecados que los hombres cometieren; y toda la obra de mi venida al mundo queda en suma perfección, por la parte que me tocaba como su Reparador, y para la fábrica de la Iglesia triunfante queda puesto el seguro fundamento en la militante, sin que nadie le pueda alterar ni mudar. Todos estos misterios contienen aquellas palabras breves:

***Consummatum est.***

**1398.** Acabada y puesta la obra de la Redención humana en su última perfección, era consiguiente que, como el Verbo humanado por la vida mortal salió del Padre y vino al mundo, por la muerte de esta vida volviese al Padre con la inmortalidad. Para esto dijo Cristo nuestro Salvador la última y séptima palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). Exclamó y pronunció el Señor estas palabras en voz alta y sonora, que la oyeron los presentes, y para decirlas levantó los ojos al cielo, como quien hablaba con su Eterno Padre, y en el último acento le entregó su espíritu, volviendo a inclinar la cabeza. Con la virtud divina de estas últimas palabras fue arruinado y arrojado Lucifer con todos sus demonios en las profundas cavernas del infierno, donde quedaron todos apegados, como diré en el capítulo siguiente. La invencible Reina y Señora de las virtudes penetró altamente todos estos misterios sobre todas las criaturas, como Madre del Salvador y coadjutora de su pasión. Y para que en todo la participase, así como había sentido los dolores correspondientes a los tormentos de su Hijo santísimo, padeció y sintió, quedando viva, los dolores y tormentos que tuvo el Señor en el instante de la muerte. Y aunque ella no murió con efecto, pero fue porque milagrosamente, cuando se había de seguir la muerte, le conservó Dios la vida, siendo este milagro mayor que los demás con que fue confortada en todo el discurso de la pasión. Porque este último dolor fue más intenso y vivo, y todos cuantos han padecido los mártires y los hombres justiciados desde el principio del mundo no llegan a los que María santísima padeció y sufrió en la pasión. Perseveró la gran Señora al pie de la cruz hasta la tarde, que fue enterrado el sagrado cuerpo, como adelante diré, y en retorno de este último dolor en especial quedó la purísima Madre más espiritualizada en lo poco que su

virginal cuerpo sentía del ser terreno.

**1399.** Los Sagrados Evangelistas no escribieron otros sacramentos y misterios ocultos que obró Cristo nuestro Salvador en la cruz, ni los católicos tenemos de ellos más que las prudentes conjeturas que deducen de la infalible certeza de la fe. Pero entre los que se me han manifestado en esta Historia y en este lugar de la pasión, es una oración que hizo al Eterno Padre antes de hablar las siete palabras referidas por los Evangelistas. Y llámola oración, porque fue hablando con el Eterno Padre, aunque es como última disposición y testamento que hizo como verdadero y sapientísimo Padre de la familia que le entregó el suyo, que fue todo el linaje humano. Y como la misma razón natural enseña que quien es cabeza de alguna familia y señor de muchos o pocos bienes, no sería prudente desampararlo, ni atento a su oficio o dignidad, si no declarase a la hora de la muerte la voluntad con que dispone de sus bienes y familia, para que los herederos y sucesores conozcan lo que a cada uno le toca sin litigio y después lo adquiera de justicia en herencia y posesión pacífica; por esta razón y para morir desocupados de lo terreno hacen los hombres del siglo sus testamentos. Y hasta los religiosos se desapropian porque en aquella hora pesa mucho lo terreno y sus cuidados, para que no se levante el espíritu a su Criador. Y aunque a nuestro Salvador no le pudieran embarazar éstas, porque ni las tenía, ni cuando las tuviera estorbaran su poder infinito, pero convenía que dispusiese en aquella hora de los tesoros espirituales y dones que había merecido para los hombres en el discurso de su peregrinación.

**1400.** De estos bienes eternos hizo el Señor en la cruz su testamento, determinando a quién tocaba y quiénes habían de ser legítimos herederos y cuáles desheredados y las causas de lo uno y de lo otro, y todo lo hizo

**confiriéndolo con su Eterno Padre, como Señor supremo y justísimo Juez de todas las criaturas. Y porque en este testamento y disposición estaban resumidos los secretos de la predestinación de los santos y de la reprobación de los prescitos, fue testamento cerrado y oculto para los hombres, y sola María santísima lo entendió, porque a más de serle patentes todas las operaciones del alma santísima de Cristo, era su universal heredera, constituida por Señora de todo lo criado, y como coadjutora de la Redención, había de ser también como testamentaria, por cuyas manos, en que su Hijo puso todas las cosas, como el Padre en las del Hijo (Jn 13, 3), se ejecutase su voluntad y esta gran Señora distribuyese los tesoros adquiridos y debidos a su Hijo por ser quien es y por sus infinitos merecimientos. Esta inteligencia se me ha dado como parte de esta Historia, para que se declare más la dignidad de nuestra Reina y acudan los pecadores a ella como a depositaria de las riquezas que su Hijo y nuestro Redentor se hace cargo con su Eterno Padre; porque todos nuestros socorros se han de librar en María santísima y ella los ha de distribuir por sus piadosas y liberales manos.**

***Testamento que hizo Cristo nuestro Salvador, orando a su Eterno Padre en la cruz.***

**1401. Enarbolado el madero de la Cruz Santa en el monte Calvario con el Verbo humanado que estaba crucificado en ella, antes de hablar ninguna de las siete palabras, habló con su Eterno Padre interiormente y dijo: Padre mío y Dios eterno, yo te confieso y te engrandezco desde este árbol de mi cruz y te alabo con el sacrificio de mis dolores, pasión y muerte, porque con la unión hipostática de la naturaleza divina levantaste mi humanidad a la suprema dignidad de ser Cristo, Dios-hombre, ungido con tu misma divinidad. Confiésote por la plenitud de dones posibles de gracia y gloria que desde**

**el instante de mi Encarnación comunicaste a mi humanidad, y porque para la eternidad desde aquel punto me diste el pleno dominio universal de todas las criaturas en el orden de gracia y de naturaleza, me hiciste Señor de los cielos y de los elementos, del sol, luna y estrellas, del fuego, del aire, de la tierra y de los mares y de todas las criaturas sensibles e insensibles que en ellos viven, de la disposición de los tiempos, de los días y las noches, dándome señorío y potestad sobre todo, a mi voluntad y disposición; y porque me hiciste Cabeza y Rey, Señor de todos los Ángeles y de los hombres, para que los gobierne y mande, para que premie a los buenos y castigue a los malos; y para todo me diste la potestad y llaves del abismo, desde el supremo cielo hasta el profundo de las cavernas infernales; y porque pusiste en mis manos la justificación eterna de los hombres, sus imperios, reinos y principados, a los grandes y pequeños, a los pobres y a los ricos; y de todos los que son capaces de tu gracia y gloria me hiciste Justificador, Redentor y Glorificador universal de todo el linaje humano, Señor de la muerte y de la vida, de todos los nacidos, de la Iglesia Santa y sus tesoros, de las Escrituras, misterios y sacramentos, auxilios, leyes y dones de la gracia; todo lo pusiste, Padre mío, en mis manos y lo subordinaste a mi voluntad y disposición, y por esto te alabo y engrandezco, te confieso y magnifico.**

**1402. Ahora, Señor y Padre Eterno, cuando vuelvo de este mundo a tu diestra por medio de mi muerte de cruz, y con ella y mi pasión dejo cumplida la Redención de los hombres que me encomendaste, quiero, Dios mío, que la misma cruz sea el tribunal de nuestra justicia y misericordia; y estando clavado en ella quiero juzgar a los mismos por quien doy la vida, y justificando mi causa quiero dispensar y disponer de los tesoros de mi venida al mundo y de mi pasión y muerte, para que desde ahora quede establecido el galardón que a cada uno de los**

**justos o réprobos le pertenece, conforme a sus obras con que me hubieren amado o aborrecido. A todos los mortales he buscado y llamado a mi amistad y gracia, y desde el instante que tomé carne humana, sin cesar he trabajado por ellos: he padecido molestias, fatigas, afrentas, ignominias, oprobios, azotes, corona de espinas, y padezco muerte acerbísima de cruz; he rogado por todos a tu inmensa piedad, he orado con vigiliias, ayunado y peregrinado, enseñándoles el camino de la eterna vida; y cuanto es de mi parte y de mi voluntad, para todos la quiero, como para todos la he merecido, sin exceptuar ni excluir alguno, y para todos he puesto y fabricado la ley de gracia, y siempre la Iglesia, donde fueren salvos, será estable y permanente.**

**1403. Pero con nuestra ciencia y previsión conocemos, Dios y Padre mío, que por la malicia y rebeldía de los hombres no todos quieren nuestra salvación eterna, ni valerse de nuestra misericordia y del camino que yo les he abierto con mi vida, obras y muerte, sino que quieren seguir sus pecados hasta la perdición. Justo eres, Señor y Padre mío, y rectísimos son tus juicios, y justo es que, pues me hiciste juez de los vivos y muertos, entre los buenos y malos, dé a los justos el premio de haberme servido y seguido y a los pecadores el castigo de su perversa obstinación, y aquéllos tengan parte conmigo de mis bienes y estos otros sean privados de mi herencia, pues ellos no la quisieron admitir. Ahora, pues, Eterno Padre mío, en tu nombre y mío, engrandeciéndote, dispongo por mi última voluntad humana, que es conforme a la tuya eterna y divina, y quiero que en primer lugar sea nombrada mi purísima Madre, que me dio el ser humano, porque la constituyo por mi heredera única y universal de todos los bienes de naturaleza, gracia y gloria, que son míos, para que ella sea Señora con dominio pleno de todos; y los que ella en sí puede recibir de la gracia, siendo pura criatura, todos se los**

**concedo con efecto, y los de gloria se los prometo para su tiempo; y quiero que los Ángeles y los hombres sean suyos, y que en ellos tenga entero dominio y señorío, que todos la obedezcan y sirvan; y los demonios la teman y le estén sujetos, y lo mismo hagan todas las criaturas irracionales, los cielos, astros y planetas, los elementos, y todos los vivientes, aves, peces y animales que en ellos se contienen; de todo la hago Señora, para que todos la glorifiquen conmigo; y quiero asimismo que ella sea depositaria y dispensadora de todos los bienes que se encierran en los cielos y en la tierra; lo que ella ordenare y dispusiere en la Iglesia con mis hijos los hombres, será confirmado en el cielo por las tres divinas personas, y todo lo que pidiere para los mortales ahora, después y siempre, lo concederemos a su voluntad y disposición.**

**1404. A los Ángeles que obedecieron tu voluntad santa y justa, declaro que les pertenece el supremo cielo por habitación propia y eterna, y en ella el gozo de la visión clara y fruición de nuestra divinidad; y quiero que la gocen en posesión interminable y en nuestra amistad y compañía; y les mando que reconozcan por su legítima Reina y Señora a mi Madre y la sirvan, acompañen y asistan, la lleven en sus manos en todo lugar y tiempo, obedeciendo a su imperio y a todo lo que les quisiere mandar y ordenar. A los demonios, como rebeldes a nuestra voluntad perfecta y santa, los arrojo y aparto de nuestra vista y compañía, de nuevo los condeno a nuestro aborrecimiento y privación eterna de nuestra amistad y gloria y de la vista de mi Madre y de los santos y justos mis amigos; y les determino y señalo por habitación sempiterna el lugar más distante de nuestro real trono, que serán para ellos las cavernas infernales, el centro de la tierra, con privación de luz y horror de sensibles tinieblas; y declaro que ésta es su parte y herencia elegida por su soberbia y obstinación, con que se levantaron contra el ser divino y sus órdenes; y en**

**aquellos calabozos de oscuridad sean atormentados con eterno fuego inextinguible.**

**1405. De toda la humana naturaleza con la plenitud de toda mi voluntad llamo y elijo y entresaco a todos los justos y predestinados que por mi gracia e imitación han de ser salvos, cumpliendo mi voluntad y obedeciendo a mi santa ley. A éstos en primer lugar, después de mi Madre purísima, los nombro por herederos de todas mis promesas y misterios, bendiciones y tesoros de mis sacramentos y secretos de mis Escrituras, como en ellas están encerrados; de mi humildad y mansedumbre de corazón; de las virtudes, fe, esperanza y caridad; de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza; de mis divinos dones y favores; de mi cruz, trabajos, oprobios y desprecios, pobreza y desnudez. Esta sea su parte y su herencia en la vida presente y mortal, y porque ellos con el bien obrar la han de elegir, para que lo hagan y con alegría, se la señalo por prenda de mi amistad, porque yo la elegí para mí mismo. Y les ofrezco mi protección y defensa, mis inspiraciones santas, mis favores y auxilios poderosos, mis dones y justificación, según su disposición y amor; que para ellos seré padre, hermano y amigo, y ellos serán mis hijos, mis electos y carísimos, y como a tales hijos los nombro por herederos de todos mis merecimientos y tesoros, sin limitación alguna de mi parte. Y quiero que de mi Santa Iglesia y Sacramentos participen y reciban cuanto de ellos se dispusieren a recibir, y que puedan recuperar la gracia y bienes, si la perdieren, y volver a mi amistad, renovados y lavados ampliamente con mi sangre; y que para todo les valga la intercesión de mi Madre y de mis Santos, y que ella los reconozca por hijos y los ampare y tenga por suyos; que mis Ángeles los defiendan, los guíen, patrocinen y los traigan en las palmas para que no tropiecen, y si cayeren les den favor para levantarse.**

**1406. Y quiero asimismo que estos mis justos y escogidos sean superiores en excelencia a los réprobos y a los demonios, y que los teman y se les sujeten mis enemigos, y que todas las criaturas racionales e irracionales los sirvan; que los cielos y planetas, los astros y sus influencias los conserven y den vida con sus influjos; la tierra y elementos y todos sus animales los sustenten; todas las criaturas que son mías y me sirven, sean suyas y les sirvan como a mis hijos y amigos; y sea su bendición en el rocío del cielo y grosura de la tierra. Quiero también tener con ellos mis delicias, comunicarles mis secretos, conversar íntimamente y vivir con ellos en la Iglesia militante debajo de las especies de pan y vino, en arras y prendas infalibles de la eterna felicidad y gloria que les prometo, y de ella les hago participantes y herederos, para que conmigo la gocen en el cielo en posesión perpetua y gozo inamisible.**

**>> sigue parte 16 >>**